

OSAMU DAZAI

# EL SOL QUE DECLINA

*Traducción de*  
KASUYA SAKAI

**SUR**  
↓

BUENOS AIRES

© 1957, by New Directions, New York.

Diagramación de tapa de  
RICARDO DE LOS HEROS

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que  
previene la ley número 11.723

© 1960 by EDITORIAL SUR, S.R.L.

## CAPÍTULO PRIMERO

Mamá, que en ese momento tomaba la sopa en el comedor, dijo quedamente: —Ah.

Pensé que había encontrado algo desagradable en el plato.

—¿Un pelo? —le pregunté.

—No.

Mamá llevó otra cucharada a la boca como si nada hubiera pasado, y volviendo la cabeza, miró hacia los cerezos florecidos que daban a la ventana de la cocina; y en esa posición volvió a vaciar ágilmente otra cucharada entre sus finos labios. No exagero un ápice al emplear la palabra "ágil" en el caso de Mamá, ya que su modo de comer nada tiene que ver con el que se aconseja en las revistas femeninas.

Naoji, mi hermano menor, me dijo cierta vez mientras bebía *sake*: El mero hecho de poseer un título no acredita la aristocracia de nadie. Hay grandes aristócratas sin otros títulos que aquellos de que han sido dotados por la naturaleza, y otros, en cambio, como nosotros, que, apesar de sus títulos, son más bien unos parias. Fíjate en Iwajima (mencionando a uno de sus compañeros de Facultad, un conde), ¿no te da la impresión de ser un individuo más ordi-

<sup>1</sup> Bebida japonesa a base de arroz.

nario que esos rufianes que merodean por los prostíbulos de Shinjiku?<sup>1</sup> Vez pasada en el casamiento del hermano de Yanai (que es otro compañero, segundo hijo de un vizconde), este imbécil fue de *smoking*; bueno, supongamos que lo hiciera por necesidad, pero ¿por qué diablos tuvo que emplear ese extraño lenguaje pomposo en su charla de sobremesa? Esta clase de afectación no es más que un descaro barato y está muy lejos del verdadero refinamiento. Me recuerda a esos carteles que colgaban cerca de la Universidad, en Hongo<sup>2</sup>, y que decían: "Pensión de Alta Clase". Realmente convendría que la mayoría de quienes se dicen aristócratas, se llamaran "Mendigos de Alta Clase". Los auténticos nobles no tienen ese aire estúpido de Iwajima. En nuestra familia la única auténtica es Mamá. Ella sí que es un artículo de legítima calidad. Hay algo en ella que no admite comparación.

Por ejemplo, tomando el caso de la sopa, generalmente inclinamos levemente el cuerpo sobre el plato, llevamos la cuchara de costado hasta la boca y la vaciamos, manteniéndola en la misma posición. Mamá, en cambio, apoya levemente los dedos de la mano izquierda sobre el borde de la mesa y se sienta perfectamente erguida, con la cabeza en alto y mirando apenas el plato. De esta manera, lleva la cuchara al plato; luego, como una golondrina la levanta y la acerca a su boca en ángulo recto —ágilmente, graciosamente—, y vacía la sopa entre sus finos labios, por la punta de la cuchara. Luego pasea su limpia

<sup>1</sup> Populoso barrio de Tokio.

<sup>2</sup> Barrio donde se encuentra la Universidad Nacional de Tokio, y por consiguiente abundan las pensiones y hoteles para estudiantes y profesores.

mirada en rededor y sigue manejando la cuchara como si fuese una pequeña ala, sin derramar una sola gota y sin hacer el menor ruido. Puede ser que su técnica no esté de acuerdo con la etiqueta, pero para mí está llena de gracia y la considero un genuino modo de comer. Además la sopa resulta sorprendentemente más rica tomándola como lo hace Mamá, sentándose serena y erguida, que como lo hacemos nosotros, inclinados sobre el plato. Pero como dice Naoji, no soy más que uno de esos mendigos de alta clase, y por consiguiente no puedo imitar el modo de comer de Mamá; sigo inclinándome sobre el plato, fiel a ese estilo chato que dicta la más rigurosa etiqueta.

No solamente en el caso de la sopa, el modo de comer de Mamá resulta bastante desconcertante y se aparta de los cánones comunes. Así cuando sirven carne por ejemplo. Mamá la corta con el cuchillo y el tenedor en pequeños bocados y luego abandona el cuchillo, cambia de mano el tenedor, y pedacito por pedacito pincha la carne y la come pausadamente y alegramente. Cuando lo que sirven es pollo, mientras nosotros luchamos por separar la carne del hueso, tratando de no hacer ruido, Mamá, sin inmutarse, toma el hueso entre sus dedos y separa la carne dentro de su boca. Estas prácticas salvajes no sólo son graciosas sino extrañamente eróticas cuando se trata de Mamá. Aparte del caso del pollo, cuando hay jamón u otro fiambre, Mamá lo toma con los dedos y se lo lleva rápidamente a la boca.

Pienso a veces que las cosas deben tener mejor gusto cuando uno las come con los dedos, pero me abstengo de hacerlo, pues temo que un mendigo de

alta clase al tratar de imitar a Mamá, pueda parecer un verdadero mendigo.

Naoji dice que hay algo en ella que no admite comparación, y yo también siento a veces la impotencia de no poder imitarla. Cierta vez, en el jardín del fondo de nuestra casa de la calle Nishikata —era una hermosa noche de luna a principios de otoño—, estábamos Mamá y yo contemplando la luna desde el recinto de verano, a orillas del lago, cuando ella se levantó y se internó por entre unos arbustos de blancas flores. Luego me llamó, asomando la cabeza entre las flores y me dijo sonriente:

—Kazuko, ¿adivina lo que está haciendo Mamá?

—Cogiendo flores.

Con voz finita y sonriente me contestó:

—Pipí.

Me asombré porque no me pareció que estuviera en cucillas, pero de cualquier manera, era algo realmente adorable y que yo jamás llegaría a hacer.

Me aparté demasiado de la sopa de esta mañana, pero hacía poco había leído que en la época de los Luises las damas de la corte francesa hacían sin el menor reparo sus necesidades en los jardines de los palacios o en las esquinas de los corredores. Este candor me encanta, y pienso si realmente Mamá no sería la última de esas verdaderas damas.

De cualquier manera, esta mañana mientras tomaba la sopa, Mamá dijo quedamente: —Ah. Le pregunté si había encontrado un pelo, pero me contestó que no.

—¿Tal vez demasiado salada?

Había usado arvejas envasadas y las había cocinado como si fueran papas. Como no me tengo fe co-

mo cocinera, temía por el resultado, aun cuando Mamá me tranquilizó.

—La preparaste muy bien —me dijo seriamente.

Luego de la sopa, comió unas albóndigas de arroz blanco envueltas en algas marinas.

Desde niña, nunca me atrajo el desayuno y no tengo apetito hasta las diez. También esta mañana terminé a duras penas la sopa, pero como tenía pereza de seguir comiendo, puse las albóndigas de arroz en el plato y empecé a deshacerlas con los palillos, para comerlas de a pequeños bocados llevándolos en ángulo recto a la boca, tal como hacía Mamá al tomar la sopa, y seguí comiendo lentamente como si estuviera alimentando a un pajarito. Mientras tanto Mamá ya había terminado, y se levantó silenciosamente, para ir a apoyarse contra la pared bañada por el sol de la mañana. Durante un rato, siempre en silencio, estuvo observando mi manera de comer, hasta que dijo:

—Kazuko, no deberías comer así. Tienes que hacer de modo que el desayuno te resulte apetitoso.

—¿Y a ti te gusta, Mamá?

—Claro, si yo no estoy enferma.

—Pero yo tampoco estoy enferma.

—No, no. —Sonrió tristemente, y meneó la cabeza.

Hace cinco años guardé cama por una enfermedad que atribuían a los pulmones, aunque sé perfectamente que aquello fue un caso de sugestión y de capricho. En cambio, la reciente enfermedad de Mamá fué algo serio e inquietante. Y sin embargo, Mamá se preocupa únicamente por mí.

—Ah —murmuré.

—¿Qué pasa? —Esta vez fué Mamá la que preguntó.

Nuestras miradas se cruzaron, y sentimos que algo nos unía en un entendimiento perfecto; reí levemente y vi que también en el rostro de Mamá se había dibujado una sonrisa.

Siempre que me asalta un pensamiento dolorosamente perturbado, se me escapa de los labios un pequeño grito. Esta vez había recordado súbitamente, en forma vívida, los hechos relacionados con mi divorcio de hace seis años, y sin poder contenerme, había lanzado ese pequeño "Ah". Sin embargo, en Mamá, ¿qué habrá sido? No es posible que ella haya recordado algo tan embarazoso de su pasado como yo del mío. No, pero podría haber algo.

—¿Qué es lo que recordaste, Mamá?

—Me olvidé.

—¿Algo sobre mí?

—No.

—¿Sobre Naoji?

—Sí —dijo, pero luego, inclinó la cabeza y agregó: Tal vez.

Mi hermano Naoji fue llamado a las armas cuando todavía estaba en la Universidad, y fué destinado a una isla del sur del Pacífico. Desde entonces no hemos tenido noticias suyas, aun después de terminada la guerra. Mamá está resignada y cree que ya nunca más verá a Naoji. Eso, es lo que dice al menos; en cuanto a mí, no he podido "resignarme". Estoy firmemente convencida de que volveremos a verlo.

—Pensaba que había perdido toda esperanza, pero esta mañana, cuando tomé tu deliciosa sopa, me acordé de Naoji, y no pude más. Pienso que pude haber sido más buena con él.

Desde que ingresó a la Facultad, Naoji se dedicó fanáticamente a la literatura, y empezó a hacer una

vida imposible, causándole a Mamá preocupaciones indecibles. A pesar de esos disgustos, Mamá lo recuerda al tomar la sopa y exclama: "Ah". Introduce casi violentamente la comida en mi boca y sentí que los párpados se me enrojecían.

—Naoji está bien seguramente; no te preocupes, Mamá, seguro que está bien. Tunantes como él no mueren tan fácilmente. Los que mueren son personas gentiles, suaves y bellas. Naoji no morirá aunque lo muelan a palos.

Mamá sonrió.

—Entonces, supongo que las personas como tú han de morir jóvenes—. Mamá se burla de mí.

—¿Por qué dices eso? ¡Yo soy mala y odiosa, y seguro viviré hasta los ochenta!

—¿Tú crees? En ese caso, ¡mamá vivirá hasta los noventa!

—Claro —dijo, pero quedé perpleja. La gente mala es la que más vive. Las personas lindas mueren jóvenes. Mamá es linda, pero yo deseo que ella viva mucho tiempo. No sabía qué decir.

—¡Odiosa! —protesté. Me empezó a temblar el labio inferior, y mis ojos se nublaron de lágrimas.

—Les hablaré ahora de la culebra? Hace unos cuatro o cinco días al atardecer, los chicos del vecindario encontraron en los matorrales de bambú que rodean el jardín unos diez huevos de culebra. Los chicos insistían en que eran huevos de víbora. Pensé que si en nuestro jardín nacieran diez víboras, no podríamos pasear por él sin tomar toda clase de precauciones. Les propuse que los quemáramos y ellos locos de contento, me siguieron.

Cerca del matorral juntamos hojas secas y algunas ramas caídas, encendimos fuego y fuimos arrojan-

do allí los huevos, uno tras otro. No se quemaban tan rápidamente. Los chicos agregaban más hojas y ramas, pero aún así no llegaron a consumirse.

La hija del campesino que vive más abajo del camino, asomó la cabeza por encima del seto y nos preguntó qué hacíamos.

—Estamos quemando huevos de víbora. Tengo miedo de que salgan por ahí.

—¿Qué tamaño tienen los huevos?

—El tamaño de un huevo de codorniz, y son blanquísimas.

—Entonces son huevos de culebras comunes y no de víboras. Sabe que los huevos frescos no se queman fácilmente, ¿no?

La muchacha se alejó riendo como si nuestra tarea tuviera algo especialmente gracioso.

Seguimos en ello durante más de treinta minutos, pero como no había señales de destrucción los hice sacar del fuego para enterrarlos al pie del ciruelo. Junté varias piedras y las puse sobre el lugar para darles una tumba.

—Bueno, vamos a rezar todos—. Me arrodillé y empecé la oración, juntando mis manos; obedientemente los chicos también se arrodillaron y rezaron juntando sus manecitas. Hecho esto, me separé de ellos y subí lentamente los peldaños de piedra del jardín. Mamá estaba en el último escalón, de pie, bajo la sombra de un árbol.

—¡Las cosas crueles que haces! —me dijo.

—Creí que eran huevos de víbora, pero resulta que no eran más que de culebra. De cualquier manera, les di sepultura. No hay por qué preocuparse —le contesté, pero fue mala suerte que Mamá presenciera lo que había hecho.

No es por superstición, pero desde que murió Papá, hace unos diez años en la casa de la calle Nishikata, Mamá les teme mucho a las culebras. Poco antes de que Papá falleciera, Mamá, al descubrir un piolín negro cerca de la cabecera de Papá, lo quiso tomar, pero se dio cuenta que se trataba de una pequeña culebra. La culebra escapó por el corredor y desapareció. Sólo Mamá y mi Tío Wada notaron la presencia del reptil. Se miraron entre sí, pero callaron, para no turbar el ánimo de Papá en sus últimos momentos. Así fue como tanto Naoji como yo —que andábamos casualmente en el cuarto de Papá— no supimos nunca nada acerca de esa culebra.

Pero en cambio sé bien de una cosa que yo misma vi la tarde en que Papá murió: había culebras trepadas en todos los árboles que rodeaban el lago del jardín. Como ahora soy una solterona de veintinueve años, quiere decir que en ese entonces tenía diecinueve, y ya no era una niña. Aunque me separan ya diez años de aquel episodio, se conserva muy fresco en mi memoria, y no creo en una posible confusión. Estaba yo paseando alrededor del lago intentando cortar algunas flores para el servicio religioso. Me paré frente a unas azaleas y observé que una pequeña culebra estaba enroscada en un tronco. Me asusté un poco. Cuando fui a cortar una rama de rosa en el próximo arbusto, vi de nuevo otra culebra en una de las ramas. Esto se repitió con la rosa de Sharón, el arce, la hiniesta, la vistaria, los cerezos, en todos los arbustos había una culebra. Pero no me atemorizó mayormente. Pensé que las culebras habrían dejado sus escondites para rezar por el alma de Papá y llorar por él, que en esos momentos se iba de este mundo. Después, cuando le conté a Mamá la historia de las

culebras del jardín, ella lo tomó con calma, y se limitó a inclinar levemente la cabeza, como si hubiera quedado pensativa. Tampoco hizo más comentarios al respecto.

Sin embargo, la verdad es que estos dos incidentes relacionados con culebras hicieron que Mamá las detestara desde ese momento. O tal vez sea más correcto decir que le infundieron un sentimiento que era una mezcla de temor y reverencia.

Cuando Mamá me sorprendió quemando los huevos, seguramente presintió un mal augurio, y eso me hizo sentir un horror cada vez más creciente por mi acción; me atormentó la idea de que eso podría causarle algún mal, y todo ese día, el siguiente y el otro, estuve muy preocupada. Y por si fuera poco, esta mañana, en el comedor, se me escapó sin poder remediarlo, esa cosa idiota de que las personas lindas mueren pronto, y eso me hizo lagrimear. Mientras lavaba la vajilla del almuerzo tuve la sensación insufrible de que tenía una horrible víbora dentro de mi pecho, capaz de acortar la vida de Mamá.

Ese mismo día vi una culebra en el jardín. Como era una mañana hermosa y tranquila, luego de terminados mis quehaceres en la cocina, pensé sacar al césped una silla de mimbre y tejer algo. Cuando bajé al jardín con la silla en la mano, vi la culebra entre los pequeños bambúes que rodean las piedras del jardín. Mi única reacción fué de repulsión. Pero nada más. Volví con la silla a la veranda, me senté y comencé a tejer. Por la tarde, quise cruzar el jardín para buscar un álbum de pinturas de Marie Laurencin en nuestra biblioteca —que está en el pabellón del fondo del jardín—, cuando vi que una culebra se deslizaba lentamente sobre el césped. Era la misma

de la mañana, una culebra delicada y fina. Pensé que sería hembra. Cruzó el césped y al llegar a la sombra de las rosas silvestres, se detuvo, y levantando la cabeza agitó una lengua como una llama. Luego miró en derredor como buscando algo, hasta que al cabo de un rato bajó la cabeza y se quedó enroscada, con aire melancólico. La fuerte impresión de que era una hermosa culebra perduró en mí. Fui a la biblioteca, saqué el álbum, y cuando pasé de nuevo por allí vi que se había ido.

Al atardecer, mientras tomaba el té con Mamá en la sala china, miraba el jardín y vi de nuevo a la culebra que en ese momento subía despacioamente el tercer peldaño de la escalera de piedra.

Mamá notó su presencia y dijo:

—¿Es ésa la culebra? — Se acercó a mí y tomándome las manos se quedó absorta, a mi lado. Me di cuenta entonces de lo que había querido decir.

—¿Quieres decir que es la madre de los huevos? — Lo dije casi maquinalmente.

Sí, sí. — La voz de Mamá sonaba entrecortada.

Nos tomamos fuertemente de la mano y permanecimos en silencio, mirando la culebra, que acurrucada lúgicamente sobre la piedra, empezó a moverse vacilante, atravesó el peldaño de piedra y se perdió entre los lirios.

—Desde esta mañana está vagando por el jardín. — Lo dije en voz baja; Mamá suspiró y se sentó pesadamente en la silla.

—Me lo temía. La pobre está buscando los huevos —dijo con voz apagada.

Reí nerviosamente, porque no se me ocurrió nada mejor.

El sol del crepúsculo bañaba el rostro de Ma-

má, y sus ojos brillaban azulados. Ese rostro, que parecía estar lleno de ira, era tan hermoso que me daban ganas de saltar hacia ella. Pensé que en su rostro se reflejaba la tristeza de esa pobre culebra. Y tuve la sensación de que algún día, la maligna víbora que llevaba en mi pecho terminaría por devorarla —madre de tan bella y profunda tristeza.

Apoyé mi mano en el delicado hombro de Mamá y sentí que me agitaba, sin saber por qué.

El mismo año en que Japón se rindió incondicionalmente a las fuerzas aliadas, a comienzos de diciembre abandonamos la casa de la calle Nishikata, en Tokio, y vinimos a esta otra de estilo más bien chino, en medio de la montaña. Después de la muerte de mi padre, es el Tío Wada —hermano menor y último pariente sanguíneo de Mamá— quien se ocupa de administrar nuestros bienes.

Pero después de la guerra también la situación social cambió; Tío Wada le dijo a Mamá que nosotros no podíamos seguir así, y que no teníamos otra alternativa que vender la casa, despedir a los sirvientes, y como posible solución comprar alguna linda casita en el campo para que viviéramos las dos solas, a nuestro gusto. Y Mamá, que entiende tan poco de dinero como de sus propios hijos, aparte de enterarse de las sombrías perspectivas, a lo único que atinó fue a seguir su consejo y dejar todo en sus manos.

Hacia fines de noviembre recibimos una carta expreso de tío, en la que nos informaba que había salido a la venta la villa del Vizconde Kawata. La casa estaba situada sobre una alta colina con una vista maravillosa, y tenía medio acre de tierra cultivable. El lugar, decía, es famoso por sus ciruelos y ade-

más es cálido en invierno y fresco en verano. La carta de Tío Wada concluía diciendo: "Creo que usted podrá gozar viviendo allí. Como de cualquier manera me parece necesario que se entreviste personalmente con los dueños, le ruego me haga una visita mañana en mi oficina de la Avenida Ginza.<sup>1</sup>"

—¿Piensas ir, Mamá?

—Debo ir, por algo le he pedido que se ocupe—. Mamá sonreía, pero se adivinaba en el fondo una incontenible tristeza.

Al día siguiente Mamá salió de casa pasado mediodía, acompañada por nuestro antiguo chófer, y regresó cerca de las ocho.

—Está todo arreglado—. Fue lo único que dijo.

Entró en mi cuarto y se sentó con la mano apoyada en la mesa, como si estuviera a punto de caer.

—Pero, ¿qué es lo que decidiste?

—Todo.

—Pero —le dije asombrada—, si ni siquiera has visto la casa.

Mamá apoyó un codo sobre la mesa, llevó suavemente su mano a la frente y dijo con un suspiro:

—Tío Wada dijo que era un buen lugar. Pienso que podría mudarme ahora mismo, a ojos cerrados—. Levantó la cabeza y sonrió débilmente. Noté un poco de cansancio en su rostro, que al mismo tiempo se mostraba atractivo.

—Sí, está bien—. Conformé a Mamá, vencida por la pureza de su confianza en Tío.— Siendo así también yo cierro los ojos, Mamá.

Reímos las dos, pero luego de reírnos, nos sentimos invadidas por una inmensa tristeza.

<sup>1</sup> La avenida principal de Tokio.

Después empezaron a venir, todos los días, personas que se ocupaban de los preparativos para la mudanza. Tío Wada también vino y dispuso lo necesario con respecto a lo que debíamos vender. La criada Okimi y yo nos ocupamos de ordenar las ropa y quemar trastos en el jardín, y pasamos días de dura labor. Mamá ni siquiera se ocupaba de la mudanza; pasaba los días encerrada en su habitación, sin hacer aparentemente nada importante.

Un día me animé a preguntarle con cierto dejo de reproche:

—¿Qué pasa, Mamá? ¿Es que ya no quieras mudarte a la nueva casa?

—No—. Fue todo lo que me contestó, con una expresión incierta en su rostro.

A los diez días terminamos los preparativos. Una tarde estaba yo en el jardín con Okimi quemando algunos papeles y basuras, cuando Mamá salió de su cuarto, y desde la veranda se puso a mirar en silencio lo que hacíamos.

Soplaba un viento frío y gris del oeste, y el humo se extendía al ras de la tierra. Miré la cara de Mamá y me alarmé por su mal semblante; nunca la había visto así.

—¡Mamá, estás muy pálida! — Casi le grité. Ella me contestó con una débil sonrisa: —No es nada—, dijo, y silenciosamente regresó a su cuarto.

Esa noche, Okimi tuvo que dormir en el sofá del vestíbulo, y nosotras en un colchón que pedimos prestado al vecino, ya que todas las colchas y colchones estaban embalados. Nosotras dos nos acostamos juntas en el cuarto de Mamá.

Mamá me dijo en un tono que sonaba asombrosamente a vejez y a cansancio:

—Voy a la nueva casa de Izu porque estás tú conmigo, porque te tengo a ti.

Me sobresalté; era realmente inesperado.

—¿Y si yo no estuviera? —le pregunté, a pesar mío.

Súbitamente estalló en llanto.

—Es mejor que me muera. Quiero morir en esta casa donde murió Papá—. Su voz se entrecortaba en un llanto convulsivo.

Mamá jamás había hablado en ese tono, ni nunca se había dejado sorprender llorando con tal abandono. Ni siquiera cuando murió Papá; ni cuando yo me casé; ni cuando volví a casa encinta, separada de mi marido; ni cuando el niño nació muerto en el sanatorio; ni esa vez cuando enfermé y tuve que guardar cama; ni cuando Naoji le daba disgustos; nunca antes había mostrado tanta debilidad. Durante los diez años que siguieron a la muerte de Papá, Mamá siempre fue la misma que cuando él vivía, bondadosa y despreocupada. Y nosotros, Naoji y yo, acostumbrados a su buen carácter, nos criamos mimados. Pero ya no tiene más dinero. Lo gastó todo en nosotros, sin mezquinar un sólo centavo; y ahora se ve forzada a abandonar la casa en que vivió durante largos años para comenzar otra vida, sola conmigo, en un miserable chalet perdido en las montañas de Izu,<sup>1</sup> mirando al mar. Si Mamá fuera una persona avara y maliciosa, que nos reprochara todo lo que hacemos y se las ingeniera para multiplicar secretamente su dinero, por mucho que cambiara la situación social seguramente no sufriría tanto como ahora, hasta preferir la muerte. Ah, por primera vez sen-

<sup>1</sup> La península Izu, zona montañosa y de abundantes fuentes termales. Esta situada a una hora y media de tren de Tokio.

tí la amargura y el desamparo que significa el no tener dinero, esa situación que equivale a un horrible infierno sin salvación; se me llenó el alma de un desolado sufrimiento y quise llorar hasta quedar extenuada. Me quedé inmóvil, dura como una piedra en mi lecho, pensando si la sensación que acababa de conocer no se avenía con lo que la gente llama comúnmente "la seriedad de la vida".

Al otro día, como lo temí desde el principio, Mamá parecía estar decididamente enferma, y moviéndose con lasitud se ocupó de una y otra cosa, como si tratara de permanecer en la casa el mayor tiempo posible, pero como llegó Tío Wada para decirnos que ya se habían despachado todos los muebles y bullos y que sólo faltaba partir hacia Izu, Mamá se puso con desgano el tapado, saludó sin palabras a Okimi y demás personas que querían despedirse y salió con nosotros de la casa de la calle Nishikata.

El tren iba relativamente vacío, y pudimos conseguir asientos. Mi tío estaba de buen humor y tararareaba pasajes de una música de Noh. Pero Mamá tenía muy mal aspecto, estaba cabizbaja y parecía sentir frío. En Nagaoka bajamos del tren y tomamos un ómnibus, y a los quince minutos descendimos para seguir a pie hasta la montaña, por una cuesta no muy empinada, que nos condujo a una pequeña aldea, en uno de cuyos extremos se divisaba un chalet de estilo chino.

—El lugar es mucho mejor de lo que imaginábamos, ¿no es cierto Mamá? —le dije, todavía jadeante por la pequeña ascensión.

Parada delante de la entrada, Mamá me contestó:

—Sí, así parece, —y por un instante le brillaron los ojos.

—En primer lugar el aire es bueno. Un aire fresco —declaró Tío con evidente satisfacción.

—Es verdad —, Mamá sonrió—. Es delicioso. Este aire es delicioso.

Los tres nos reímos.

Al entrar vimos que ya nuestras cosas habían llegado de Tokio, y desde la entrada hasta las habitaciones, todo estaba inundado de muebles y bullos.

—Desde la habitación principal la vista es maravillosa.

Mi Tío, muy contento, nos llevó a verla y nos hizo sentar, para admirar el paisaje.

Eran las tres de la tarde, y el sol invernal caía blandamente sobre el césped del jardín, donde había un pequeño lago ubicado cerca de una escalinata de piedra. Se veían muchos ciruelos, y en el fondo del jardín había un naranjal. Luego un camino de tierra, los arrozales, un poco más lejos un bosque de pinos y finalmente, en la lejanía, el mar. Desde la pieza, sentada, tenía el horizonte a la altura de mi pecho.

—¡Qué paisaje suave! —dijo Mamá melancólicamente.

—Debe de ser por el aire. Además la luz del sol es completamente distinta a la de Tokio, ¿no les parece? Es como si se filtrara a través de una seda muy fina —dijo con excesiva jovialidad.

En la planta baja había dos cuartos bastante grandes, una sala de recepción estilo chino, un comedor, y un cuarto de baño precedido por un tocador, luego el comedor y la cocina. En la planta al-

ta había una pieza de estilo occidental con una cama bastante grande para huéspedes. Esto era toda la casa, pero pensé que no resultaría del todo incómodo para nosotras dos, ni siquiera para los tres, en caso de que Naoji volviera.

Tío fue a la única hostería del pueblo para pedir que nos preparasen comida. Cuando llegaron las provisiones Tío sacó su botella de whiskey, nos sentamos en el salón y empezamos a comer. Tío estaba de excelente humor y empezó a contar sus aventuras en China con el ex-dueño del chalet, el Vizconde de Kawata. Mamá en cambio se sentía muy mal y apenas probó bocado; cuando ya empezaba a oscurecer, murmuró:

—Quisiera acostarme ahora mismo.

Separé del equipaje unas mantas y ayudé a Mamá a acostarse, pero estaba preocupada. Saqué el termómetro para tomarle la temperatura; tenía 39 grados.

Tío también se alarmó, y salió en busca del médico del pueblo.

Por más que insistiera en preguntarle cómo se sentía, Mamá sólo meneaba la cabeza, somnolienta.

Tomé su pequeña mano y apretándola entre las mías empecé a sollozar. Me daba tanta, tanta pena verla así; mejor dicho sentía tanta pena por nosotras dos, que no podía dejar de llorar. Pensé, cuánto mejor sería morir así, junto a Mamá, si ya nada necesitábamos y si nuestra vida había terminado en el momento de dejar la casa de la calle Nishikata.

Al cabo de dos horas volvió Tío con el médico. Era un hombre viejo y vestía a la antigua y formal moda japonesa.

La revisó, y dijo:

—Es posible que se convierta en neumonía. Pero aunque se declare la neumonía, no tienen por qué preocuparse.

Hecho este vago diagnóstico aplicó unas inyecciones y se retiró.

Al día siguiente la fiebre de Mamá se mantuvo. Tío me entregó dos mil yens, con instrucciones para que le telegrafiará en caso de que fuera necesario internarla. El regresaría a Tokio ese mismo día.

Saqué los elementos necesarios para cocinar y preparé un puré de arroz. Mamá tomó tres cucharadas, y luego se negó a continuar. Poco antes de mediodía apareció de nuevo el doctor, esta vez con ropas un poco menos formales, pero conservando sus blancas medias japonesas.

—¿No sería mejor que se internara...?

—No, no creo que sea necesario. Hoy le daré una inyección más fuerte, de modo que esperemos que le baje la fiebre. Su contestación era un tanto ambigua nuevamente, y luego de darle a Mamá esa "inyección fuerte", se despidió.

Por la tarde la cara de Mamá se puso roja y empezó a transpirar copiosamente. Tal vez no fuera más que el efecto de la "inyección fuerte". Mientras cambiaba de camisón, Mamá dijo: —Puede que sea un gran doctor.

La temperatura se hizo normal. Estaba tan contenta que fui corriendo a la hostería y le pedí a la dueña que me vendiera diez huevos. Los hice pasados por agua y Mamá comió tres, además de tomar una media taza de sopa de arroz.

También al otro día vino el doctor, de nuevo en su vestimenta formal. Asintió gravemente cuando le agradecí por el efecto de la inyección, con una

expresión que quería decir: "Exactamente como yo esperaba." Examinó luego concienzudamente a Mamá, y volviéndose a mí, dijo: —Su madre está perfectamente recobrada. Como ya no está enferma, puede desde ahora comer y hacer lo que le plazca.

Su manera de hablar era tan particular como siempre, y tuve que hacer un esfuerzo para no reir. Lo acompañé hasta la puerta. Cuando regresé a la habitación, encontré a Mamá sentada sobre la cama.

—Realmente es un gran médico; ya no estoy más enferma —dijo alegremente, pero como hablando consigo misma.

—Mamá, ¿quieres que corra el panel?<sup>1</sup> Está nevando.

Comenzaban a caer copos grandes como pétalos de flores. Abrí el panel corredizo, y me senté al lado de Mamá, y así, a través de la ventana conocimos la nieve de Izu.

—Ya no estoy más enferma —dijo de nuevo para sí.— Estando aquí sentada a tu lado, me parece que todo ha sido como un sueño. Te confieso que en el momento de mudarnos, no quería a ningún precio moverme de esa casa. Quería estar aunque fuera un día, un mediodía más en Nishikata. Me sentí medio muerta cuando tomamos el tren, y al llegar aquí, al principio me pareció interesante, pero en seguida al oscurecer, me invadió la nostalgia de Tokio, y sentí que mi pecho ardía de tal modo que empecé a perder el sentido. Esto no es una simple enfermedad. Dios me ha matado, para resucitarme y hacer de mí una persona completamente distinta a la de ayer, ¿sabes?

<sup>1</sup> Shōji, en japonés. Panel corredizo de papel de arroz, que separa generalmente la habitación del pasillo o veranda.

Desde ese día hasta hoy, nuestra vida solitaria en esta villa ha transcurrido sin mayores cambios. La gente del pueblo nos ha tratado bien. Y desde diciembre del año pasado hasta ahora (estamos en abril), hemos llevado una vida alejada de la sociedad, preparando nuestras comidas, tejiendo en la veranda, leyendo en la sala china, tomando té. En febrero florecieron los ciruelos y todo el pueblo se cubrió literalmente de esta flor. Aun a principios de marzo, al no soplar vientos fuertes, las flores se mantuvieron lozanas hasta los últimos días del mes. Eran tan lindas a la mañana, a la tarde, al atardecer o a la noche, que hacían suspirar. Su perfume penetraba en nuestras habitaciones cuando abríamos las ventanas. A fines de marzo, al atardecer, invariablemente soplaban viento, y los pétalos caían y se mojaban dentro de las tazas de la comida. A comienzo de abril, mientras tejíamos en la veranda, nuestra conversación giraba en torno a nuestros planes de cultivar el terreno. Mamá decía que ella también quería ayudar en la tarea. Diciéndolo de este modo parecería, como dijera Mamá, que hubiéramos muerto una vez para resucitar luego como personas completamente distintas; pero yo no puedo suponer que resurrecciones como la de Cristo sean posibles entre mortales. Mamá lo decía, pero en definitiva, toma una cuchara de sopa, piensa en Naoji y suspira. Además, ni siquiera se me ha cerrado la herida de mi pasado.

Oh, quisiera escribirlo todo, volcarlo todo, sin guardar nada. A veces pienso que la paz que reina en esta casa, es una quietud falsa y aparente. Aun cuando esta calma sea una corta tregua concedida por Dios a una madre y su hija, la siento desde ya

amenazada por una negra nube de torvos presagios.

Mamá pretende apparentar que es feliz, pero día a día la veo adelgazar. Y en mi pecho hay una víbora que crece a expensas de Mamá, sacrificándola, y aunque trato de suprimirla, se agranda cada vez más. ¡Ah, si sólo se tratara de los efectos de la estación, y nada más que de esol

Lo que hice con los huevos de la culebra prueba mi estado nervioso. Pareciera que todo lo que hago concurriera a alimentar la desgracia de Mamá.

“Amor”..., no; una vez escrita esta palabra, ya no puedo seguir escribiendo.

## CAPÍTULO SEGUNDO

En los diez días que siguieron al episodio de los huevos de la culebra, los incidentes fueron sucediéndose uno tras otro, haciendo más angustiosos los infortunios de Mamá; que terminaron acortando su vida.

Yo fui la responsable de uno de ellos.

Originé un incendio. Jamás en mi vida, desde que era niña, había pensado siquiera que me ocurriría algo tan horroroso. ¿Seré yo una de esas “señoritas” que ni siquiera reparan en un vulgar refrán que aconseja cuidar el fuego para evitar los incendios?

Cierta noche me levanté para ir a lavarme las manos, y cuando pasé frente al biombo de la entrada, vi que había luz en el baño. Me acerqué sólo para ver lo que pasaba; abrí la puerta y salí descalza; en ese preciso instante vi que la leña apilada cerca del baño ardía vorazmente.

Corré hasta la casa del campesino que linda con el jardín de casa y golpeando la puerta con todas mis fuerzas grité:

—¡Señor Nakai! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Por favor, levántese!

El Señor Nakai, parecía estar acostado, pero me contestó desde adentro que acudiría en seguida. Mien-

tras tanto yo lo urgía, y no tardó en salir, vistiendo aún sus ropas de dormir.

Fuimos corriendo hasta el lugar donde ardía el fuego y con ayuda de baldes acarreamos agua del lago para apagarlo. Oí en ese momento un grito de Mamá desde el corredor de la entrada. Arrojé el balde y corrí a su encuentro.

—No te aflijas, Mamá, no es gran cosa, acuéstate.

La sostuve, a punto de desvanecerse, la llevé hasta su dormitorio y la acosté; luego corrí de nuevo para seguir ayudando al señor Nakai. Pero los baldes no eran suficientes y las llamas se extendían con más furia.

Escuché unas voces que venían de abajo del camino: “¡Es un incendio! ¡Fuego en el chalet!” Inmediatamente acudieron cuatro o cinco personas del pueblo que rompieron el cerco y se pusieron a recoger agua de una zanja, y antes de dos o tres minutos el fuego estuvo apagado. Había estado a punto de extenderse hasta el techo del baño.

“¡Que suerte!” pensé, pero entonces me acordé de la causa del fuego y quedé paralizada de horror. Por primera vez, recordé que esa misma tarde, al retirar las brasas de la caldera del baño, las había dejado al lado de la leña creyendo que estaban apagadas. Al darme cuenta de eso, sentí ganas repentina de llorar, pero oí que la mujer de enfrente decía en voz alta:

—Alguien ha descuidado el fuego. Miren, el cuarto de baño está todo quemado.

El mayor del pueblo, el policía y el jefe de los bomberos voluntarios se hicieron presentes. El mayor me interrogó mostrando su gentil sonrisa habi-

tual: —Se habrá asustado mucho. ¿Cómo ocurrió?

—Todo fué por negligencia mía. Creí que había apagado las brasas de la caldera... —Fue todo lo que pude contestar. Me invadió una desesperación y una sensación de miseria, y me brotaron las lágrimas. Bajé los ojos y callé. En ese momento pensé que tal vez me llevarían a la policía y me convertiría en una criminal. Me sentía avergonzada por mi aspecto, descalza, en camisón y despeinada. Me invadió la angustiosa sensación de que había decaído bastante.

El mayor prosiguió con calma, como si me estuviera consolando:

—Comprendo. Y su mamá, ¿está bien?

—Está descansando en su cuarto. Fue un fuerte shock para ella...

—De cualquier manera —dijo el joven policía tratando de consolarme—, fue una suerte que el fuego no se propagara a la casa.

En ese momento apareció el señor Nakai, que se había retirado para mudarse de ropa y dijo, jadeante todavía:

—Son cosas sin importancia. Se ha quemado un poco de leña, y ni siquiera se puede decir que fué un incendio—. Era obvio que trataba de disminuir mi estúpido descuido y de restarle importancia al hecho ante las autoridades del pueblo.

—He comprendido perfectamente —dijo el mayor, asintiendo varias veces con la cabeza. Luego durante algunos minutos habló en voz baja con el policía y continuó. —Bueno, nosotros nos retiramos. Por favor, trasmite mis saludos a su señora madre.

Todos se retiraron salvo el policía, que se acercó a mí y en voz apenas perceptible me dijo:

—No se aflija, lo de esta noche no lo vamos a registrar.

Cuando se retiró, vino el señor Nakai a preguntarme con voz tensa qué me había dicho el policía.

—Me dijo que no lo iba a registrar—. Los vecinos que permanecían al otro lado del cerco, debieron escuchar lo que le dije, porque se retiraron murmurando frases de alivio. El señor Nakai también me dio las buenas noches y se fue. Me encontré de pronto allí, parada, sola, con el alma vacía, junto a los leños quemados; con los ojos llenos de lágrimas, alcé la vista al cielo. Amanecía.

Fui a lavarme las manos, los pies y la cara, y como no sentía deseos de ver a Mamá, esperé que amaneciera por completo peinándome en el cuarto de tocador y ordenando luego la cocina, sin ninguna necesidad.

Ya de mañana, me acerqué al cuarto de Mamá en puntas de pie, donde descubrí que ella estaba ya levantada y vestida. Estaba sentada en una silla de estilo chino y tenía un aire fatigado. Me miró y sonrió, pero su rostro era de una palidez inquietante.

Me acerqué y quedé de pie detrás de su silla, callada y sin poder sonreir. Sólo después de un momento me dijo:

—No fue nada grave, ¿verdad? Total, era leña para quemar.

Me asaltó una ola de optimismo, que me arrancó una leve sonrisa. Recordé la sentencia bíblica que había aprendido de niña: “Una palabra oportuna es como una manzana de oro en una fuente de plata.” Y di gracias a Dios por la fortuna de tener una madre tan buena como la mía.

“Lo de anoche es lo de anoche. Ya no me afligiré

más por ello.” Razonando de ese modo, estuve largo tiempo detrás de su silla, mirando con ella el mar de la mañana, y sentí que su respiración y la mía se unían en un mismo ritmo.

Después del almuerzo, empecé a ordenar la pila de leños quemados, cuando Osaki, la dueña de la hostería, entrando con un paso rápido me preguntó:

—¿Pero qué fue lo que pasó? Acabo de enterarme. Pero dígame, ¿qué es lo que pasó anoche?

—Lo siento mucho—. Murmuré en voz baja.

—No tiene de qué disculparse. Antes que nada, ¿qué hay con la policía?

—Dice que está bien.

—¡Ah, qué alivio! —Tenía realmente cara de alivio.

Consulté a Osaki sobre la forma de expresar mi agradecimiento y presentar mis excusas a la gente del pueblo, que se había molestado. Opinó que lo mejor era darles dinero, y me sugirió las casas que debía visitar. Y agregó:

—Si no quiere hacerlo sola, yo puedo acompañarla.

—¿No cree que será mejor que vaya sola?

—¿Puede ir sola? Si puede, será lo mejor.

—Sí, iré sola.

Osaki se fué después de ayudarme a guardar la leña.

Luego le pedí dinero a Mamá, envolví cada billete de cien yens en papel de arroz y escribí en la parte de afuera: “Mis excusas”.

El primer punto de mi itinerario fué la municipalidad; como el mayor estaba ausente, le dejé a la empleada de la mesa de entradas el envoltorio y le dije:

—Lo de anoche es algo imperdonable, pero en adelante tendré más cuidado con el fuego. Le ruego que me perdone y le transmita mis saludos al mayor.

Visité después al jefe de bomberos. El mismo me recibió en la puerta. Me miró en silencio, con una sonrisa llena de tristeza. Le dije a duras penas:

—Perdón por lo de anoche.

Me despedí precipitadamente y mientras me alejaba, las lágrimas me brotaban de tal modo que me estropearon el maquillaje. Volví a casa, me lavé la cara, me arreglé un poco y cuando estaba poniéndome los zapatos para volver a salir, me dijo Mamá:

—¿Todavía tienes que ir a alguna parte?

—Sólo estoy en el comienzo —le contesté, sin levantar la cabeza.

—Debe de ser una dura prueba para ti. Lo dijo en tono de una afectuosa comprensión. Fue ese amor de Mamá el que me dio fuerzas para que esta vez pudiera finalizar la ronda sin lloriquear una sola vez.

En todos los lugares que visité, la gente fue sumamente amable y trataba de consolarme. Tanto en la casa del jefe de distrito, en cuya ausencia me atendió la nuera, como en la del policía, se alegraban de que la cosa hubiera terminado bien. La esposa del señor Nishiyama —recién casada aunque ya tiene cerca de cuarenta años— y que vive enfrente de casa, fue la única que me censuró.

—Por favor, tenga cuidado en adelante. Se que ustedes pertenecen a la nobleza, pero a mí eso no me interesa; desde hace tiempo las vengo observando con verdadera angustia al ver cómo viven ustedes dos. Parecen dos niñas que juegan a ser amas de casa. Es casi un milagro que no hayan provocado antes un incendio, considerando la forma despreocupada

en que viven. Por favor, tengan más cuidado en el futuro. Piense que si anoche hubiera soplado un viento fuerte, todo el pueblo se habría envuelto en llamas.

Había sido ella quien dijo anoche en voz alta que el baño se había quemado íntegramente, que era por descuido, etc., cuando el señor Nakai trataba de protegerme diciendo al mayor y al policía que no había llegado a ser un verdadero incendio. Pero sabía que la mujer estaba en lo cierto y que su acusación era razonable, de modo que en ningún momento pensé guardarle rencor. Aunque Mamá me consuele diciéndome en broma que la leña está para ser quemada, comprendo que pude haber provocado una catástrofe. De haber sucedido así, no lo hubiera remediado ni con mi muerte, que no sólo acarrearía la muerte de mi madre sino que mancharía el honor de mi padre. Sé muy bien que hoy la aristocracia japonesa ya no es la de antes, y que nada importa ser barón o conde, pero ello no quita que ante la necesidad de morir, prefiera hacerlo en la forma más elegante posible. Jamás me perdonaría si tuviera que morir por una causa tan estúpida como la de reparar un incendio. De todos modos, pensé, de ahora en adelante tendré que poner más atención en las cosas.

Desde el día siguiente me dediqué con brío a cultivar la huerta. La hija del señor Nakai vino a ayudarme varias veces. A partir de aquel incendio infame, sentía que mi sangre se volvía negruzca y que la odiosa víbora rondaba en mi pecho. Era evidente que día a día me iba convirtiendo en una campesina más. Así por ejemplo, ya no podía estar tranquilamente tejiendo sentada junto a Mamá, en la veranda;

algo me sofocaba y me hacía sufrir, al punto que prefería salir a la quinta y empezar a remover la tierra.

"Trabajo manual", creo que así se le llama. No es la primera vez que hago esta clase de "trabajo manual". Durante la guerra el gobierno me llamó al trabajo, y hasta hice las veces de peón. Las zapatillas de obrera que uso para ir a la quinta son las mismas que me dieron aquella vez en el ejército. Era la primera vez que me ponía una zapatilla de trabajo, y me asombré de que fuera tan cómoda de llevar, y sentí así una explosión salvaje de alegría al probar la misma sensación de viviabilidad, supongo, que sienten los animales y los pájaros cuando caminan sobre la tierra. Este es el único recuerdo grato que guardo de la guerra. Si lo pienso bien, la guerra fué una cosa mortalmente aburrida.

El año pasado nada ha ocurrido,  
El anteaño lo mismo fué,  
Y tampoco el año antes pasó cosa alguna.

Este divertido poema fue publicado en un periódico, inmediatamente después de la guerra. Como lo dice el poema, a pesar de tener la sensación de que pasaron muchas cosas, al recordarlas siento como si no hubiera pasado nada. Detesto contar o que me cuenten anécdotas de guerra. Sé que murieron muchas personas, pero igual es cosa vieja y me aburre. ¿Se puede decir, no obstante, que soy egocéntrica por esto? Solamente cuando fui citada y me vi obligada a trabajar de peón, eso no me pareció un acontecimiento trivial. Me fue bastante desagradable realizar tareas tan rudas, pero pienso que esos trabajos me fortalecieron y que ahora mismo, si me viera en la obligación de trabajar, podría ganarme la vida.

Cierto día, cuando ya la guerra había entrado en una fase desesperada para el Japón, un hombre vestido con una especie de uniforme militar, llegó a nuestra casa de la calle Nishikata y me entregó una orden de reclutamiento y una lista de los días que yo debía trabajar. Vi en el papel que me tocaba trabajar desde el día siguiente día por medio, en una montaña de Tachikawa, en las afueras de Tokio. Sentí, a pesar mío, que me venían las lágrimas.

—Supongo que podré mandar reemplazante, ¿verdad?

—El Ejército la ha citado a usted, de modo que es indispensable que se presente usted misma —me respondió el hombre con firmeza.

Decidí acudir yo misma.

Al día siguiente llovió. Un oficial pronunció un discurso ante personas que habían sido citadas, y que formaban filas al pie de la montaña.

—La victoria es segura —comenzó el oficial.— La victoria es segura, pero si no se cumplen las disposiciones del Ejército, nuestros planes quedarán frustrados y tendremos un resultado parecido al de Okinawa. Deberán cumplir las tareas asignadas. Además, dado que es muy posible que en esta montaña también se hayan infiltrado los espías, les ruego que estén prevenidos. Tienen que considerar que ustedes lo mismo que los soldados, están trabajando en un campo de batalla; deberán tener sumo cuidado en no hacer el más mínimo comentario acerca de lo que vean en este lugar.

La montaña humeaba en medio de la lluvia y nosotros, cerca de quinientas personas, entre hombres y mujeres, estábamos parados escuchando el sermón oficial. Entre nosotros se encontraban incluso alum-

nos de la escuela primaria, tiritando de frío y con las caras al borde del llanto. La lluvia caló mi impermeable, luego mi saco, hasta que mis prendas interiores quedaron empapadas.

Ese día tuve que transportar tierra durante toda la jornada, y en el tranvía de regreso me deshice en lágrimas. La próxima vez tuve que tirar de una soga ayudando a un grupo de obreros. Ese fue el trabajo que más me gustó.

Luego de volver a la montaña un par de veces más, tuve la impresión de que algunos estudiantes me miraban en forma desagradable. Un día, mientras transportábamos tierra, me crucé con varios de ellos y oí que uno susurraba: —¿Así que es una espía?

Me quedé perpleja. Le pregunté a una de las muchachas que trabajaba conmigo qué razón tendrían para pensar tal cosa y me contestó muy seriamente:

—Tal vez porque usted tiene aspecto de extranjera.

—¿Yo? ¿usted también piensa que soy una espía?

—No. —Contestó, esta vez sonriendo levemente.

—Soy japonesa —exclamé, pero al decirlo, sentí que sonaba a hueco y sin sentido. Me reí sola.

Una espléndida mañana transportaba junto con un grupo de hombres unas vigas de madera, cuando el joven oficial que vigilaba el trabajo frunció el ceño, y señalándome con el dedo dijo:

—Tú, ven para acá<sup>1</sup>.

Se dirigió rápidamente hacia el bosque de pinos, y yo lo seguí, agitada por el temor. Se detuvo ante

<sup>1</sup> En el ejército japonés el superior tutea al subalterno. Los reclutas civiles eran considerados soldados rasos durante la guerra, y de ahí el empleo de este lenguaje brusco aún para una mujer.

unas tablas recién llegadas del aserradero, y volviéndose hacia mí me dijo:

—Debe de ser bastante duro para usted, todos los días, ¿verdad? Por hoy quedese aquí vigilando estas maderas. —Sonrió, descubriendo unos dientes blancos.

—¿Quiere decir que debo quedarme aquí parada?

—Acá está fresco y tranquilo, y si quiere puede hacer una siesta sobre estas tablas. Si se aburre, quizás quiera leer este libro, aunque no se si ya lo leyó. —De un bolsillo de su chaqueta sacó un pequeño libro y lo dejó sobre la tabla tímidamente. —El libro no es gran cosa, pero léalo por favor, si quiere.

Era *Troika*.

—Muchas gracias. En mi familia hay alguien a quien le gusta leer mucho, pero ahora está al sur del Pacífico.

El oficial entendió mal.

—Ah, su esposo. En el sur del Pacífico..., debe de ser terrible. —Sacudió su cabeza con simpatía. —De cualquier manera, hoy se queda aquí haciendo guardia. Después le traeré su almuerzo. Descanse tranquila. —Dicho esto se alejó rápidamente.

Me senté sobre la madera y empecé a leer el libro; cuando estuve por la mitad, apareció el oficial haciendo sonar sus botas.

—Le traje el almuerzo. Se debe de aburrir aquí sola. —Depositó la caja del almuerzo sobre el pasto y regresó apresuradamente.

Luego de almorzar, me tiré sobre las tablas y acostada empecé de nuevo la lectura. Cuando terminé de leer empecé a dormirme.

Me desperté después de las tres de la tarde. En un momento tuve la impresión de haber visto en algún lugar al joven oficial; pero no lo pude recordar.

Me bajé de las tablas y cuando estaba arreglándome el cabello, oí nuevamente el ruido de las botas que se acercaban.

—Gracias por haber venido hoy. Si lo desea ya puede retirarse.

Corré hacia el oficial, le devolví el libro y al querer agradecerle, no pude articular palabra. Lo miré en silencio, y nuestras miradas se juntaron; las lágrimas acudieron a mis ojos. Y a los ojos de él también.

Nos sepáramos sin decirnos nada, y ese oficial no volvió a aparecer por el lugar. Fue el único día que pasé descansando. Después se sucedieron los días de dura faena en esa montaña de Tachikawa. Mamá se afligía mucho por mi salud, pero yo, como ya dije, había cobrado nuevas fuerzas, y ahora pienso que entonces me convertí en una mujer capaz de realizar los trabajos más pesados y hasta faenas rurales.

Dije que no quería hablar ni oír nada sobre las experiencias de la guerra, pero veo que yo también he narrado mi "valiosa experiencia". De cualquier manera, esto es lo único que podría contar sobre la guerra, y el resto es lo mismo que aquel poema:

El año pasado nada ha ocurrido,  
El anteaño lo mismo fue,  
Y tampoco el año antes pasó cosa alguna.

Los hechos fueron suficientemente estúpidos, y lo único que me ha quedado de la guerra, son estas zapatillas de trabajo.

La mención de las zapatillas me hizo divagar, pero quería agregar que todos los días llevo puesto este calzado que podría llamar mi único recuerdo de guerra y me refugio en la huerta con la esperanza de disipar la ansiedad y el desasosiego que llevo secretamente.

mente en el fondo del corazón, pero Mamá en cambio se va debilitando visiblemente día a día.

Los huevos de la culebra.

El incendio.

Desde ese entonces, la salud de Mamá fué quebrantándose mientras yo por el contrario, siento que poco a poco voy transformándome en una mujer tosca, de baja condición. No puedo menos que pensar que me estoy nutriendo de la vitalidad de Mamá.

Estoy segura que en el caso del incendio, aunque no me dijera nada excepto palabras de consuelo, el *shock* que ese hecho le produjo, fue diez veces más fuerte que el mío.

Y lo que es más, desde aquel momento, Mamá empezó a gemir en sueños, y a medianoche, si el viento sopla fuerte, se levanta fingiendo ir al baño, para dar algunas vueltas por la casa, vigilante. Nunca se siente bien. A veces hasta parece sentir dificultad para caminar. Me había dicho antes que quería ayudarme en las tareas de la huerta, y a pesar de que le aconsejé que no lo hiciera, un día hizo cinco o seis viajes transportando agua del pozo en un balde enorme. Al día siguiente lo pasó en la cama, quejándose de que le dolían los hombros al extremo de que le dificultaba la respiración. A partir de ese momento, parecía haber abandonado la idea de ayudarme en la quinta. De vez en cuando aparece, y allí se queda callada, mirándome trabajar.

Hoy, mientras contemplaba mi trabajo, dijó sorpresivamente:

—Dicen que la gente que ama las flores de verano muere en esa estación. ¿Será cierto eso?

No contesté, y seguí regando las berenjenas. Era verdad, ya estábamos al comienzo del verano. Mamá continuó suavemente:

—A mí me gusta el hibisco, pero no tenemos ninguno en nuestro jardín.

—¡Pero si tenemos adelfas! —le contesté, con fastidio deliberado.

—No me gustan. En general prefiero las flores de verano, pero las adelfas me parecen demasiado chillonas.

—En cuanto a mí, me gustan más las rosas. Pero las rosas florecen en las cuatro estaciones, de modo que las personas que gustasen de ellas, tendrían que morirse cuatro veces.

Reímos las dos.

—¿No quieres descansar un momentito? —preguntó Mamá, todavía sonriente.— Hoy tengo algo que consultar con Kasuko —agregó.

—¿De qué se trata? Si es acerca de tu muerte, no quiero saber nada.

Seguí a Mamá hasta el banco ubicado bajo el enrejado de glicinas. Las glicinas llegaban a su término. La tenue luz del atardecer se filtraba en las hojas y caía sobre nuestras rodillas tiñéndolas de verde.

—Desde hace tiempo pensaba contarte ciertas cosas, pero aguardaba el momento en que las dos estuviéramos de buen humor. Claro que no es un tema fácil de tratar. Pero hoy siento que a pesar de todo puedo hablarte sin vacilar. Te ruego por otra parte que tengas paciencia y me escuches sin interrumpirme hasta el final. Te quería decir que Naoji está vivo.

Quedé petrificada.

—Hace unos seis días me llegó una carta de Tío Wada. Según me cuenta, una persona que trabajó antes en su compañía, volvió hace poco del sur del Pacífico, y fue a visitarlo para presentarle sus saludos.

En esa ocasión, mientras hacían comentarios sobre la guerra, mencionó casualmente que en su unidad se encontraba Naoji, que no sólo está vivo sino que pronto sería repatriado. Pero a estar a lo que dice ese señor, Naoji está intoxicado por el opio, en forma desesperante...

—¡Otra vez! —Mi boca se torció como si hubiera probado algo amargo. Recordé que cuando estaba en la Facultad, por imitar a un novelista, se había intoxicado con drogas y todo había terminado con una deuda enorme en la farmacia que Mamá tardó dos años en saldar.

—Sí. Parece que volvió a caer en el vicio. Pero ese señor dijo que estaba seguro de que iba a curar, ya que de otra manera no lo dejarían volver. Tío me dice en su carta que aun en el caso de que Naoji regresara en condiciones, con ese antecedente sería difícil encontrarle inmediatamente un puesto. En Tokio se vive en una terrible confusión y hasta la persona más normal llega a un estado de locura, cuánto más un convaleciente sujeto a cualquier situación de violencia. Es por eso que cuando Naoji vuelva es indispensable traerlo aquí, a esta casa, y tratar de que no salga durante un tiempo, hasta que esté totalmente recuperado. Ese es el primer asunto. Después, Kazuko, Tío agrega que nuestro dinero está casi agotado, y por la cuestión del bloqueo de los ahorros, el impuesto a los réditos y otras cosas, teme que no podrá seguir mandándonos tanto dinero como antes. Por eso, cree que cuando vuelva Naoji y seamos tres, le resultará terriblemente engoroso suministrarnos lo necesario para cubrir nuestros gastos. Sugiere por esta razón, que sin mucha pérdida de tiempo te consigas algún pretendiente para que puedas casarte, o en ca-

so contrario, busques ubicación en alguna familia.  
—¿Como sirvienta?

—No, Tío me ha escrito que conoció a una familia con la que en un tiempo mantuvimos algunas relaciones, y son de nuestro mismo rango aristocrático; tú podrías entrar allí como institutriz de la hija. Es probable que de esta manera no te sientas disminuida o incompetente.

—¿No habría otra clase de empleo?

—El considera que cualquier otra profesión sería impracticable para ti.

—¿Por qué impracticable?

Mamá sonrió tristemente, pero no dijo nada.

—¡No! No quiero saber más nada de todo esto.—Estallé histéricamente, consciente de que decía un disparate. Pero no podía contenerme.— ¡Mírame con estas zapatillas, con estas zapatillas, mira!

Rompí en sollozos. Limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano, levanté la cara y mirando a Mamá, me dije que debía callarme, pero las palabras salían atropelladamente como si nada tuvieran que ver conmigo.

—¿No te acuerdas que una vez dijiste, me dijiste que por mí, porque me tenías a mí, habías venido aquí, a esta casa de Izu? ¿No dijiste que si yo no estuviera contigo te morirías? Por eso, sólo por eso, yo no me fui de esta casa, y me quedé a tu lado, me quedé calzando estas odiosas zapatillas para poder cultivar ricas verduras para ti. Y ahora que Naoji vuelve, tú quieres deshacerte de mí, porque estorbo, y quieres que me vaya a trabajar de sirvienta. ¡Esto es demasiado, Mamá, es demasiado!

Me sonaba horrible lo que yo decía, pero las pa-

labras parecían haber adquirido una propia existencia aparte.

—Si estamos quedando pobres y si se nos acaba el dinero, ¿por qué no vendemos nuestros kimonos de lujo? ¿Por qué no vendemos incluso esta casa? Además yo puedo hacer algo. Podría emplearme en la oficina del pueblo. Y si ellos no me emplean, hasta soy capaz de hacer trabajos de fuerza. La pobreza no es nada. Mientras tú me quieras, todo lo que deseo es quedarme a tu lado y hacerte feliz. Pero es indudable que tú quieres más a Naoji, ¿no es cierto? Yo me voy. Yo me voy de aquí. Nunca pude congeniar con él, y si me quedara sería peor para los tres. Tuve hasta ahora suerte de estar tanto tiempo a tu lado, y me considero feliz y satisfecha. Ya nada tengo que desear. Ahora, tú y Naoji podrán estar juntos, sin que nadie los moleste. Espero que él se porte bien y te haga feliz. Yo ya estoy harta. No quiero saber más nada de la vida que hice hasta ahora. Me voy. Me iré hoy mismo. Tengo adónde ir—. Me levanté.

—¡Kazuko! —Mamá me llamó severamente. Su rostro adquirió un aire de dignidad que antes no le conocí. Cuando a su vez se levantó y estuvo frente a mí, hasta me pareció más alta que yo.

Pensé pedirle perdón, pero las palabras contradijeron mi intención.

—Tú me has engañado, Mamá, me has engañado. Me has utilizado mientras duró la espera de Naoji. Yo fui tu sirvienta, y ahora que no me necesitas, dices que me vaya a otra casa—. Parada, lloré desconsoladamente.

—¡Qué tonta eres! —dijo en voz baja, trémula de ira.

Volví a alzar mi rostro y agregué otros disparates.

—Sí, claro que soy tonta. Me engañan por que soy una mujer estúpida; y soy tratada como cosa molesta porque no soy más que una tonta. Es mejor no tenerme aquí, ¿verdad? Pobreza, ¿qué es eso? Y dinero, ¿qué es? Yo no lo entiendo. Solamente he vivido con la fe en el amor, en tu amor.

Mamá apartó su rostro bruscamente. Lloraba. Sentí la necesidad de pedirle perdón, de abrazarla, pero mis manos estaban sucias del trabajo, y este pequeño detalle, involuntariamente, me detuvo.

—Si me voy, todo se arregla ¿verdad? Pues, me iré. Tengo adonde ir.

Corriendo hasta el baño, y llorando todavía, me lavé la cara, manos y pies, luego pasé a mi cuarto y mientras me cambiaba volví a llorar, esta vez a gritos, sintiendo la necesidad de llorar más y más. Subí corriendo la escalera hacia la habitación del primer piso, y una vez allí me arrojé en la cama, me cubrí la cabeza con la frazada y lloré hasta que sentí desvanecerme mientras me iba ganando una dulce nostalgia por un ser querido, y pensé que lo quería tanto, tanto, que la tentación de verlo y de escuchar su voz se fue agrandando hasta provocarme la extraña sensación de tener un pequeño fuego en la planta de los pies.

Al anochecer, Mamá subió suavemente al primer piso y luego de encender la luz, se aproximó a mi cama.

—Kazuko —me llamó dulcemente.

—Sí.

Me senté en la cama, recogí mi cabello y mirando a Mamá en la cara, reí con embarazo.

Mamá también rio por lo bajo, y luego se hundió en el sofá que está debajo de la ventana.

—Por primera vez en mi vida he desobedecido a Tío Wada. Acabo de contestar a su carta diciéndole que los asuntos de mis hijos corren por mi cuenta. Kazuko, vamos a vender los kimonos. Venderemos los kimonos de las dos, gastaremos el dinero a nuestro gusto, y viviremos como nos plazca. No quiero que trabajes más en la huerta. ¿Qué importancia tiene que tengamos que comprar verduras caras? Eso de pasarte los días en esos menesteres, no es digno de ti.

Confieso que yo misma estaba un poco cansada de las faenas rurales. Estoy segura de que la razón de mi disparatar y de mi llanto excesivo estaba en esa mezcla de cansancio y de tristeza, que me hacían resentirme con todos.

Estaba sentada en la cama en silencio, cabizbaja.

—Kazuko.

—Sí.

—¿Qué quisiste decir con eso de que tenías adónde ir?

Sentí el rubor en el rostro y en el cuello.

—¿El señor Hosoda?

No respondí.

Mamá suspiró profundamente,

—¿Puedo hablarte de cosas pasadas?

—Sí, Mamá —casi susurré.

—Cuando tú dejaste a tu marido y volviste a la casa de Nishikata, no tuve intención de formularte el menor reproche, pero una sola cosa te dije: que me habías traicionado. ¿Recuerdas?... Tú te pusiste a llorar..., en ese momento lamenté haberte dicho algo tan cruel...

En cambio yo recuerdo que le estaba agradecida por hablarme de ese modo, y hasta mi llanto se había vuelto feliz.

—Cuando te dije que me habías traicionado, no me refería al hecho de que abandonaras la casa de tu marido, sino porque tu marido me había dicho que tú y el pintor Hosoda eran amantes. Fue un gran golpe para mí. Tú bien sabes que ya en ese entonces el señor Hosoda estaba casado y tenía hijos, de modo que por mucho que tú lo amaras, a nada hubieras llegado...

—“Amantes”... ¡qué manera de hablar! Si lo único cierto había sido la suspicacia de mi marido.

—Tal vez, ¿pero no será que todavía piensas en él? ¿A qué te referías cuando dijiste que tenías adónde ir?

—No a la casa del señor Hosoda.

—¿No? Entonces, ¿dónde?

—Mamá, hace poco estuve pensando en qué se diferencian los hombres de los animales. Aun cuando se diferencian en el lenguaje, el conocimiento, el pensamiento y el orden social, ¿no crees que también los animales los poseen, de alguna manera? Podrían tener hasta cierta clase de religión. El hombre se jacta de ser el rey de la creación, pero aparentemente no existe una diferencia fundamental entre él y los animales. Hay una cosa sin embargo, que sólo los hombres tienen. No sé si alcanzarás a comprender. La única facultad inherente al ser humano es la capacidad de tener secretos. ¿Comprendes ahora?

Mamá se ruborizó ligeramente y sonrió encantadora.

—Ah, quisiera que tu secreto sólo diera buenos frutos. Todas las mañanas rezó al alma de Papá para que seas feliz.

Repentinamente surgió en mi memoria aquel pa-

seo en automóvil con Papá por Nasuno<sup>1</sup>. Bajamos del coche en medio del camino y contemplamos el paisaje otoñal. Las flores de otoño estaban en plena floración. Las uvas silvestres estaban verdes todavía.

Luego dimos un paseo en una lancha a motor por el Lago Biwa<sup>2</sup>, y yo me arrojé al agua, sintiendo en mis pies el roce de los pequeños peces y la sombra de mis piernas que se reflejaban nítidamente en el fondo del lago y se movían conmigo. Estas escenas asomaron apenas en mi mente, desconectadas de lo que me decía Mamá, y no tardaron en desvanecerse.

Me deslicé de la cama y abracé sus rodillas.

—Mamá, perdona lo de hace un rato—. Por fin pude decirle lo que tanto deseaba.

Pensándolo bien ahora, éstos fueron los últimos días de nuestra frágil felicidad, pues al regreso de Naoji del sur del Pacífico comenzó el verdadero infierno.

<sup>1</sup> Parque Nacional.

<sup>2</sup> Ubicado en la zona de Kioto, es el más grande del Japón.

## CAPITULO TERCERO

La sensación de que ya, de ninguna manera es posible seguir viviendo. ¿Será esto lo que llaman "angustia"? Como esas blancas nubes que cruzan veloces unas tras otras el límpido cielo después de una tormenta de verano, siento que olas de ansiedad y de angustia invaden mi pecho como una playa, y mi corazón siente que es sofocado y liberado caprichosamente, y mi pulso se endurece, mi aliento se apaga, mi vista se nubla; todo se oscurece; es como si toda la fuerza del cuerpo se escapara por las puntas de los dedos y quedara vacío; en este estado ya no puedo tejer con tranquilidad.

Hace unos días que llueve continuamente, y se sienten la melancolía y el desgano. Hoy saqué a la veranda un sillón de mimbre y me dispuse a tejer un "sweater" empezado en primavera. La lana es de color rosa pálido y pienso combinarla con otra azul cobalto. Esta lana rosa es la de una bufanda que me tejió Mamá hace veinte años, cuando yo iba a la escuela primaria. Los extremos de la bufanda formaban una especie de gorro, y recuerdo que la primera vez que me la puse y me vi en el espejo, parecía un pequeño diablillo. Ese color de bufanda era muy distinto a los que usaban comúnmente mis compañeras, y eso bastaba para que me resistiera a usarla. Cierta vez

un compañero de familia acomodada elogió mi bufanda diciendo que era preciosa; eso me hizo sentir más avergonzada y desde ese entonces no me la volví a poner durante muchos años. Sin embargo esta primavera, decidí renovarla y convertirla en un "sweater"; pero en ninguna forma me agradaba el color, de modo que la dejé abandonada. Como esta mañana nada tenía que hacer, la saqué de nuevo y empecé a tejer con evidente desgano. A pesar de todo, mientras tejía, me di cuenta de que este rosa pálido y el color gris del cielo armonizaban maravillosamente, en una suave y tranquila relación. Hasta ahora no había reparado en que para elegir el color de la ropa, es necesario tener en cuenta el color del cielo de esa estación. Quedé admirada, como si descubriera por primera vez la existencia maravillosa de la armonía de los colores. Es extraño, pero la combinación del gris del cielo lluvioso con el pálido rosa de la lana hace que ambos destaque sus valores y comiencen a vivir de otra manera. Esto, simplemente me dejó maravillada. La lana entre mis manos se tornaba cálida y vibrante, mientras el frío cielo lluvioso aparecía suave y aterciopelado. Este hallazgo me hizo recordar una pintura de Monet con el tema de una catedral en medio de la niebla. Podría decir que por fin había entendido, gracias al color de la lana, la esencia del buen gusto. Buen gusto. Mamá me había elegido esta lana de rosa pálido sabiendo perfectamente que iba a lucir contra el cielo nevoso, pero mi tontería me había impedido comprender tal sutileza. Sin embargo Mamá no quiso imponerme su uso cuando niña, y más tarde durante veinte años, me dejó hacer lo que quisiera sin decirme nada, a la espera de que yo misma me diera cuenta. Esta madre esperó silenciosamente, du-

rante mucho tiempo, fingiendo desentenderse. Pienso que tengo una madre admirable, pero la inquietud y la congoja vuelven cada vez que pienso que entre Naoji y yo podríamos estar torturándola, dejándola debilitar y conduciéndola poco a poco hacia la muerte, puesto que sólo asocio cosas y hechos horribles o ingratos. Ronda en mi cabeza esa angustiosa sensación de que a nada puedo aferrarme para conservar la seguridad de seguir viviendo, y entonces las puntas de los dedos se me aflojan irresistiblemente, y debo abandonar las agujas de tejer. Suspiré hondamente y levanté la cabeza; después cerré los ojos.

—Mamá—. Llamé sin querer.

Mamá estaba leyendo un libro, apoyada en la mesa de la sala.

—Sí? —contestó, extrañada.

Me turbé. Le dije en voz innecesariamente alta:

—Por fin florecieron las rosas. ¿Lo sabías? Yo recién me doy cuenta. Por fin florecieron.

Eran las rosas que estaban frente a la veranda; las mismas que hace años Tío Wada había traído de Francia, o de Inglaterra —no recuerdo bien de dónde, pero de bastante lejos—, y las había trasplantado aquí hace cosa de dos o tres meses. Esta mañana vi que se había abierto un pimpollo. Para ocultar mi turbación reciente, lo anuncié con excesivo entusiasmo, o como si acabara de descubrirlo. Las flores, de un oscuro violeta, tenían un aire orgulloso y daban una sensación de solidez.

—Ya lo sabía —Mamá contestó suavemente, y luego agregó—: Veo que estas cosas tienen mucha importancia para ti.

—Tal vez. ¿Me compadeces?

—No. Sólo quise decir que esas cosas son muy

propias de ti. Como te gusta pegar láminas de Renoir en las cajas de fósforos de la cocina o hacer pañuelos para las muñecas. Además, oyéndote hablar de las rosas del jardín, parecería que se tratara de seres vivientes.

—Es porque no tengo hijos.

Escaparon de mi boca estas palabras totalmente inesperadas. Después de decirlo, me quedé asombrada, y sintiéndome incómoda, seguí tejiendo.

—“Es que ya tiene veintinueve años.”

En ese momento creí haberlo oido decir a un hombre, como si hablara por teléfono, y luego sentí que mi rostro ardía de vergüenza.

Mamá guardó silencio y continuó su lectura. Desde hace unos días lleva una máscara de gasa que le cubre la boca, y no sé si es por eso que se ha vuelto muy callada. Esa máscara de gasa la usa por instrucción de Naoji.

Naoji volvió hace unos diez días, repatriado desde una isla del sur del Pacífico, con el rostro bronceado por el sol tropical.

Una tarde de verano, sin el menor aviso, entró por el portón del jardín y exclamó:

—¡Qué horrible es ésto! ¡Qué gusto atroz tiene esta casa! ¡Deberían ponerle “Mansión China: *Chow Mein!*”

Estas fueron las primeras palabras que pronunció al verme.

Hacía dos o tres días que Mamá sufría de la lengua. Le dolía la punta cada vez que la movía a pesar de que aparentemente no tenía nada. Tomaba solamente caldo. Le dije que viera a un médico, pero movió la cabeza en señal negativa y dijo con una sonrisa forzada:

—Se reirían.

Le unté la lengua con Lugol, pero al parecer no surtió ningún efecto. La enfermedad de Mamá me volvió irritable.

Justamente en ese trance volvió Naoji.

Se sentó junto a la cama de Mamá e inclinó la cabeza. Ese fue todo su saludo. Luego se levantó y empezó a inspeccionar la casa. Yo lo seguía.

—¿Cómo la encuentras a Mamá? ¿Cambió mucho?

—Sí, cambió, cambió muchísimo. Está muy débil y decaída. Para ella será mejor que muera pronto. Personas como Mamá no pueden seguir viviendo en un mundo como éste. Hasta para mí es demasiado patético verla en semejante estado.

—¿Y yo?

—Te has vuelto ordinaria. Tienes la traza de quien tiene dos o tres amantes. ¿Hay sake? Esta noche voy a tomar.

Fui a la hostería y le pedí a la dueña un poco de sake para celebrar el regreso de Naoji, pero me dijo que desgraciadamente no le quedaba nada, de modo que volví con las manos vacías e informé a Naoji. Se disgustó y me miró como a una desconocida y malhumorado dijo: —¡Uf! Eso pasa porque no sabes conseguirlo.

Después de preguntarme dónde quedaba la hostería, salió violentamente de casa, y por más que lo esperamos, no volvió. Le había preparado manzanas al horno y platos con huevo, que a él le gustaban; además cambió la lámpara del comedor por otra potente, y lo esperé un largo rato, hasta que se asomó por la puerta de servicio la dueña de la hostería, que haciendo girar sus grandes ojos, me dijo por lo bajo, como si se tratara de algo importante:

—Perdóneme, ¿pero estará bien dejarle tomar gin?

—¿Gin? ¿Se refiere al alcohol metílico?

—No, no es el metílico, pero es un gin malo, de modo que viene a ser lo mismo...

—¿Hay peligro de que enferme?

—No, pero...

—Entonces, déjelo beber.

Osaki asintió, como tragando saliva, y se fué.

Se lo comuniqué a Mamá:

—Parece que está bebiendo en lo de Osaki.

Mamá sonrió, con un rictus:

—¿Ah, sí? Espero que haya dejado el opio. Por favor, ¿quieres comer? Esta noche dormiremos los tres en esta pieza. Haremos el lecho de Naoji en el medio.

Yo quería llorar.

Naoji volvió después de medianoche, caminando ruidosamente. Dormimos los tres dentro del mosquitero grande. Una vez acostados, le dije:

—¿Por qué no cuentas algo del Sur?

—No hay nada. No hay absolutamente nada para contar. Por otra parte lo he olvidado todo. Cuando llegué a Japón y vi desde el tren los arrozales, me parecieron maravillosos. Eso es todo. ¿Apagas la luz? ¿No ves que no se puede dormir?

Apagué la lámpara; la luna estival invadió la habitación con un torrente de luz. A la mañana siguiente, Naoji empezó a fumar en el lecho, y con la vista en el mar, preguntó:

—¿Le duele la lengua? —Pareció reparar por primera vez en el estado de salud de Mamá. Ella sonrió débilmente.

—Ahí debe de haber una causa psicológica. ¿No duerme por la noche con la boca abierta? Pero no se

preocupe. Usted debe usar una máscara de gasa. Tíene que poner cierta cantidad de solución de Rivanol.

Me causó gracia:

—Dime, ¿qué clase de tratamiento es ése?

—Se llama tratamiento estético.

—Pero estoy segura que a Mamá no le gusta usar máscara de gasa.

No sólo eso le disgusta, sino cualquier cosa que debe ir encima de la cara.

—Mamá, ¿te pondrás la máscara?

—Sí, me la pondré —lo dijo en voz baja, seriamente. Sentí que algo me golpeaba dentro de mí. Estaba segura de que Mamá estaría dispuesta a acatar cualquier indicación de Naoji.

Después del desayuno, puse la solución de Rivanol en una gasa, tal como dijera Naoji, hice la máscara y se la llevé a Mamá. La recibió calladamente y tendida en la cama, se la puso. Tenía el aspecto de una criatura. Me causó infinita tristeza.

Después de mediodía, Naoji dijo que tenía que encontrarse con sus amigos de Tokio y con su maestro literario. Se puso un traje, recibió dos mil yens de Mamá, y se marchó.

Ya han pasado cerca de diez días, pero no ha vuelto a pisar esta casa. Y Mamá lo espera todos los días, con la máscara de gasa puesta.

—¡Qué bueno es este remedio! Con la máscara, se me está yendo el dolor de la lengua. —Mamá lo dijo sonriendo, pero sospecho que me está mintiendo.

Hace poco se levantó, diciendo que se sentía bien, pero sigue siempre sin apetito. ¿“Qué puede estar haciendo Naoji en Tokio? Seguramente recorriendo la ciudad con ese novelista Uehara, en medio de esa loca agitación.” Cuanto más pienso, más me angustio, y

me da por decir tonterías como aquello de la rosa o como lo de los hijos, totalmente inesperadas hasta para mí.

Dejé escapar un “ah”, y me levanté. Pero una vez que dejé la silla, no supe qué hacer ni hacia dónde ir; sin ninguna idea fija subí lentamente la escalera y me dirigí a la habitación del primer piso. Ese iba a ser el cuarto de Naoji.

Cuatro o cinco días antes lo había consultado con Mamá, y con la ayuda de un vecino se había transportado el ropero, el escritorio, la biblioteca y unos cajones llenos de libros y manuscritos de Naoji, es decir, casi todo lo que había en su cuarto de la casa de Nishikata. Del arreglo se encargaría el propio Naoji, una vez que volviera de Tokio, pero mientras tanto todo se hallaba en un gran desorden, y apenas había espacio para poner los pies. Por casualidad tomé un cuaderno de uno de los cajones y leí en la tapa: “Diario de las Flores de la Luna”. Al parecer había sido escrito en la época de su intoxicación de narcóticos.

*Una sensación de morir abrasado. Y aunque me desgarra el sufrimiento, no puedo pronunciar siquiera la palabra, ni la mitad de la palabra “sufro”. A no tratar de encogerse de hombros ante este anuncio de un infierno indescriptible, único en la historia del hombre, insondable.*

*¿Pensamiento? Mentira. ¿Principios? Mentira. ¿Ideales? Mentira. ¿Orden? Mentira. ¿Sinceridad? ¿Verdad? ¿Pureza? Todo mentira. Dicen que la glicina de Ushijima tiene miles de años, y que la glicina de Kumano data de varias centurias, y que el racimo de Ushijima llega a alcanzar un largo máximo de tres metros y en Kumano pasa el metro setenta. Pero mi*

corazón sólo salta de alegría cuando contempla las flores de glicina.

Ese también es hijo de alguien. Vive.

La lógica es en definitiva, el amor a la lógica. No el amor al hombre.

Dinero y mujer. La lógica, avergonzada, huye precipitadamente.

El valiente testimonio del Doctor Fausto, que dice que la sonrisa de una virgen es más valiosa que la historia, la filosofía, la educación, la religión, la ley, la política, la economía y todas las manifestaciones del saber.

El estudio es el otro nombre de la vanidad. Es el esfuerzo del hombre para dejar de ser humano.

Puedo jurar por Goethe que yo soy un escritor magníficamente dotado de talento. Una composición impecable, una adecuada dosificación del humor, tristeza conmovedora que hace arder las mejillas del lector, o bien una novela llena de dignidad, la más perfecta en el género, para leerla con sonoridades profundas (podría llamarlo el comentario de un film), esta clase de novela soy capaz de escribir, pero si la escribo, me muero de vergüenza. Total esto que llaman conciencia del genio, tiene algo básicamente barato. Sólo a un loco se le ocurriría leer una novela con deferencia; si se lee así, ¿por qué no leerla vestido de etiqueta o con aspecto de ir a un funeral? ¿Acaso, cuanto menos artificiosa sea, no es mejor una obra? Escribiré una novela grosera, deliberadamente mala y haré el payaso pasando por fracasado que huye rascándose la cabeza, sólo para sorprender una sonrisa auténtica en el rostro de mi amigo. ¡Oh, ver el semblante feliz de mi amigo!

Qué clase de afectación es ésta que me hace soplar en la trompa de juguete de la mala prosa y el mal genio para proclamar: —¡He aquí el más grande de los tontos de todo el Japón! ¡Comparado conmigo tú todavía eres mejor...! ¡A tu salud!

¡Amigo! Tú, que relatas con cara presumida: —Esa es una mala costumbre suya, ¡qué lástima! —Tú no sabes que eres amado.

¿Existirá alguna persona que no sea dissoluta?

Un tedioso pensamiento.

Quiere dinero.

Y si no lo tengo...

¡Mientras duermo, una muerte natural!

Tengo una deuda de cerca de mil yens en la farmacia. Hoy introduje sigilosamente al empleado de una casa de empeños en mi cuarto, y le pregunté si encontraba algo que valiera la pena, que se lo llevara, pues necesitaba dinero con urgencia; pero el empleado, apenas vio el cuarto, me dijo:

—No vale la pena. Si ni siquiera son cosas tuyas.

—Bueno —le dije acaloradamente— llévese únicamente lo que he comprado hasta ahora— y empecé a reunir mis cosas, pero no había nada que tuviera valor comercial.

Por empezar, una mano de yeso. La mano derecha de Venus, como una dalia en flor; una mano blanquísima montada sobre una base. Si la observamos bien, tiene el ademán del momento en que fue sorprendida en su total desnudez, el asustado cuerpo retorcido por la vergüenza, se tiñe de rosa, luego se enciende de rojo; pudor, desamparo, emoción, todo eso lo expresa esta mano, y lo transmite hasta quien sabe observarla. Pero después de todo, es un bric-à-

brac cualquiera. El hombre lo valuó en cincuenta sens<sup>1</sup>.

Otros artículos: un enorme plano de los suburbios de París; un trompo de celuloide de unos 33 centímetros de diámetro; una pluma fuente especial que permite escribir letras más finas que un hilo; cosas que compré creyendo que eran hallazgos, y sin embargo el empleado, sonriendo, me dijo:

—Ya tengo que irme.

—¡Espere! —le grité. Finalmente le entregué una montaña de libros, por lo que me pagó cinco yens. Mis libros son en su mayoría ediciones populares y algunos incluso de segunda mano; no era para sorprenderse si se vendían baratos.

Dispuesto a solucionar una deuda de mil yens y apenas consigo cinco. Estas son, más o menos, mis posibilidades reales en este mundo. No es cosa de risa.

Decadence?<sup>1</sup> ¿Pero no ven que no puedo vivir sino de esta manera? Prefiero a aquellos que me dicen: —¡Muérete!, antes que aquellos que sólo me critican diciendo que soy decadente. Es mucho mejor. Sin embargo casi nadie dice fácilmente: —¡Muérete! —Ah, mezquinos y prudentes hipócritas!

¿Justicia? Pero la esencia de la llamada lucha de clases no está en esto. ¿Humanidad? No digas tonterías. Yo lo sé: "hay que atropellar, hay que matar al próximo para conseguir la propia felicidad." ¿Qué sentido tiene todo esto sin la sentencia de "¡Muérete!"? No traten de engañar.

Pero tampoco hay individuos decentes en nuestra clase. Son todos idiotas, espectros, avaros, perros

<sup>1</sup> Un centésimo de yen.

<sup>1</sup> Sic en el original.

rabiosos, mentirosos, palabras pomposas, orina desde la nube.

—¡Muérete! Ni siquiera merecen que le dediquen semejante palabra.

La guerra. La guerra que hace Japón es un acto de desesperación.

Morir complicado en semejante acto de desesperación... no, gracias. Mejor morir solo.

La gente cuando miente pone invariablemente una cara seria. La seriedad de nuestros líderes políticos, ¡pff!

Siento deseos de pasar mi tiempo entre gentes que no aspiran a ser respetadas.

Pero esa buena gente no quiere pasar el tiempo conmigo.

Cuando pretendí mostrarme precoz, la gente murmuró que yo era precoz. Cuando pretendí pasar por haragán, la gente murmuró que era haragán. Cuando quise mostrar que era incapaz de escribir una novela, se murmuró que yo no sabía escribir. Cuando actué como un mentiroso, que era un mentiroso. Cuando traté de pasar por un hombre rico, que era un hombre rico. Fingí ser indiferente y la gente murmuró que era un indiferente. Pero cuando realmente sufri e involuntariamente gemí, la gente murmuró que me hacia el que sufria.

Este mundo no anda como uno piensa.

En resumidas cuentas, ¿no tendré más remedio que suicidarme?

A pesar de estar sufriendo de este modo, y al pensar que no me queda otra salida que el suicidio, me puse a llorar a gritos.

Cuenta la historia que una mañana de primavera, de una rama de un ciruelo con dos o tres pimpollos bañados por el sol, colgaba sigilosamente un joven estudiante de Heidelberg, con una soga al cuello.

—¡Mamá, por favor, repréndeme!  
—¿De qué manera?  
—Diciendo que soy un flojo.  
—¿Así? Eres un flojo..., creo que no tengo necesidad de reprenderte más que eso.

La bondad de Mamá es insuperable. Cada vez que pienso en ella, tengo ganas de llorar. Me mataré por ella en prueba de arrepentimiento.

Por favor, perdóneme. Sólo una vez más, perdóname.

(Poema de Año Nuevo)  
¡Los años!  
Aunque ciegos todavía  
Los polluelos de cigüeña  
Van creciendo.  
¡Ah, cómo engordan!  
Morfina, atromol, narcopon, filipon, pantopon,  
pabinal, atropin.

¿Qué es el orgullo? ¡El orgullo!  
¿Es posible que el ser humano —no, el hombre— no pueda vivir sin pensar: "Yo soy de la élite", o "Yo tengo buenas cualidades"?

Detesto a la gente y ellos me detestan.  
Un "test" de inteligencia.  
Solemnidad, sinónimo de idiotez.  
En todo caso, sabes, puedes estar seguro de que

si un hombre sigue viviendo, es justamente porque hace trampas.

Una carta pidiendo dinero:  
Su contestación.  
Por favor, contésteme.  
Y ojalá sea una buena noticia.  
Estoy gimiendo de sólo pensar en las infinitas humillaciones.  
No estoy representando ninguna comedia. Absolutamente no.  
Por favor, le ruego.  
Siento que voy a morir de vergüenza.  
No es ninguna exageración.  
Todos los días, todos los días esperando su contestación: noche y día temblando horriblemente.  
No me haga tragarse arena.  
Escucho risas contenidas a través de las paredes, y a medianoche, me revuelvo en la cama.  
No me haga padecer humillación.  
¡Hermana!

Leí hasta ahí, cerré el diario, y lo devolví al cajón. Me acerqué a la ventana, y la abrí de par en par, y mirando al jardín esfumado por la blanca lluvia, recordé esos tiempos idos.

Ya pasaron seis años. La intoxicación por drogas de Naoji, fue la causa concurrente de mi divorcio. No, no debo hablar así; pienso que de cualquier manera mi divorcio se habría producido, no importa por cuál motivo, como si estuviera predestinada para ello.

Naoji se veía en dificultades para pagar a la farmacia, y me pedía dinero con frecuencia. En ese entonces no hacía mucho que me había casado con

Yamagi y naturalmente no disponía de dinero suficiente; además me resultaba terriblemente incómodo enviar clandestinamente el dinero a Naoji, de modo que en complicidad con la criada, de nombre Oseki, que había traído de mi casa paterna, vendí pulseras, collares y vestidos. Naoji me envió un pedido de dinero: "Tengo tanta vergüenza que ni me atrevo a verla ni a hablarle por teléfono. Le ruego que me mande el dinero por Oseki al departamento del novelista Uehara Jirō, que seguramente usted debe de conocer, aunque sea de nombre. El señor Uehara tiene una reputación de persona inmoral, pero no es como la gente dice, de modo que nada tiene que temer. He arreglado con él para que me avise por teléfono en cuanto llegue el dinero. Le ruego entonces que me lo envíe. En cuanto a mi intoxicación, deseo que por lo menos Mamá no lo sepa. De cualquier manera intentaré curarme. Cuando reciba su dinero, pagaré la cuenta de la farmacia y luego partiré hacia nuestra villa del Monte Shiohara para reponerme. Es la pura verdad. Desde el día que salde la deuda de la farmacia, intentaré dejar por completo las drogas. Se lo juro por Dios. Por favor, créame. Le ruego mantener este secreto ante Mamá, y mándeme el dinero a la casa del señor Uehara."

Este era más o menos el texto de la carta. Mandé el dinero con Oseki al departamento del señor Uehara, pero las promesas de las cartas de Naoji no pasaban de ser promesas que nunca se cumplían. Naoji no iba siquiera a la villa de Shiohara y su intoxicación se agravaba más y más, en tanto que las cartas eran más lastimosas y empleaba un tono desgarrante, prometiendo que abandonaría las drogas. Pensaba que mentía con sus promesas, pero terminaba vendiendo

mis joyas y le enviaba el dinero a lo del señor Uehara.

—¿Qué clase de persona es el señor Uehara?

—Es un hombre pequeño, pálido y descortés —contestó Oseki agregando: Pero casi nunca está en su casa, y me recibe su señora, con una niña de unos seis o siete años. No es particularmente bonita, pero parece ser una persona suave e inteligente. A esa señora se le puede dejar el dinero con toda confianza.

Comparando lo que yo era entonces con lo que soy ahora —no, era tan distinta que no es posible ninguna comparación—, yo estaba siempre en las nubes y era demasiada tranquila. Sin embargo, empecé a inquietarme por la cantidad de dinero que continuamente me pedía Naoji, y un día, al salir de una función de teatro Noh, dejé el coche en Ginza y decidí visitar al departamento del señor Uehara, en Kiyobashi.

El señor Uehara estaba sólo, leyendo el diario. Vestía kimono, y aparentaba ser joven y al mismo tiempo viejo. La primera impresión fue extraña, como si estuviera ante una rara bestia que jamás había visto.

—Mi señora salió con el chico a buscar la ración de alimentos.

Habló entrecortadamente, con una voz nasal. Me había confundido, con una amiga de su mujer. Cuando le dije que era la hermana de Naoji, rio sarcásticamente. Sentí un escalofrío.

—¿Salimos?

Se puso el manto, se calzó unas sandalias japonesas y salió al corredor del departamento, sin esperarme.

Era un atardecer de principios de invierno. El viento estaba helado. Parecía que soplaba desde el Río Sumida<sup>1</sup>. El señor Uehara caminaba en silencio, levantando un poco el hombro derecho, como si cortara el viento. Lo seguí, casi a la carrera.

Bajamos al subsuelo de un edificio, detrás del Teatro Tokio. Había cuatro o cinco grupos de personas sentadas a las mesas, en un salón angosto y alargado, bebiendo en silencio.

Pidió *sake* en un vaso, en lugar de las pequeñas tacitas que se usan tradicionalmente. Luego hizo pedir un vaso para mí y me ofreció. Bebí dos vasos sin sentir nada.

El señor Uehara bebió y fumó, pero no dijo una sola palabra. Era la primera vez que yo visitaba un lugar como ése, pero lo encontré confortable y me sentía bien.

—Es mejor que tome alcohol, pero...

—Perdón, ¿qué decía?

—Quise decir, que es mejor para su hermano que empiece a beber. Yo también fui toxicómano hace tiempo y sé con qué aprensión mira la gente a esta clase de adeptos. El alcohol es en definitiva la misma cosa, pero la gente lo mira con más indulgencia, ¿sabe? Pienso convertir a su hermano en un bebedor. ¿Qué le parece?

—Una vez vi a un borracho. Estaba por salir de casa para hacer las visitas de Año Nuevo<sup>2</sup>, cuando me di cuenta que, un amigo del chófer de casa

<sup>1</sup> Río que atraviesa una parte de Tokio y desemboca en la Bahía de Tokio. Famoso por las fiestas de fuegos artificiales que se efectúan en sus orillas.

<sup>2</sup> Es costumbre en Japón visitar a familiares, amigos y vecinos en Año Nuevo, y presentar sus saludos.

dormía en el asiento del coche con fuertes ronquidos y la cara roja como el diablo. Me asusté y grité. El chófer me explicó que era un alcoholista perdido; lo sacó del coche y lo llevó a no se dónde. Su cuerpo parecía no tener ningún hueso, y mascullaba cosas ininteligibles. *Esa* fue la primera vez que vi a un borracho, y me fascinó.

—Yo también soy un alcoholista.

—Oh, pero no creo que de esa especie.

—Y Ud. también, es una alcoholista.

—No, no creo. Yo he visto a uno de verdad, y es totalmente distinto.

Por primera vez el señor Uehara rio espontáneamente.

—Bueno, es posible que su hermano no pueda llegar a convertirse en un alcoholista, pero de cualquier manera lo vamos a convertir en un bebedor. Vayamos. Se le hace tarde, ¿verdad?

—No, no tiene importancia.

—A decir verdad, soy yo el que no se siente muy cómodo. ¡Señorita! ¡La adicción!

—¿Es muy caro? Si no es mucho, yo traje un poco de dinero.

—En ese caso, usted se hará cargo de la adicción.

—Quizá no sea suficiente.

Miré dentro de la cartera y le dije cuánto tenía.

—Con lo que usted tiene, alcanza para beber en dos o tres bares más. No se burle de la gente.

El señor Uehara frunció el ceño y luego rio.

—¿Quiere que vayamos a beber en algún otro lado?

—No, suficiente. Le voy a conseguir un taxi. Es mejor que regrese.

Subimos la escalera del oscuro bar. El señor Ue-

hara, que iba adelante, se volvió en la mitad de la escalera y me dio un rápido beso. Yo lo recibí con los labios fuertemente apretados.

No sentía una atracción especial por él, pero sea como fuere, en ese momento nació mi "secreto". El señor Uehara subió los escalones que faltaban haciendo sonar sus sandalias japonesas; yo lo seguí lentamente, con una extraña sensación de transparencia. Cuando salí a la calle, fue un placer el viento del río en el rostro.

Me consiguió un taxi, y nos sepáramos en silencio.

Mientras viajaba en el coche tuve la repentina sensación de que el mundo se me abría como un inmenso mar.

Un día me sentí deprimida, después de una discusión con mi marido y le dije:

—Tengo un amante.

—Ya lo sé. Es Hosoda, ¿verdad? ¿No hay manera de que lo olvides?

Callé. Desde ese momento, cada vez que entre nosotros se planteaba un problema desagradable, se empezó a discutir el problema de mi amante. "Ya no tiene más remedio", pensé. Era, como cuando uno se equivoca al cortar un vestido y no le queda otra solución más que tirar la tela y empezar de nuevo.

—Espero que el chico no sea de él.

La noche que mi marido me interrogó de esta manera todo mi cuerpo empezó a temblar. Pienso que en aquel entonces éramos demasiado jóvenes los dos. Yo no sabía lo que era el amor. Ni siquiera llegué a entender lo que era el afecto personal. Yo estaba entusiasmada con las pinturas del señor Hosoda, y decía a todo el mundo que debía de ser maravilloso la vida cotidiana al lado de ese pintor, y que si

una no lograba casarse con una persona de tan refinado gusto, el matrimonio no tenía sentido. Me interpretaron mal y yo ni me preocupé en desmentirlo, manifestando abiertamente que me gustaba, sin tener exacto conocimiento de lo que eran el amor y el afecto personal, con lo cual las cosas se complicaban de tal modo que mi marido empezó a dudar de la legitimidad del hijo que estaba por nacer. Y aunque nadie se refirió abiertamente a nuestro divorcio, empezó a crearse un clima de indiferencia y hostilidad en torno a mí, hasta que un día decidí volver a la casa de Mamá con mi sirvienta Oseki; luego mi hijo nació muerto, y tuve que guardar cama por un tiempo. Desde ese entonces las relaciones con mi marido se cortaron definitivamente.

Naoji, tal vez sintiéndose culpable en parte de mi divorcio, hablaba de matarse, y lloraba tanto que parecía que su rostro se iba a descomponer. Le pregunté cuánto era la deuda de la farmacia y me mencionó una suma fantástica; luego supe que no se había atrevido a decirme la verdadera suma, que era tres veces mayor que ésa.

—Conocí al señor Uehara. Es una persona encantadora. ¿Qué te parece si de vez en cuando vamos a beber junto con él? Despues de todo el *sake* es muy barato; dinero para *sake* te puedo dar siempre. En cuanto al pago de la farmacia, voy a hacer algo, no te preocupes.

Mi hermano se alegró enormemente cuando le hablé de mi encuentro con el señor Uehara y dijo que era buena persona. Esa misma noche, Naoji me pidió dinero y se fue a casa del señor Uehara.

Es posible que la toxicomanía sea una enfermedad del espíritu. Yo elogí al señor Uehara, y leí una

novela suya que me prestó Naoji. Luego le dije a Naoji que me parecía un buen escritor. Naoji me respondió que yo era incapaz de entenderlo, pero en alguna medida le satisfacían mis elogios, y entonces me traía más novelas. Por mi parte empecé a leerlas seriamente y luego las discutíamos con mi hermano. Naoji empezó a ir abiertamente casi todas las noches a la casa del señor Uehara, y poco a poco, tal como éste lo había planeado, mi hermano fue cambiando la droga por el alcohol. Sin que supiera Naoji, consulté a Mamá sobre el pago a la farmacia. Se cubrió el rostro con una mano, y un momento después dijo, sonriendo tristemente: —Aunque lo pensáramos sería inútil. No se cuántos años nos llevará, pero lo devolveremos de a poco todos los meses.

Y desde aquellos días han pasado seis años.

Flores de la luna. Ah, debe de ser penoso también para Naoji. Sobre todo ahora que tiene el camino bloqueado, y no ha de saber aún qué hacer. Estará bebiendo todos los días pensando en la muerte.

¿No será mejor que se convierta de una vez en un verdadero vagabundo, en un sinvergüenza profesional? Tal vez fuera menos penoso para él.

“¿Existirá alguna persona que no sea disoluta?” Eso decía el cuaderno de Naoji. Reflexionando sobre estas palabras, pienso que tanto yo, como Tío y Mamá, somos seres pervertidos. ¿No habrá querido decir ternura por perversión?

## CAPÍTULO CUARTO

*Dudé bastante antes de escribirle esta carta. Pero esta mañana, recordé la frase bíblica “astuto como la serpiente, dulce como la paloma”, y adquirí una extraña fuerza que me decidió a escribirle. Soy la hermana de Naoji. ¿Recuerda? Si lo ha olvidado, hágame el favor de recordar.*

*Lamento mucho que Naoji lo haya visitado y le haya causado molestias de nuevo. (Aunque después de todo, Naoji sabrá lo que hace y no tiene sentido que yo me entrometa pidiéndole disculpas.) Hoy le escribo para pedirle un favor, no para mi hermano, sino para mí. Me enteré por Naoji que su departamento fue bombardeado durante la guerra y que desde entonces usted vive en su domicilio actual, en los suburbios de Tokio. Pensé visitarlo en su casa, pero como mi madre se encuentra mal estos últimos tiempos, no podría irme a Tokio dejándola sola, y por eso me resolví a escribirle esta carta.*

*Tengo que consultarle algo.*

*Quizás esta consulta resulte demasiado astuta desde el punto de vista de las buenas costumbres convencionales e incluso sea tan perversa como un crimen real, pero yo —no, nosotros— no podemos seguir vi-*

viendo de esta manera; por eso he decidido revelarle a usted, que es la persona que mi hermano respeta por sobre todas las demás, la verdad de cuánto siento y pienso para que me haga llegar sus consejos.

Para mí es insopportable la vida que estoy llevando; ya no es cuestión de si me gusta o no me gusta, sino simplemente que nosotros —mi madre, Naoji y yo— no podemos seguir viviendo de esta manera.

Ayer pasé el día apenada y me sentía con fiebre y ahogada. Había perdido la noción de lo que debía hacer conmigo misma. Pasado mediodía, la hija del campesino que vive camino abajo, vino bajo la lluvia con una carga de arroz sobre los hombros. Le entregué en cambio unos kimonos míos, como habíamos convenido. La muchacha se sentó frente a mí en el comedor y mientras bebía su té preguntó en un tono completamente realista:

—¿Cuánto tiempo piensa seguir viviendo con la venta de sus cosas?

—Seis meses, tal vez un año.

Le contesté, y cubriendome la mitad del rostro con la mano derecha, murmuré:

—Tengo sueño. Tengo un sueño terrible.

—Usted está cansada. Debe de tener un agotamiento nervioso.

—Es posible.

De pronto acudieron a mí las palabras "realismo" y "romanticismo". Yo no tengo sentido de la realidad; apenas pienso que podría seguir viviendo de este modo, siento escalofríos en todo el cuerpo. Mi madre es semi inválida y pasa la mayor parte del tiempo en su lecho. Mi hermano, como usted sabe bien, es un enfermo del espíritu, y mientras está aquí pasa todo su tiempo en la hostería del pueblo y cada tres días

viaja a Tokio llevándose parte del dinero obtenido de la venta de nuestras ropas.

Pero no es esto lo que más me apena. Lo que me aterra es el presentimiento de que puedo acabar mi vida en esta misma situación, como las hojas del banano se pudren sin caer del tallo.

Es por eso que aunque rompa con todos los mandamientos de las buenas costumbres para las damas jóvenes, quiero escapar de todo esto. Y ahora aconséjeme.

Quiero hacer una declaración abierta a mi madre y a Naoji. Deseo dejar aclarado que desde hace un tiempo estoy enamorada de un hombre, y que en el futuro trataré de ser su amante. Usted debe conocerlo. Sus iniciales son M. C. Cuando siento cualquier clase de pena o sufrimiento, ardo en deseos de correr a su lado y morir de amor junto a él.

Como usted, M. C. tiene mujer e hijos. Hasta creo que tiene una amante mucho más joven y hermosa que yo. Pero siento que para seguir viviendo no tengo otro camino que el que pueda conducirme a su lado. Nunca me he encontrado con su esposa, pero me dijeron que es dulce y bondadosa. Cuando pienso en ella, me veo una mujer terrible. Pero cuando vuelvo los ojos a mi propia vida, veo que ésta es mucho más terrible y no puedo menos que depositar en él mis sentimientos. Deseo conseguir su amor "astuta como la serpiente y dulce como la paloma", pero es seguro que ni mi madre, ni Naoji, ni el resto del mundo aprobarán este amor. No sé qué pensará usted al respecto. En fin, no me queda más que resolverlo sola y obrar como lo crea más conveniente. Este es el primer amor que siento, y pienso si no habrá una salida como para que todos los que me rodean me

feliciten. Estoy concentrando mis fuerzas mentales como si fuera a resolver algún complejo problema de álgebra, y siento que por ahí se me presenta un pequeño punto que puede conducir a una solución fácil y definitiva, y de pronto me siento alegre y animada. Pero a todo esto, ¿qué dirá de mí el propio M. C.? Cuando lo pienso me desanimo. En una palabra, soy algo así como una persona auto-designada, no "esposa auto-designada", sino "amante auto-designada", de modo que si M. C. no me acepta tengo que considerarlo como asunto terminado. Es por eso que le ruego me averigüe lo que él piensa con respecto a mí. Un día cualquiera hace seis años, se tendió en mi pecho un pálido arco iris, y aunque no fue ni amor, ni pasión, con el correr de los años el arco iris fue intensificando su color. Nunca lo he perdido de vista un solo momento. El arco iris del cielo que nace después de la lluvia se esfuma y desaparece, pero el arco iris que cruza el alma del hombre pareciera que no desaparece de igual modo. Por favor, pregúntele a M. C. qué piensa realmente de mí. ¿No me tomará por un arco iris que surge después de la lluvia? ¿O acaso se ha esfumado de su vista?

De ser así, yo también borrará mi arco iris. Pero borrando antes mi propia vida, porque sino el arco iris de mi pecho jamás desaparecerá.

Ruego su respuesta.

Al señor Uehara Jirō (Mi Chejov<sup>1</sup>. M. C.)  
P. S. Ultimamente estoy engordando un poco, más que en el sentido animal en el de volverme una persona normal. Este verano lei una sola novela, de D. H. Lawrence.

<sup>1</sup> Sic en el original.

No habiendo recibido ninguna respuesta, heme aquí escribiéndole otra vez. Supongo que ya habrá descubierto cada una de las maquinaciones que con astucia de serpiente fui sembrando en cada renglón de mi carta anterior. Adivino que sólo habrá interpretado de ella la necesidad de que me ayude a vivir y el deseo de conseguir dinero suyo. No pretendo negarlo, pero si mi propósito hubiera sido realmente el de conseguir un amo, aunque lo ofenda al decirlo, no habría tenido necesidad de recurrir precisamente a usted. Pienso que hay muchos viejos con dinero que me mantendrían gustosamente. Días pasados, sin ir más lejos, me propusieron un matrimonio extraño. Es posible que usted conozca a esa persona; es un anciano soltero de unos sesenta años y miembro de la Academia de Bellas Artes, o algo así; el gran maestro vino hasta casa para pedir mi mano. Había vivido cerca de nuestra casa de Nishikata, y como buenos vecinos nos conocíamos de vista. Cierta vez, creo que un atardecer de otoño, pasábamos en coche con Mamá y lo vimos parado en la puerta de su casa. Mamá lo saludó a través de la ventanilla inclinando levemente la cabeza, y la palidez de su rostro oscuro se trocó súbitamente en un brillante rojo.

—¿Estará enamorado? —Yo bromeaba.— Debe de estar enamorado de ti ¿no te parece?

Pero Mamá, seria y reposada dijo como para si:

—No, no puede ser, es una gran persona.

Parece que respetar a los artistas es una costumbre familiar.

El maestro pidió mi mano a Mamá, por intercepción de cierto príncipe, que a su vez era un viejo amigo de Tio Wada, explicando que había perdido a su mujer hacia unos años. Mamá sugirió que yo

misma comunicara al maestro mi sincero parecer sobre este matrimonio. Sin pensarlo mucho, ya que el asunto no me agradaba, le escribí sin vacilar que por el momento no pensaba casarme.

—¿Puedo rechazarlo, verdad?

—Naturalmente..., yo también pensé que era un poco difícil.

En ese entonces el maestro se encontraba en su residencia de Karuizawa, y a esa dirección mandé la carta. Pero al cabo de dos días el mismo maestro nos visitó sorpresivamente, aduciendo que había venido a trabajar en las proximidades. Al parecer, nada sabía de mi respuesta. Parece que es regla que los artistas se porten puerilmente por muchos años que tengan.

Como Mamá se sentía mal, yo misma lo atendí en la sala china.

—Espero que la carta denegatoria que le envíe a Karuizawa haya llegado a sus manos. Lo he pensado bien, y he tomado esa decisión.

—Ah, sí? —dijo con cierta impaciencia, y luego de enjugarse el sudor de la frente agregó: —Le ruego que lo piense otra vez. Tal vez, no sé cómo decírselo, aunque no pueda ofrecerle una felicidad espiritual, estoy seguro de poder proporcionarle toda clase de comodidades materiales. Esto se lo puedo garantizar. Se lo digo sin rodeos...

—No entiendo bien lo que quiere decir esa palabra "felicidad". Puede que yo sea bastante impertinente, pero lo único que puedo contestarle es "no, muchas gracias". En una carta a su mujer, Chejov le pedía que tuvieran un hijo. También en un ensayo, que creo era de Nietzsche, éste anotaba la expresión "la mujer que uno desea hacer madre". Yo deseo un hijo. La felicidad no me interesa. Quiero también el

dinero, pero sólo el necesario para poder mantener a mi hijo.

El maestro soltó una risa extraña.

—Usted es una mujer poco común. Puede decirle a cualquiera lo que piensa. Si lograse vivir junto a una mujer como usted, es posible que encontrara nuevas inspiraciones para mi trabajo.

Dijo esto en una forma afectada, poco frecuente en una persona de su edad. Pensé que si yo fuera capaz de renovar la obra de un artista como él, eso bien podía ser la razón de mi vida, pero no pude hacerme a la idea de ser abrazada por ese anciano.

—¿No es necesario que sienta un poco de amor?

—Le pregunté sonriendo.

—No es necesario para la mujer. La mujer puede estar así, en la vaguedad.

—Pero una mujer como yo no puede pensar en un casamiento sin amor. Yo ya soy mayor. El año que viene cumple treinta.

Tuve un impulso de taparme la boca.

Treinta. "Las mujeres conservan alguna fragancia de la adolescencia hasta los veintinueve años, pero ya nada queda en el cuerpo de una mujer de treinta." Recordé haberlo leído hace años en una novela francesa, y una infinita tristeza se apoderó de mí. Afuera, el mar bañado en el sol de mediodía tenía un brillo alucinante de vidrios rotos. Cuando lei esa novela, había aceptado todo tranquilamente. Siento nostalgia de esos días en que podía pensar que la vida de una mujer termina a los treinta años. Así como las joyas y vestidos desaparecían en torno mío, también la fragancia juvenil se alejaría de mi cuerpo. Una desdichada mujer de mediana edad. Ah, no quiero ni pen-

sar. Pero aun la vida de mujer de mediana edad lleva en si la vida de una mujer, ¿no cree? Es lo que poco a poco empiezo a comprender. Recuerdo todavía lo que me dijo mi profesora de inglés antes de volver a Inglaterra, cuando yo tenía diecinueve años.

—Usted no debe hacer el amor. Cuando se enamore será infeliz. Si tiene que amar que sea más adelante, después de los treinta años.

Sus palabras no llegaron a despertar mi curiosidad en ese entonces. Lo que podía sucederme a los treinta era una cosa bastante remota.

—Me dijeron que pensaban vender esta casa.

El maestro habló de pronto, en tono malicioso. Yo reí.

—Perdón. Recordé El Jardín de los Cerezos. Querrá usted comprarla, ¿verdad?

Como artista, captó en seguida mi intención, y se quedó callado, con una mueca de enojo torciendo su boca.

Es cierto que hubo ciertas conversaciones para vender la casa a un príncipe, que nunca llegaron a concretarse, y era posible que el maestro hubiera oido ese rumor. Pero pareció disgustarse de que pensara de él como del Lopakhin de El Jardín de los Cerezos. Quedó malhumorado, y luego de hablar sobre cosas intrascendentes, al cabo de unos minutos se retiró.

Lo que yo le pido a usted ahora, no es que sea un Lopakhin. Se lo puedo asegurar. Pero por favor, escuche las presunciones de una mujer de mediana edad.

Hace cerca de seis años que nos conocemos. En aquel entonces yo no sabía nada acerca de usted, salvo que era el maestro de mi hermano, y no precisa-

mente un buen maestro. Aquella vez que tomamos sake, usted me hizo una pequeña broma. Pero no me escandalicé. Sólo tuve una curiosa sensación de alivio. Si lo quería o no, me era indiferente. Más adelante, para alegrar a mi hermano, empecé a leer sus libros, sin llegar a ser una buena lectora; algunas veces me gustaban otras no. Pero en el transcurso de estos seis años, no recuerdo desde cuándo, usted entró en mi alma como una neblina. Hasta lo ocurrido aquella noche en la escalera del bar, comenzó a presentarse con tal viveza y nitidez, que sentí que "eso" había sido lo suficientemente importante como para decidir mi destino; entonces empecé a extrañarlo intensamente y pensando que esto podía ser amor, me sentía extrañamente desamparada y lloraba en silencio, solitaria. Usted es totalmente distinto de los otros hombres. Pero sepa que no estoy enamorada de un escritor, como Nina en La Gaviota. No estoy fascinada por un novelista. Si usted me tomara como una "mujer de letras", o cosa parecida, sería la primera en sentirme confusa. Lo que yo quiero es tener un hijo con usted.

Si lo hubiera encontrado antes, mucho antes, cuando ni usted ni yo estábamos casados, y nos hubiéramos juntado, es posible que no sufriera como ahora. Pero estoy resignada, porque sé que jamás podré casarme con usted. Pretender quitar del camino a su esposa, es un acto de fuerza, que me repugnaría de solo pensarlo. Yo seré su concubina. (No quería emplear esta palabra, pero aunque dijera "amante", en el fondo sería lo mismo, de modo que la seguiré usando.) A mí no me importa. Aunque dicen que la vida de la concubina no es nada fácil; y que cuando dejan de necesitarla la abandonan, y que todos los

que tienen concubinas, al llegar a los sesenta vuelven al lado de sus esposas. Recuerdo haber escuchado una discusión entre el viejo y la criada de Nishikata sobre este tema, y la conclusión era que a lo único que no debía llegar una mujer era a ser concubina. Pero eso rige para los casos comunes. Mi situación es distinta. Lo más importante para usted creo yo, es su trabajo de escritor. Y si yo le gusto, lo mejor para su trabajo es que convivamos los dos. Hasta es posible que su esposa llegue a comprender nuestra relación. Le parecerá extraño y forzado mi razonamiento, pero estoy segura de que no hay nada de equivocado en ello.

El único problema es su respuesta: ¿me quiere, o no le intereso en absoluto? Aunque la temo, debo obtener su respuesta. En mi última carta, le decía que yo era una "amante auto-designada" y ahora le escribo sobre la "presunción de una mujer de mediana edad". Pero pensándolo bien, en ninguno de los casos, puedo ser lo que pretendo, a menos que reciba alguna noticia suya. Sin sus palabras, nada es posible para mí.

Frecuentemente en sus novelas usted describe aventuras amorosas, y la gente lo comenta como si usted fuera un monstruo; llegué a pensar en un momento dado que probablemente sea un hombre con sentido común. En lo que a mi concierne, no entiendo el sentido común. Pienso que vivir bien es poder realizar todos los deseos. Y yo deseo tener un hijo suyo. No pienso ni remotamente tenerlo de cualquier otro hombre. Por eso es que lo consulto. Si se decide, contésteme. Hágame saber claramente lo que piensa.

Cesó la lluvia y se ha levantado viento. Son las tres de la tarde. Pienso ir a buscar nuestra ración de sake. Llevaré dos botellas vacías en el bolso y esta

carta en el bolsillo, y dentro de diez minutos estaré camino del pueblo, bajando la colina. El sake, que voy a buscar, es el de mejor calidad; no se lo daré a mi hermano, lo tomaré yo misma. Tomaré una sola copa todas las noches.

¿No querria venir a casa?

a M. C.

También hoy empieza a llover. Cae una lluvia casi invisible. A pesar de que todos los días espero su respuesta sin salir de casa, hasta hoy no he tenido noticias suyas. ¿En qué piensa usted? Me temo que hice mal en mencionar a ese artista en mi última carta. ¿No habrá pensado que le escribí sobre ese pedido de mano, con el propósito de provocar una rivalidad? Pero sepa usted que ese pedido no fue más allá de lo que le conté. Hace un momento nos reímos con Mamá comentando ese asunto. Mamá sufría de un dolor en la punta de la lengua, pero gracias a un tratamiento estético que Naoji le enseñó, ahora se encuentra bastante restablecida.

Hace un instante, mirando desde la veranda cómo la fina lluvia era arremolinada por el viento, me pregunté qué pensaría usted de todo eso.

Mamá me llamó desde el comedor:

—Como hace frío he preparado un poco de leche caliente.

Mientras la tomábamos, comentamos sobre lo ocurrido con el maestro.

—El y yo no tenemos nada en común, ¿verdad?

—No, nada —contestó Mamá tranquilamente.

—Si pienso que soy una niña mal criada, y que no me desagradan del todo los artistas, y teniendo en cuenta sus recursos, pude haber acertado casándome con él. Pero, realmente, no puedo.

Mamá sonrió, y dijo:

—Kasuko, tú eres una niña mala. Si estás tan convencida de que ese matrimonio es imposible, no entiendo por qué el otro día te pusiste a hablar alegremente con él. No puedo imaginar el motivo de tu actitud.

—Pero, era muy interesante, Mamá! Hasta me hubiera gustado hablar más con él. Tú sabes, no tengo mucha discreción.

—No, lo que pasa es que tú nunca dejas de hablar con cualquier persona que encuentras. Eres demasiado insistente, Kazuko.

Hoy Mamá se siente muy bien y está de excelente humor. Luego, notando el nuevo peinado que llevo desde ayer, con el cabello recogido en alto por primera vez, comentó:

—Este estilo es apropiado para personas que no tienen mucho cabello. El tuyo es demasiado majestuoso y más bien pareciera que tuvieras una pequeña corona de oro. Temo que ese peinado no te siente.

—Estoy desolada. ¿No recuerdas que tú misma dijiste que como mi cuello era blanco y amoroso, no trataría de ocultarlo? ¿O no es verdad?

—Tú solamente recuerdas esas cosas.

—Never olvido una sola palabra de elogio. Es más agradable de recordar, ¿sabes?

—Y la persona que nos visitó el otro día también te estaba alabando, ¿no es cierto?

—Exactamente; y fue por eso que me quedé hablando largamente con él. Me dijo que si yo estuviera junto a él, lo inspiraría...

—Ah, no, no me hagas seguir! No es que los artistas me disgusten, pero no soporto a los que tienen ese aire pomposo de personajes importantes.

—¿Qué clase de persona es el maestro de Naoji? Senti un frío en mi cuerpo.

—No sé muy bien, pero siendo maestro de Naoji, no puede ser sino un disoluto marcado.

—¿Marcado?, —murmuró Mamá con alegre brillo en los ojos—. ¡Qué expresión interesante! Pero si es de marca tanto más inofensivo, ¿no te parece? Suena más dulce, algo así como un gatito con cascabel al cuello. Los que asustan son los disolutos sin marca.

—Lo dudo.

Me sentía feliz, tan feliz, que tuve la sensación de que mi cuerpo se convertía en humo y era absorbido por el cielo. ¿Comprende? ¿Comprende el motivo? Si no lo entiende, le pego.

—Por qué no viene a casa siquiera una vez? Podría decirle a Naoji que lo traiga, pero sería un poco forzado pedírselo, de modo que usted mismo, como tomando la iniciativa, podría llegar hasta aquí acompañando a Naoji, si bien mi deseo es que venga solo, cuando Naoji esté en Tokio. Puesto que si estuviera Naoji aquí, es seguro que lo acapararía y se irían los dos a beber a la hostería, y todo terminaría allí. En mi familia, parece ser una cosa tradicional la afinidad con los artistas. Un pintor llamado Kōrin<sup>1</sup> vivió durante años en la antigua casa de mi familia en Kioto, y dejó hermosas pinturas en las puertas corredizas de la casa. Estoy segura de que también Mamá se alegrará de su visita. Usted podrá dormir en la habitación del primer piso. En ese caso, no se olvide de apagar la luz. Yo subiré la escalera con una vela en la mano y... —No, no puedo? —Demasiado apresurado?

<sup>1</sup> Ogata Kōrin (1658-1716), famoso pintor de la época Monoyama.

*A mí me encantan las personas disolutas. Pero tienen que ser disolutas de marca. Yo también quiero entrar en esa categoría. Pienso que no tengo otro modo de vivir más que de esa manera. Usted es la persona más disoluta, el N° 1 de todo Japón, ¿no es así? Ultimamente me contó Naoji que muchas personas lo atacan diciendo que usted es repugnante, nauseabundo. Eso hace que yo lo quiera mucho más. Es posible que una persona como usted tenga muchas amigas, pero creo que poco a poco terminará amándome solamente a mí. No podría explicarlo pero de eso estoy segura. Y estoy segura de que viviendo conmigo trabajará con más ahínco. Desde niña me dijeron que conmigo se olvidaban las cosas penosas. Es que no tengo experiencia de que me hayan despreciado nunca. Todos dicen que soy una buena chica. Por eso creo que usted no tendrá motivos para no gustar de mí.*

*Sería bueno que nos encontráramos. Ya no necesito ni respuesta ni nada. Quiero verlo. Lo más fácil y simple sería que yo fuera a su casa de Tokio, pero Mamá está medio enferma y como yo soy mitad enfermera, mitad mucama, no me es posible dejarla sola. Se lo ruego. Venga a verme por favor. Sólo para verlo una vez. Luego todo se arreglará, después de encontrarnos. Mire las pequeñas arrugas que se me formaron en las comisuras de los labios. Son las marcas del malheur du siècle. Mi rostro le dirá más eloquentemente todo lo que siento, mejor que cualquier palabra mía.*

*En mi primera carta le dije algo sobre el arco iris que cruza mi pecho, pero quería explicarle que no tiene el brillo hermoso de la luciérnaga ni de la estrella. Si fuera como esas luces, un recuerdo remo-*

*to y delicado, tal vez no sufriría así, y paulatinamente podría olvidarme de usted. El arco iris de mi pecho es un puente de llamas. Siento que mi pecho arde. El sufrimiento de un toxicómano por la falta de droga no puede ser superior al mío. Pienso que lo que voy a hacer no está equivocado ni es malo, pero otras veces me estremezco pensando que voy a cometer una verdadera locura. También está la posibilidad de que me haya vuelto loca. Pero ha de saber que hasta yo, de vez en cuando, sé planear algo con serenidad. Seriamente, venga una vez a casa. Cuando a usted le parezca. Lo espero siempre sin ir a ninguna parte. Créame.*

*Encontrémonos esta vez, y si no le gusto, dígame lo claramente. Lo que usted encendió en mi pecho sólo usted puede apagarlo. Yo sola soy incapaz de apagarlo. De cualquier manera con sólo encontrarnos, con sólo verlo, yo estaré salvada. Si estuviéramos en la época de la Novela de Genji<sup>1</sup> o de Manyōshū<sup>2</sup> las cosas que le digo no serían excepcionales, pero decirlas hoy... Mi ambición es la de ser su amante y tener un hijo.*

*Si alguien se burlara de esta carta, se estaría burlando de la voluntad de vivir de la mujer. Yo soy esa clase de persona que aun cuando el mar esté agitado por la tormenta, iza las velas sólo porque no resiste el pesado aire del puerto. Las velas inactivas son sucias, casi sin excepción. Quienes se burlen de mí, serán seguramente velas en reposo. Incapaces de nada.*

*Engorrosa mujer. Pero quien más sufre con el*

<sup>1</sup> La primera novela japonesa de Murasaki Shikibu, dama de la corte, escrita en el siglo X.

<sup>2</sup> Famosa antología poética que contiene 4.500 poemas, recopilados en el siglo VIII.

problema soy yo misma. Que esos espectadores con sus velas groseramente plegadas, critiquen este problema, cuando nada sufren por esto, no tiene ningún sentido. No tengo interés en que me cataloguen dentro de tal o cual ideología. Yo no tengo ideología. Jamás he actuado regida por principios de filosofía.

Yo sé perfectamente que las personas que merecen el respeto social no son sino mentirosas y falsas. No creo en la sociedad. Unicamente los disolutos de marca son mis amigos. Estoy dispuesta a morir en la cruz de los disolutos. Aunque todo el mundo me critique, me siento capaz de desafiarlos, diciéndoles que ellos son mucho más peligrosos, disolutos sin ficha.

¿Me comprende ahora?

El amor no tiene causa. Temo haber dado demasiadas razones. La verdad es que sólo lo espero. Quiero verlo una vez más. Nada más que eso.

Esperar. ¡Ah!, ¿no son la alegría, la furia, y la tristeza sentimientos que ocupan tan sólo una insignificante fracción de nuestra vida, y vivimos todo el enorme resto esperando? Espero con desesperante ansiedad el ruido de la felicidad que llega caminando por el pasillo, pero sólo tengo el vacío. Ah, la vida es demasiado miserable. Esta realidad que a todos hace pensar ¡cuánto mejor no haber nacido! Todos pasan el día esperando inútilmente algo. Es demasiado miserable. Desearía sentir la alegría de la vida, del hombre de este mundo, creyendo que fue bueno haber nacido.

¿No puede superar usted esa moral que le impide actuar?

A M. C. (Estas iniciales no son Mi Chejov. No estoy enamorada de un escritor. *My Child.*<sup>1</sup>)

<sup>1</sup> Sic en el original.

## CAPÍTULO QUINTO

Este verano envié tres cartas a una persona. Pero no recibí respuesta. Pensé que no había otro modo de seguir viviendo, y puse en esas cartas todo lo que llevaba dentro de mí. A pesar de que las eché en el buzón como si me arrojase al mar tempestuoso desde un abismo, no recibí contestación alguna. Aunque interrogó a Naoji en forma disimulada acerca de esa persona, lo único que llego a saber invariabilmente, es que sigue bebiendo todas las noches, escribe con nuevos bríos sus novelas inmorales y atrae los ataques y el odio de las personas respetables. Además creo que está induciendo a Naoji para que se dedique a editar libros, idea que a Naoji le entusiasmó, y ya consiguió apalabrar a dos o tres novelistas para consejeros de la editorial, aparte de un capitalista ya conseguido o por conseguir. En una palabra, las noticias me confirman que tanto en su vida como en las cosas que lo rodean no existe el menor indicio de que haya entrado algo mío, y eso más que avergonzarme, me hace comprender que este mundo es algo así como un extraño bicho, totalmente diferente a lo que suponía. Me desespera esa sensación de sentirme abandonada, sola en medio de una inhóspita llanura de otoño,

donde por más que llame y grite ni siquiera el eco contesta. ¿Será esto lo que llaman amor no correspondido? Cuando pienso que la noche cae sobre la llanura y yo estoy allí, parada, donde no me queda otro remedio que morir congelada, una agitación sin lágrimas me azota, y siento los hombros y el pecho convulsionados tan violentamente que me ahogo.

No me queda otra solución que ir a Tokio, a todo trance y encontrarme con el señor Uehara; mis velas están izadas y mi barco fuera del puerto; sólo resta partir, llegar hasta donde se pueda. No esperar más. Eso pensaba y me disponía secretamente a hacer los preparativos del viaje, cuando la salud de Mamá empeoró.

Una noche entera estuve tosiendo, y cuando le puse el termómetro comprobé que tenía 39 grados.

—Debe ser porque hoy hizo frío. Mañana me responderé.

Susurró, tosiendo, pero me pareció que no era una tos común, y decidí que llamaría al médico al día siguiente.

A la mañana siguiente la fiebre había bajado a 37 grados, y la tos se calmó, pero de todos modos fui a ver al médico, explicándole que últimamente Mamá se había debilitado mucho, que desde anoche había comenzado a tener fiebre y que creía que no se trataba de un simple resfriado; le pedí por lo tanto que fuera a examinarla.

El médico dijo que después iría y me ofreció tres peras, que sacó de un armario del comedor. Poco después de mediodía, apareció con su clásico vestido japonés. Como antes, la examinó minuciosamente y luego, dirigiéndose a mí, diagnosticó:

—No hay por qué preocuparse. Con unos medicamentos pronto estará establecida.

Sentí la tentación de reír, pero conteniéndome le pregunté:

—¿No habrá necesidad de inyecciones?

Me contestó gravemente:

—No, no hay necesidad. Tratándose de un resfriado, lo mejor es guardar cama y hacer reposo.

Pero la fiebre no disminuyó durante toda la semana siguiente. Si bien la tos le había calmado, por la mañana tenía 37,7° y por la tarde llegaba a los 39°. Al día siguiente de la primera visita, el médico al parecer se indispuso, y cuando yo iba a la clínica en busca del remedio de Mamá, le informaba de su estado por intermedio de la enfermera, pero él sólo repetía que era un simple resfriado y que no tenía que preocuparme. Lo único que recetaba eran unos medios líquidos y en polvo.

Naoji, como siempre, se fue a Tokio, y hace ya unos días que no vuelve. Como me sentía sola y deprimida, escribí una carta a Tío Wada, comunicándole el estado de salud de Mamá.

Aproximadamente a los diez días de la enfermedad de Mamá, volvió el médico del pueblo, diciendo que ya se le había curado el dolor de estómago, por cuya causa había tenido que guardar cama.

Examinó cuidadosamente el tórax y exclamó: —¡Comprendo, ahora comprendo!— y dirigiéndose a mí:

—Ahora me explico lo de la fiebre. Tiene una lesión en el pulmón izquierdo. Pero no tiene por qué alarmarse. Es posible que la fiebre persista por un tiempo. Pero si mantiene el reposo, no tiene nada que temer.

Pensé, ¿será verdad?, pero como aquel que está a punto de ahogarse, decidí aferrarme a las palabras del médico, y me tranquilicé.

Luego que se fue el médico le dije a Mamá: —¡Qué suerte Mamá, que no fuera nada serio! Todo el mundo tiene esas lesiones, en mayor o menor grado. Mientras conserves tu ánimo, la curación es segura. Lo malo fue el tiempo variable de este verano. No me gusta el verano. Tampoco me gustan las flores de verano.

Mamá cerró los ojos, y sonrió débilmente. —Dicen que a quienes gustan de las flores de verano, la muerte les llega en esa estación, y yo esperaba morir este verano, pero, será porque ha vuelto Naoji, he alcanzado a vivir hasta el otoño.

Me dolió el sólo pensar que seres como Naoji pudieran constituir el motivo principal de la vida de Mamá.

—Bueno, pasado el verano, también pasó tu época de crisis ¿no te parece? Mamá, mira las flores de otoño en el jardín. Todo está cubierto del color del otoño. Estoy segura de que entrando en octubre ya no tendrás más fiebre.

Yo rogaba por que eso se cumpliera. ¡Cuánto deseo que este setiembre caluroso y pesado, estos últimos calores pasen rápidamente! Y cuando lleguen los crisantemos y sigan los días tibios, estoy segura, desaparecerá la fiebre de Mamá y ella podrá restablecerse. Entonces podré encontrarme con él y mi intención florecerá como un gran crisantemo. ¡Ah, si llegara pronto octubre y bajara la fiebre de Mamá!

Una semana después de enviarle mi carta, Tío Wada dispuso que un anciano médico de nombre Miyake, en un tiempo al servicio de la corte, viniera

desde Tokio con una enfermera para examinar a Mamá.

Como el doctor Miyake había sido amigo de mi padre, Mamá se alegró mucho de verlo. Era además famoso por su falta de etiqueta y el empleo de malas palabras, cosa que también le encantaba a Mamá, y dejando de lado la consulta se entusiasmaron hablando de sus cosas. Fui a la cocina a preparar un flan, y cuando volví, parecía haber terminado la consulta. Con su estetoscopio colgado del cuello como un collar, el doctor estaba sentado en un sillón de mimbre en la veranda.

—Ultimamente he llegado a meterme en esos carritos ambulantes para comer parado. Uno ya ni sabe lo que es rico y lo que es malo.

El doctor seguía hablando tranquilamente y Mamá lo escuchaba como si nada hubiera pasado. Me tranquilicé, pensando que el diagnóstico habría sido favorable.

De pronto me entró alegría y le pregunté:

—¿Cómo está doctor? El médico del pueblo dijo que tenía una lesión en el pulmón izquierdo.

—Oh, no es nada. Tu madre está perfectamente. Me contestó, sin darle importancia al asunto.

—¡Qué alivio! ¿verdad Mamá? —le dije, realmente contenta—. Dice que no tienes nada.

En ese momento el doctor Miyake se levantó del sillón y se dirigió al salón chino. Era evidente que quería hablarme, y lo seguí.

Se detuvo frente a un tapiz y me dijo:

—Se oye un ruido tremendo.

—¿Entonces no es una lesión?

—No.

—¿Bronquitis? —le pregunté ya con lágrimas.

—Tampoco.

Tuberculosis. No quería pensar que fuera eso. Estaba convencida de que con mi esfuerzo yo podría curar la neumonía, o la lesión, o la bronquitis. Pero si era tuberculosis, entonces era posible que ya fuera tarde para todo.

Sentí que a mis pies el mundo se derrumbaba.

—¿Es tan malo el ruido? ¿Se oye tanto?

Estaba desolada y empecé a llorar.

—Es el derecho y el izquierdo, ¡todo!

—Pero si Mamá todavía está animada, y come con apetito...

—Hay que resignarse. Nada se puede hacer.

—No es verdad lo que dijo, ¿no es cierto? Si come mucha manteca, huevos y leche, puede curarse, ¿verdad? Si tiene reservas en el cuerpo, puede ser que le baje la fiebre, ¿no es cierto?

—Tiene que comer de todo lo que le gusta.

—Vio, vio que es como yo digo? Come unos cinco tomates por día.

—El tomate le va a hacer bien.

—¿Entonces se repondrá? ¿Todo irá bien?

—Pero esta vez puede serle fatal. Es mejor que esté prevenida.

Por primera vez desde que nací, supe que existía el muro de la desesperación, por las muchas cosas que en este mundo no se pueden remediar con el esfuerzo humano.

—¿Dos años? ¿Tres años?—. Pregunté temblando, en voz baja.

—No le puedo asegurar cuánto tiempo le queda. Pero de cualquier manera, ya nada se puede hacer.

El doctor Miyake se retiró con su enfermera diciendo que tenía reservada una habitación en un hotel

de Nagaoka, una fuente termal cercana. Lo acompañé hasta la puerta de calle y luego volví, turbada, al lado de Mamá, y cuando me senté a su lado le sonréi como si no hubiera pasado nada grave.

—¿Qué te dijo el doctor? —me preguntó.

—Que todo iría bien cuando te bajara la fiebre.

—¿Y sobre mi pecho?

—Aparentemente no hay nada serio. Debe de ser como cuando te enfermaste aquella vez. Ahora cuando esté más fresco y haga un poco más de frío mejorarás rápidamente.

Traté de creer en mi propia mentira. Traté de olvidar la palabra "fatal". Me era imposible aceptar como una realidad el hecho de que Mamá muriese; era sentir que mi propio cuerpo desaparecería junto con ella. En adelante me olvidaré de todo y me dedicaré únicamente a prepararle todos los manjares imaginables. Pescados, sopas, toda clase de conservas, hígado, jugo de carne, tomates, huevos, leche, ensalada, todas las variedades de comida japonesa. Venderé todo lo que tengo para poder comprar su comida.

Me levanté, llevé del salón chino el sillón reclinable a la veranda, y me senté en un lugar desde donde podía verle la cara. Así acostada, no tenía ninguna apariencia de enferma. Sus ojos eran claros y bellos, y su cutis lucía lozano. Todas las mañanas se levanta a la misma hora, va hasta el tocador para peinarse, y luego, sentada en la cama, toma su desayuno, después lee los diarios o libros, y únicamente al atardecer comienza a tener fiebre. Cómo pensar que está enferma.

—“Mamá está bien. No hay motivo para afligirse”—. En mi interior, renegaba violentamente del diagnóstico del doctor Miyake.

Pensando en octubre y la época de los crisantemos, me quedé dormida.

Aunque en la realidad nunca lo había visto, se me apareció en sueños un paisaje que ya me era familiar por otros sueños. ¡Ah, de nuevo estoy aquí!, pensé al encontrarme en el lago del bosque. Caminaba en silencio acompañada por un joven que vestía kimono. Todo el paisaje estaba como envuelto en una niebla verdosa. Y hundido en el fondo del lago, un frágil puente blanco.

—Mira, el puente está hundido. Hoy no podemos ir a ninguna parte. Descansaremos en este hotel. Seguramente habrá algunas habitaciones libres.

En la orilla del lago había un hotel de piedra. Las piedras estaban totalmente mojadas por la niebla verdosa. En la parte superior del pórtico de piedra había sido grabado en finas letras doradas: HOTEL SWITZERLAND.<sup>1</sup> Mientras leía, S, W, I, en un instante recordé a Mamá. ¿Qué estará haciendo? ¿Vendrá a hospedarse con nosotros a este hotel? Comencé a preocuparme. Cruzamos el pórtico y entramos en el jardín. Había una flor, parecida a la hortensia, grande y roja como la llama. Siendo niña, había visto en el cubrecama unos diseños de hortensias rojas que me habían producido una extraña tristeza. En este momento pensé, que realmente podían existir las hortensias rojas.

—¿No tienes frío?

—No, sólo un poquito. Mis orejas están mojadas por la niebla y en la parte de atrás las tengo frías —le contesté riendo, y le pregunté: —¿Qué hará Mamá?

El joven tuvo una sonrisa infinitamente triste y compasiva.

<sup>1</sup> Sic en el original.

—Tu madre está en la tumba.

Un grito escapó de mis labios. Era verdad. Mamá ya no estaba entre nosotros. ¿Acaso los funerales no habían terminado hace tiempo? Ante la certeza de que Mamá estaba realmente muerta, sentí una indescriptible tristeza, y me desperté.

En la veranda ya era casi de noche. Estaba lloviendo. Una desolación verde, igual que en el sueño, saturaba la atmósfera.

—¿Mamá? —la llamé.

Me contestó con voz calma:

—¿Qué haces?

Me levanté eufórica y fui hacia ella.

—Sabes, me había dormido.

—¿Ah sí? Me preguntaba qué estarías haciendo.

Fue una siesta bastante larga, ¿no?

Rio, como si eso le divirtiera mucho.

Yo estaba tan contenta de que Mamá estuviera viva, respirando tan elegantemente, que mis ojos se colmaron de lágrimas de gratitud.

—¿Qué es lo que la señora desea para la comida de esta noche? —le pregunté jocosamente.

—Por favor, no te molestes. No tengo apetito. Hoy la fiebre subió a 39 y medio.

De la alegría, súbitamente caí en el abismo de la desesperación. Sin atinar a nada miré distraídamente por el oscuro cuarto y de pronto, me asaltó la idea de morir.

—¿Qué habrá sucedido para que suba hasta 39 y medio?

—No es nada. Lo único que molesta es antes de tener la fiebre. Me empieza a doler la cabeza, siento escalofríos y después viene la fiebre, ¿sabes?

Afuera estaba oscuro. La lluvia había cesado, pero

se había levantado viento. Encendí la luz y me dispuse a ir al comedor. Mamá me llamó:

—No prendas la luz; me encandila.

—Pero, ¿te gusta estar en la oscuridad?

—Es lo mismo; total, estoy acostada con los ojos cerrados. No me siento sola. Al contrario, no me agrada tener mucha luz. En adelante no me enciendas la luz de la pieza, ¿quieres?

Tuve un mal presentimiento; apagué esa luz, y encendí otra en la habitación contigua; me sentí desolada y a toda prisa fui hasta el comedor. Me senté y empecé a comer el arroz frío con salmón en lata, y las lágrimas me brotaban sin cesar.

El viento cobró intensidad, y después de las nueve, acompañado por la lluvia, se había convertido en un ventarrón. Se oían las cortinas de bambú de la veranda que dos o tres días antes había enrollado; en la pieza continua a la de Mamá, empecé a leer *Introducción a la Economía* de Rosa Luxemburg, presa de una extraña agitación. Era un libro que había sacado sin permiso del cuarto de Naoji, junto con las *Obras Selectas de Lenin* y la *Revolución Social* de Kautsky, y los había dejado sobre mi escritorio. Una mañana Mamá, de vuelta del tocador, pasó cerca del escritorio, y tomándolos uno por uno los estuvo mirando. Luego lanzó un pequeño suspiro, los dejó suavemente en su sitio y me miró con tristeza. Pero esa mirada, a pesar de que estaba cargada de pena, no expresaba reprobación ni desprecio. Los libros que lee Mamá son Hugo, Dumas *père et fils*, Musset y Daudet, pero yo sé que hasta esos tiernos romances están impregnados de aromas revolucionarios. Es posible que personas como Mamá, que tienen algo así como una cultura enviada del cielo —sé que esta expresión es un

tanto peculiar— puedan aceptar la revolución como una cosa natural, sin ningún asombro. Puede ser que yo parezca un tanto *snob* leyendo libros como el de Rosa Luxemburg, pero siento interés y entusiasmo a mi manera. El tema de este libro es la economía en general, pero leyéndolo como a un simple tratado de economía, no tiene nada de interesante. Es bastante simple y dice cosas que ya todos conocemos. Es posible que yo no entienda absolutamente nada de economía; pero de todos modos no me resulta interesante. Las ciencias económicas no tienen su razón de ser si no cuentan como antítesis la condición de que el hombre es un avaro por naturaleza, y que lo seguirá siendo hasta la eternidad; de modo que para una persona que no está comprendida en esa generalidad, el problema de la distribución y todas esas cuestiones no despiertan su interés. Pero yo lo leo porque me atrae desde otro punto de vista. Lo que resulta interesante es el modo en que la autora, con gran tenacidad y sin vacilación va destruyendo uno tras otro todos los convencionalismos. Hasta me trae la imagen de la mujer casada que en contra de la moral, corre tranquilamente al lado de su amante.

Las ideas destructivas. La destrucción es trágica, lastimosa y bella. El sueño de destruir, de reconstruir y completar. Y sin embargo, aun cuando después de la destrucción no llegue nunca el día de la conclusión, es preciso destruir a causa del ardiente amor que siente cada uno. Es indispensable hacer una revolución. Rosa entregó trágicamente su ferviente amor al marxismo.

Sucedió un invierno, hace doce años.

—Tú eres la niña del *Diario Sarashina*<sup>1</sup>, aquella que nunca contestaba. Es imposible hablar contigo.

Con estas palabras, me dejó. Le acababa de devolver un libro de Lenin.

—¿Lo leíste?

—Lo siento. No lo leí.

Fue en el puente que permitía ver la Catedral Ortodoxa Rusa de Tokio.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te impidió hacerlo?

Mi amiga era unos tres centímetros más alta que yo y tenía especial talento para los idiomas. Le quedaba muy bien la boina roja, y tenía fama de ser muy bonita, con su rostro que recordaba a la Gioconda.

—No me gustó el color de la portada.

—¡Qué extraña eres! Pero no es ése el motivo, ¿verdad? ¿Acaso empiezas a tenerme miedo?

—No te tengo miedo. Simplemente no pude soportar el color de la tapa.

—¿Ah, sí? —dijo, con tristeza. Luego me dijo que yo era como la niña del *Diario Sarashina* y decidió que ya no valía la pena hablar conmigo.

Por un momento quedamos paradas mirando en silencio el río invernal.

—Hasta siempre. Y si ésta es la única despedida, para siempre, hasta siempre. Byron<sup>2</sup> —murmuró, y luego de recitar rápidamente esos versos en inglés, me abrazó ligeramente.

Sentí vergüenza, y en voz baja farfullé una excusa; después me encaminé hacia la estación Ocha-no-Mizu. Pasado un rato volví, y mi amiga estaba sobre el puente, mirándome fijamente, sin moverse.

<sup>1</sup> *Sarashina Nikki*, llevado desde 1020 a 1059 por la hija de Sugawara Takasuc.

<sup>2</sup> Farewell, if this should be our parting forever, forever farewell.

Esa fue la última vez que la vi. Aunque íbamos juntas a tomar lecciones a casa de un profesor extranjero, pertenecíamos a escuelas distintas.

Han pasado doce años desde aquella vez, pero no he avanzado un sólo paso, sigo siendo la "niña del *Diario Sarashina*". Realmente, qué habré estado haciendo durante esos largos años. Nunca ansié una revolución, y menos supe qué es el amor. Hasta ahora las personas mayores nos han enseñado que tanto la revolución como el amor eran cosas inútiles y despreciables, y antes y durante esta última guerra mundial nos tuvieron convencidos de ello; si bien una vez terminada la guerra, nuestra generación perdió la fe en los adultos y creó la norma de que para encontrar el verdadero camino de la vida hay que apoyarse en todo aquello que condenan los mayores.

Hemos llegado a comprender que los adultos nos han mentido maliciosamente y que la revolución y el amor son frutos prohibidos, precisamente porque son lo mejor, lo más sabroso y bueno que pueda encontrarse en este mundo.

Yo quiero creer firmemente que "el hombre ha nacido para el amor y la revolución".

La puerta corrediza se deslizó y Mamá asomó su rostro sonriente.

—¿Todavía estás despierta? ¿No tienes sueño?

Miré el reloj en la mesa de luz y vi que eran las doce.

—No, no tengo nada de sueño. Me entusiasmé leyendo un libro sobre la revolución social.

—¿Ah, sí? ¿No hay *sake*? En casos así lo mejor es una bebida antes de acostarse; entonces, se duerme bien.

Me lo dijo en tono burlón, pero en su actitud

había un algo indefinible, un aire de coquetería al borde de lo decadente.

Por fin llegó octubre, pero en lugar de los diáfanos cielos de otoño, continuaron los días calurosos y húmedos. La fiebre de Mamá oscilaba todos los días al atardecer, entre los 38 y 39 grados.

Una mañana, vi una cosa horrible. La mano de Mamá estaba hinchada. Ultimamente apenas prueba el desayuno, que hasta hace poco hallaba apetitoso, ni nada que contenga un aroma fuerte. Esa misma mañana, al tomar una sopa de hongos, se había quedado de que le encontraba un aroma fuerte, y apenas levantó la taza, la dejó en la mesita bandeja. En ese momento vi la mano de Mamá y me sorprendí. Tenía la mano derecha totalmente hinchada.

—¡Mamá! ¿No tienes nada en la mano?

Noté también que incluso tenía la cara ligeramente hinchada.

—No, no tengo nada. Esto no es nada.

—¿Desde cuándo la tienes así?

Mamá guardó silencio, con señales de aturdimiento en el rostro.

Sentí ganas de llorar en voz alta. Esta mano deformé no pertenece a mi madre. Es la mano de otra mujer, pero nunca de mi madre. La suya es mucho más fina y pequeña. La mano que tanto conozco. Una mano delicada. Una mano suave y deliciosa. ¿Se habrá esfumado para siempre? La mano izquierda no estaba tan hinchada, pero de cualquier manera era lastimoso y no pude seguir mirando; aparté mi vista hacia la canasta de flores que estaba en un rincón del cuarto.

Sentí que me iban a brotar las lágrimas; me le-

vanté bruscamente y me dirigí al comedor, donde encontré a Naoji comiendo huevos pasados por agua. Ultimamente Naoji, si bien vuelve a casa de vez en cuando, por la noche sale a beber en la hostería y por la mañana se levanta malhumorado, y como único desayuno come cuatro o cinco huevos pasados por agua. Luego se va a su cuarto, donde pasa el día sin hacer nada.

—Mamá tiene la mano hinchada...

Empecé a hablar, y tuve que bajar la vista. No pude continuar y lloré con los hombros.

Naoji no dijo nada.

Levanté la cara, y aferrándome a una punta de la mesa le dije:

—Ya es el fin. ¿No te diste cuenta? Cuando la mano se hincha así, ya es el fin.

El rostro de Naoji se oscureció.

—Ya está cerca. Maldición. La estupidez que va a pasar.

—Quiero curarla otra vez. Quiero hacer algo para salvarla —dije retorciéndome las manos. De repente Naoji estalló en llanto.

—¿No ves que no nos pasa nada bueno, eh? ¡Nada bueno nos pasa a nosotros! — diciendo esto, se frotaba furiosamente los ojos con sus puños.

Ese día Naoji comunicó a Tío Wada el estado de Mamá, y luego se fué a Tokio para recibir sus instrucciones. En los momentos que no estuve con Mamá, no hice más que llorar.

A la mañana, cuando iba a buscar la leche en medio de la neblina, cuando me sentaba frente al espejo para peinarme o para ponerme el rouge, todo el tiempo, no podía contener mis lágrimas recordando como en láminas coloreadas mil detalles de los días

felices que había pasado junto a Mamá. Al atardecer, cuando oscurecía, salí a la veranda del salón chino, y estuve largo tiempo sollozando. En el cielo brillaban las estrellas, y a mis pies, el gato de algún vecino, acurrucado, no se movía.

Al día siguiente, la mano de Mamá había empeorado. No comió nada. Tampoco probó el jugo de naranja, alegando que tenía la boca áspera y dolorida.

—Mamá, no quieres ponerte de nuevo la máscara de gasa que te indicó Naoji?

Había querido decirle esto sonriendo, pero a medida que lo decía, sentí tal desolación que rompí a llorar.

—Te debes fatigar con el trabajo que tienes todos los días. Por favor, pide una enfermera.

Lo dijo con calma. Comprendí hasta qué punto aun en medio de su sufrimiento, le preocupaba más mi salud que la suya, y mi pena fue infinita; me levanté y corrí al baño para llorar hasta desahogarme.

Poco después de mediodía volvió Naoji, acompañado por el doctor Miyake y dos enfermeras más.

El doctor no traía el buen humor de costumbre, y se dirigió directamente al cuarto de la enferma con aire preocupado. Mientras la examinaba, en voz baja dijo, aparentemente sin dirigirse a nadie:

—Está muy debilitada.

Seguidamente le injectó alcanfor.

—¿Tiene dónde hospedarse, doctor? —preguntó Mamá como delirando.

—He vuelto a reservar habitación en Nagaoka, no se preocupe en absoluto. Esta enferma no debe preocuparse por los demás, sino de sí misma, y hacer todo cuanto se le ocurra, comer bien y mucho para restaurarse pronto. Si se alimenta, pronto estará sana.

Mañana volveré. Le dejo una enfermera; espero que le sea útil.

Naoji acompañó hasta la puerta de calle al doctor y a la otra enfermera y cuando volvió, su rostro denunciaba el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas.

Salimos con cuidado de la pieza de Mamá y fui- mos al comedor.

—¿No hay esperanzas, verdad? ¿Qué te dijo el doctor?

—¡Qué porquería! —rio, torciendo la boca y agregó—: Parece que se debilitó mucho más rápidamente de lo que creía. Dijo que no sabe si será hoy o mañana.

Mientras hablaba, las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿No habrá que mandar telegramas?

Yo estaba serena.

—Lo consulté con Tío Wada, pero él dice que no es momento para reunir a la gente. Aunque la llamaríamos, no podríamos atenderlos en esta pequeña casa, aparte de que en el pueblo no hay un hotel decente, y si tomáramos habitaciones en Nagaoka, serían a lo sumo dos o tres; es decir, Tío opina que nosotros somos unos pobres gatos y que no estamos en condiciones de llamar a gente importante. Creo que Tío vendrá luego, pero lo que pasa es que Tío fue siempre un verdadero tacaño, así que de nada nos va a servir. Anoche mismo, sin preocuparse mayormente por la enfermedad de Mamá, lo único que hizo fue darme un sermón. Quiero saber si hay un individuo en todos los tiempos y en algún lugar de la tierra que se haya arrepentido después de escuchar el sermón de un tacaño. Realmente asombra pensar que haya tanta diferencia entre Tío y Mamá, que son hermanos.

—Pero debes ser razonable, ya que en adelante tenemos que encomendarnos a él, aunque yo no tanto...

—Muchas gracias. Es preferible hacerse mendigo antes que pedir algo a Tío Kazuko, tú sí que tienes que pedirle protección.

—Yo..., yo tengo adonde ir.

—¿Casamiento? ¿Ya está decidido?

—No.

—¿Vas a vivir sola? ¡Una mujer que trabaja! No me hagas reír, por favor.

—No, no voy a trabajar para mantenerme. Sabes, voy a ser una revolucionaria.

—¿No me digas? —Me miró extrañado.

En ese momento, vino a llamarme la enfermera.

—La señora la llama.

Corré hasta el lecho.

—¿Deseas algo? —le dije, acercando mi cara.

Pero Mamá estaba en silencio, aunque adivinaba que algo me quería decir.

—¿Agua?

Movió apenas la cabeza en señal negativa. Después de un momento, dijo con una voz muy fina.

—Tuve un sueño.

—¿Qué clase de sueño?

—Sobre una culebra.

Me sobrecogí.

—Creo que encontrarás una culebra hembra con rayas rojas, en el suelo, frente a la veranda. Por favor, ve y mira si está.

Me levanté con la sensación de que se me helaba el cuerpo. Fui a la veranda y miré a través de los vidrios. Había una culebra lánguidamente tendida.

—Yo te conozco. Desde entonces estás un poco más

grande y envejecida, pero eres aquella a la que quemé los huevos. Ya comprendí tu venganza, vete ya de aquí por favor. ¡vete cuanto antes! — dije para mis adentros. Sin embargo, no se movió. No sé por qué, no quise que la enfermera viera esa culebra. Hice ruido con los pies a propósito.

—No, Mamá. No hay ninguna culebra —grité con voz innecesariamente alta.— Los sueños no se cumplen siempre.

Observé de nuevo el patio, y la culebra se movió por fin deslizándose sobre la piedra.

Ah, ya es el fin. Todo acabó. Despues de ver a la culebra, por primera vez surgió en mi alma un sentimiento de resignación. Cuando murió Papá también habían aparecido culebras, y yo misma las había visto trepadas en los árboles del jardín.

Mamá ya no tenía el ánimo ni las fuerzas para levantarse y pasaba la mayor parte del tiempo dormitando, bajo el cuidado de la enfermera. Ya ni la comida le pasaba por la garganta. Luego de ver a la culebra, algo parecido a la calma se apoderó de mí, algo como un estado de felicidad y de paz producido por esa tensión que me había llevado al fondo de la desesperación. Ya estaba tranquila, y me propuse pasar todo el tiempo posible al lado de Mamá.

A partir del día siguiente me senté a su lado y empecé a tejer. Yo tejo y coso mucho más rápidamente que cualquier persona, pero lo hago mal. Por eso Mamá tuvo que guiarme siempre, tomándome las manos en las partes que me equivocaba. Ese día, aunque no tenía muchas ganas de tejer, sólo para que no quedara demasiado antinatural pasar el día al lado de ella, había sacado la caja de tejer y empecé sin mayor entusiasmo. Mirando mis manos me dijo:

—Estás tejiendo tus medias, ¿verdad? Entonces tienes que aumentar ocho puntos, si no te va ser muy incómodo usarlas.

Cuando niña, por más que me enseñara, no conseguía tejer bien. En ese momento, cuando Mamá me lo dijo, me sentí turbada, avergonzada y como nunca, una infinita ternura se apoderó de mí, pensando que ya jamás me podría enseñar así; las lágrimas borraron de mis ojos los puntos del tejido.

Mamá no parecía sufrir. Desde la mañana no había comida nada, y se humedecía la boca con una gasa embebida en té japonés. Sobre todo conservaba su lucidez, y me hablaba serenamente de vez en cuando.

—Creo haber visto en el diario la fotografía del Emperador. Quisiera verla de nuevo.

Llevé esa parte del diario sobre la cara de Mamá.  
—¡Cómo ha envejecido!

—No, la fotografía es mala. En la que se publicó días pasados se lo veía muy joven y animado. Seguramente se siente más feliz ahora que antes.

—¿Por qué?  
—Puesto que también él fue liberado.

Mamá sonrió melancólicamente y un instante después dijo:

—Tendría ganas de llorar, pero ya no me salen lágrimas.

Pensé de pronto, si en ese instante Mamá no sería feliz. La sensación de felicidad podría ser algo así como pepitas de oro que brillan en el fondo del río de la desolación y la tristeza. Si el sentimiento de felicidad es esa sensación extraña de medialuz a la que se llega después de pasar por los límites de la tristeza, entonces tanto el Emperador como Mamá, e in-

clusive yo misma, seguramente somos felices. Una tranquila mañana de otoño. El jardín bañado por un suave y tibio sol otoñal. Dejé de tejer y mirando el mar brillante, cuyo horizonte me llega al pecho, le dije:

—Mamá, creo que hasta ahora he sido bastante ignorante.

Luego, aunque quería añadir algo más, callé avergonzada por la presencia de la enfermera que en un rincón de la habitación preparaba las inyecciones.

—¿Hasta ahora? —preguntó Mamá, sonriendo apenas. —Y ahora, entonces, conoces el mundo?

Me ruboricé sin ningún motivo.  
—No entiendo el mundo — Mamá volvió la cabeza hacia un lado y lo dijo en voz baja, como si se hablara a sí misma.

—Yo tampoco, Mamá. Dudo de que haya personas que lo entiendan. Somos eternamente criaturas por más años que tengamos. No entendemos nada.

Sin embargo, yo tengo necesariamente que seguir viviendo. Tal vez sea una niña, pero ya no puedo continuar protegida por terceros. A partir de ahora tengo que luchar contra este mundo. Ah, puede ser que Mamá sea la última de esas personas que terminan su vida sin luchar contra nadie, sin odiar ni ser odiada, bellamente, tristemente y con toda seguridad ya no existirán más en este mundo. Las personas que están por morir son hermosas. El vivir, el quedar vivo es algo grotesco, algo que huele a sangre, que repugna. Repasé mentalmente la imagen de la culebra preñada que cavaba el agujero en la tierra. Pero hay algo a lo que no puedo resignarme. Aun siendo miserable, tengo que sobrevivir, y luchar contra el mundo para poder realizar lo que realmente deseo. Ante la seguridad de que Mamá va a morir, veo que mi romanticismo y mi

sentimentalismo paulatinamente van desapareciendo y en cambio se afirma la impresión de estar convirtiéndome en un ser maligno y calculador del que no es posible descuidarse. En las primeras horas de la tarde, mientras estaba humedeciéndole la boca a Mamá, un automóvil se detuvo frente a la casa. Era Tío Wada que había acudido desde Tokio con mi tía. Tío entró en el dormitorio de Mamá, y se sentó junto a la almohada. Mamá, mirándolo, se cubrió la mitad de la cara con el pañuelo, y empezó a llorar. Pero lloró sin lágrimas. Parecía una muñeca.

—¿Dónde está Naoji? —preguntó, volviéndose hacia mí.

Fui al primer piso y le dije a Naoji, que estaba tendido en el sofá leyendo las revistas nuevas:

—Mamá te llama.

—No me dirás que va a haber una escena trágica? ¿Cómo podéis vosotros estar allí y aguantar? No tenéis nervios; ni tampoco sentimientos. Nosotros, los que verdaderamente sufrimos, aunque somos fuertes de espíritu, somos débiles en carne y no tenemos la fuerza suficiente como para poder estar sentados al lado de Mamá.

Diciendo esto se vistió y bajamos juntos.

Nos sentamos al lado de Mamá; ella sacó la mano de debajo de la colcha, y sin decir palabra, señaló a Naoji y a mí, y luego volviéndose a Tío, juntó sus dos manos en actitud de ruego.

Tío asintió con un amplio gesto:

—Sí. Comprendí, comprendí.

Mamá pareció tranquilizarse, y luego de cerrar suavemente los ojos, guardó sus manos dentro de la colcha.

Yo lloré y Naoji, cabizbajo, sollozó.

En ese momento llegó el doctor Miyake y ordenó

que se le diera una inyección. Luego de haber visto a Tío, a Mamá no parecía quedarle nada que la aferara a esta vida. Dijo al médico:

—Pronto, doctor, no me haga sufrir más.

Los dos hombres se miraron, y permanecieron silenciosos; las lágrimas brillaban en sus ojos. Me levanté y fui al comedor para preparar uno de los platos favoritos de Tío, y llevé cuatro porciones al salón de estilo chino. Después mostré a Mamá los sandwiches que Tío nos había traído desde Tokio y los dejé al lado de la almohada.

—Estarás muy ocupada —susurró Mamá.

Estuvimos hablando durante un tiempo en el salón chino. Los tíos decidieron volver esa misma noche a Tokio, aduciendo que tenían un compromiso impostergable, y me dejaron algún dinero para gastos de Mamá. El doctor Miyake también se retiró con la enfermera que lo acompañaba, y dejó instrucciones a la otra, que cuidaba a Mamá. Dijo que de cualquier manera, Mamá estaba muy lúcida y el corazón no estaba tan debilitado, y aseguró que con la sola ayuda de las inyecciones podía sobrevivir unos cuatro o cinco días, de modo que todos decidieron viajar juntos a Tokio.

Una vez que partieron, fui al lado de Mamá. Me recibió con esa sonrisa particularmente íntima, que tenía reservada para mí.

—Debes de haber estado muy ocupada —musitó en un susurro. Su rostro estaba animado, mejor dicho radiante. Pensé que estaba contenta de haber visto a su hermano.

—Si no fue nada, Mamá.

Yo también me animé un poco y sonréi.

Tres horas después Mamá no pertenecía a este

mundo... En un apacible atardecer de otoño, entre la enfermera que le tomaba el pulso, y Naoji y yo, los dos únicos familiares a su lado, falleció Mamá, la última aristócrata de Japón.

Su cara no se alteró mayormente, después de muerta. Cuando murió Papá, su expresión había cambiado rápidamente, pero en el caso de Mamá todo estuvo exactamente igual. Solamente dejó de respirar. E incluso eso fue tan imperceptible que no supimos el momento exacto. La hinchazón del rostro había desaparecido el día anterior, y sus mejillas estaban tersas como el sebo. Sus labios estaban levemente curvados, como en una sonrisa. Parecía mucho más atractiva que en vida. Cruzó mi mente la idea de una semejanza con la Virgen de la Pietà.

## CAPÍTULO SEXTO

Comienza la batalla.

No podía permanecer hundida en la desesperación y el abatimiento. Había algo que yo debía conquistar a cualquier precio. Una nueva ética. No, diciéndolo así, suena hipócrita. Amor. Sólo eso. Así como Rosa Luxemburgo tuvo que aferrarse a una nueva ciencia económica para seguir viviendo, yo no podré vivir ahora sin aferrarme con todas mis fuerzas al amor. Las palabras que pronunció Jesús ante sus doce discípulos, cuando se disponía a enviarlos para poner en descubierto la hipocresía de los fariseos y gobernadores, y proclamar ante todos sin la menor vacilación el verdadero amor de Dios, no son enteramente inapropiadas para aplicarlas a mi caso.

*No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestro cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón.<sup>1</sup>*

*He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por*

<sup>1</sup> San Mateo, X, 9,10.

amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles.

*Cuando os entregaren, no os preocupe cómo o qué hablaréis; porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros lo que habléis, sino el Espíritu del Padre el que hablará en vosotros.*<sup>1</sup>

*Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; el que perservere hasta el fin, ése será salvo.*

*Cuando os persiguieren en una ciudad, huid a otra; y si en ésta os persiguieren, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre.*<sup>2</sup>

*No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no la pueden matar; temed más bien a Aquél que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna.*<sup>3</sup>

*No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque ne venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa.*

*El que ama al padre y a la madre más que a mí, no es digno de mí, y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí, y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que la perdiere por amor de mí la hallará.*<sup>4</sup>

Comienza la batalla.

Si yo juro fielmente estas enseñanzas de Jesús para servicio a mi amor, espero que El no me condené. No entiendo por qué el amor físico es malo y el

<sup>1</sup> San Mateo, X,19,20.

<sup>2</sup> id. X,22,23.

<sup>3</sup> id. X,28.

<sup>4</sup> id. X,34,35,36,37.

amor espiritual es bueno. Pienso que son la misma cosa. Desearía proclamar que yo soy como *Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna.*<sup>1</sup>

Mi tío se ocupó de lo necesario para la cremación en Izu y la ceremonia en Tokio.

Luego empezó una vida áspera, sin sentido, entre Naoji y yo en la casa de Izu. Cuando nos veíamos, no teníamos de qué hablar. Con el pretexto de invertir dinero en una empresa editorial, Naoji vendió todas las joyas de Mamá y se entregó a la bebida. Cada vez que quedaba extenuado por las borracheras en Tokio, volvía a Izu con el rostro más pálido que un gravísimo enfermo y se quedaba acostado todo el día. Cierta vez lo acompañó una joven con aspecto de mujer de cabaret. Advirtiendo que Naoji se sentía incómodo por mi presencia, sugerí:

—¿Podría ir hoy a Tokio? Quisiera visitar a una amiga a quien no veo hace muchos años. Creo que pasaré dos o tres noches con ella. Espero que sepas cuidar la casa. En cuanto a la comida, podrás pedirle a tu amiga que se haga cargo de ella.

No había perdido esta oportunidad para aprovecharme de la debilidad de Naoji. Así desplegaba, naturalmente, mi astucia de serpiente, y guardando en mi bolso los cosméticos y comida, me dirigí a Tokio para ver a mi amante, como si hiciera la cosa más natural del mundo.

Sabía de un modo vago que la nueva casa del señor Uehara estaba a unos veinte minutos caminando desde la salida norte de la estación Ogikubo, sobre la línea suburbana del tren eléctrico, ya que en una oportunidad se lo había oido accidentalmente a Naoji.

Ese día soplaban un fuerte viento de fines de oto-

<sup>1</sup> San Mateo, X, 28.

ño. Cuando bajé en Ogikubo, ya estaba anocheciendo. Preguntando a los transeúntes, demoré cerca de una hora recorriendo los oscuros caminos del suburbio. Al ver que no encontraba la casa me sentí desamparada y tuve ganas de llorar. Mientras iba por un camino sin asfaltar, tropecé en una piedra y corté la correas de una de mis sandalias japonesas; sin saber qué hacer, miré sin mayor interés a unas casas del lado derecho del camino, y de pronto en una de ellas, sobre una chapa que apenas resaltaba en la oscuridad, creí ver el nombre de Uehara. Con una sandalia en la mano, corrí hacia el portón, y de cerca leí la inscripción "Uehara Jirō", pero la casa estaba a oscuras.

Vacilé un instante, sin saber qué hacer. Luego, en un impulso desesperado, acerqué tanto mi cuerpo a la puerta como si me hubiese caído sobre ella.

—¡Por favor! —llamé, y acariciando la puerta con las puntas de los dedos, susurré en voz baja:

—Señor Uehara.

Hubo respuesta. Pero era una voz de mujer.

Se abrió la puerta y apareció una mujer con aire antiguo, delgada, tres o cuatro años mayor que yo. Sonriendo en la oscuridad preguntó:

—¿Quién es?

En su voz no había ni malicia ni desconfianza.

—¡Oh!, perdóname, yo...

Pero perdí la oportunidad de decir mi nombre. Sólo frente a esta mujer, yo sentía la culpabilidad de mi amor. Tímidamente, más aún, humildemente, le pregunté:

—Está en casa el maestro?

—No. —Me miró como si se considerara culpable de su ausencia y agregó: Pero generalmente él va a...

—A algún lugar lejos de aquí?

—No. —Puso su mano sobre la boca como queriendo ocultar su sonrisa—. Queda en Ogikubo. Si usted va al bar "Shiraishi", frente a la estación, ellos le podrán decir dónde se encuentra.

Casi no podía contener mi excitación.

—Muchas gracias.

—Pero, ¿qué le ha pasado a su sandalia?

Me invitó a pasar. Entré en el pequeño vestíbulo y me senté. La señora trajo unas correas de cuero de repuesto de esas que se venden armadas como para poder cambiarlas fácilmente. Mientras me alumbraba con una vela, logré arreglar la sandalia.

—Lo siento, pero las dos únicas bombillas eléctricas que teníamos se han quemado. Es que hoy día están muy caras y son poco durables. Si estuviera mi esposo podríamos comprarlas, pero desde hace dos noches él no vuelve a casa, de modo que con hoy ya van tres que nos acostamos temprano sin un centavo.

La mujer habló ingenuamente y rio sola. Detrás de ella estaba de pie una niña de unos doce o trece años, delgada y de ojos grandes, que parecía poco sociable.

No podía considerarlos enemigos, pero algún día yo lo sería para esa mujer y esa niña. Si pensara así, mi amor se desvanecería en el acto. Me levanté, sacudí mis manos sucias del barro de las sandalias, y de pronto, sentí que no podía contener la desolación y la pena que me invadían como un torrente; me turbé en extremo y a punto estuve de correr a tomar las manos de la señora en la oscuridad y llorar desconsoladamente. Pero pensé en mi hipócrita, indescriptiblemente inatractiva actitud, y sentí náuseas.

—Muchísimas gracias por todo, señora.

Le agradecía efusivamente y salí a la calle donde

corría un frío viento. Comienza la batalla. Lo amo; lo quiero, lo amo de verdad; lo deseo de verdad; no puedo hacer otra cosa, no me queda otro camino puesto que lo quiero de verdad. Esa señora es sin duda una persona excepcional y esa niña muy bonita, pero aunque me juzgasen en el estrado de Dios, no sentiría el menor remordimiento. Los hombres han nacido para el amor y la revolución. Dios no puede castigarlos. Yo no tengo ninguna culpa. Aunque por dos o tres noches tenga que dormir a la intemperie, he de acudir abiertamente a su encuentro, cueste lo que cueste, porque lo amo.

Encontré fácilmente el bar Shiraishi frente a la estación. Pero él no estaba allí.

—Debe de estar seguramente en Asagaya. Tiene que caminar derecho desde la salida norte de la estación Asagaya una cuadra y media, más o menos. Ahí encontrará una ferretería; luego doble a la derecha una media cuadra y encontrará un restaurante llamado "Yanagi-ya". Ultimamente el maestro anda detrás de una camarera y se pasa el día en ese lugar.

Fui a la estación, saqué el pasaje, subí al tren eléctrico que va a la estación Tokio, y bajé en Asagaya; desde la salida norte una cuadra y media, luego desde la ferretería media cuadra a la derecha y por fin el restaurante "Yanagi-ya", en silencio.

Una camarera, más joven que yo, fina y agradable, me dijo en tono pausado:

—Se retiró hace un momento con un grupo de personas, diciendo que iban al bar "Chidori" de Nishiogi, para pasar la noche bebiendo.

—Será ésta la muchacha del maestro?

—El "Chidori"? En qué lugar de Nishiogi queda? Estaba desanimada a punto de lagrimear. Pensé

en un instante si no me habría vuelto loca corriendo detrás de ese hombre.

—No sé muy bien, pero dicen que está a la izquierda de la salida sur de la estación de Nishiogi. Creo que si pregunta en la comisaría le será fácil localizarlo. Pero como es gente que no se contenta con ir a beber en un solo sitio, es posible que antes de "Chidori" se hayan detenido en otra parte.

—De cualquier manera iré a "Chidori". Buenas noches.

Otra vez el tren, ahora en dirección opuesta. Desde Asagaya tome el eléctrico hacia Tachikawa. Lo abandoné en la estación Nishiogi, tomé por la salida sur y deambulé por el lugar, azotada por un frío viento. Encontré al fin una comisaría donde me indicaron el lugar; caminé casi corriendo en medio de la oscuridad y vi la lámpara azulada que colgaba de la entrada del "Chidori". Sin vacilar abrí la puerta.

Había un pequeño porche, luego un salón mediano saturado de humo, donde alrededor de una mesa unas diez personas bebían ruidosamente. Había en el grupo tres muchachas más jóvenes que yo, que fumaban y bebían.

Desde el porche observé bien el grupo, y lo encontré. Era como estar soñando. Estaba distinto. Han pasado seis años y es otra persona completamente distinta.

—Sería este hombre mi arco iris, mi M.C., la única esperanza de mi vida? Seis años. La desordenada cabellera era la de antes, pero descolorida y rala; tenía el rostro amarillento e hinchado, con blandas ojeras rojizas y los dientes caídos; movía la boca constantemente. Parecía un viejo mono encorvado sentado en un rincón de la pieza.

Una de las muchachas advirtió mi presencia y avisó al señor Uehara. Este estiró su delgado cuello y me miró, y sin inmutarse, me hizo señas con el mentón de que me sentara. El resto, desentendiéndose absolutamente de mí, seguía divirtiéndose, pero de todos modos me hicieron un lugar para que me sentara a su lado.

Me senté en silencio. El me llenó un vaso de *sake* y sirvió también en el suyo.

—¡Salud! —dijo con voz ronca.

Los dos vasos chocaron débilmente y produjeron un sonido triste.

“Guillotina, guillotina, shurushurushu”, alguien empezó a cantar, y otro continuó “Guillotina, guillotina, shurushurushu”. Chocaron sus copas y las vaciaron de un trago. Otros continuaron esta frase sin sentido, y todos la corearon chocando sus copas y bebiendo estrepitosamente. Parecía que bebían impulsados por el ritmo de esta absurda canción.

Apenas se iba alguien entraba otro, sin decir nada, saludaba en silencio al señor Uehara, y empezaba a beber.

—Señor Uehara, ¿usted conoce esta parte que dice: “Ah, ah, ah”, La conoce, ¿no? ¿Cómo se debe decir? ¿“Ah, ah, ah”, o “Ahah, ah”? —

El que preguntaba era un actor de teatro, de nombre Fujita, a quien había visto actuar varias veces.

—Se debe decir: “Ahah, ah”. Como si dijéramos: “Ahah, ah, la bebida en Chidori no resulta nada barata”, ¿entiendes? —contesta el señor Uehara.

Una muchacha del grupo.

—Siempre hablando de dinero.

Y un joven caballero:

—¿Es caro o es barato *dos pajaritos por un as?*<sup>1</sup>  
Otro joven:

—La Biblia dice *hasta que pagues el último ochavo*<sup>2</sup>. También hay otra parábola sumamente complicada: *dando a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno*<sup>3</sup>. También Jesús es minucioso para las cuentas.

—Lo que es más, era un bebedor. Me extrañaba encontrar en la Biblia tantas parábolas sobre el vino. Dicen de él: *un bebedor de vino*<sup>4</sup> y no simplemente “el que bebe el vino”, de modo que debe de haber sido un buen bebedor. Por lo menos dos litros por vez, ¿no les parece? —dijo otro.

—Basta, basta. Ahah, ah, vosotros temerosos de la virtud os justificáis a expensas de Jesús. ¡A beber! “Guillotina, guillotina, shurushurushu.”

El señor Uehara trincó violentamente su copa con la de la muchacha más joven y la bebió de un trago. El *sake* se le derramó por las comisuras de la boca y le mojó el mentón. Se limpió salvajemente con la palma de la mano y estornudó cinco o seis veces seguidas.

Yo me levanté silenciosamente y pasé a la habitación contigua, y allí pregunté a una anciana pálida y delgada de aspecto enfermizo dónde estaba el tocador. Al pasar de nuevo por la pieza, la más joven y bonita del grupo estaba allí parada, como guardándome.

—¿No tiene hambre? —me preguntó sonriendo, en tono familiar.

—Sí; pero he traído algo para comer.

<sup>1</sup> San Mateo, X,29.

<sup>2</sup> id. V,26.

<sup>3</sup> id. XXV,15.

<sup>4</sup> id. XI,19.

—No tenemos mucho que ofrecerle, pero si lo desea, puede comer algo con nosotras—. Me invitó la anciana enfermiza, echada al lado del brasero, como fatigada.

—Por favor, coma aquí, en esta pieza. Al lado de esos borrachos no podrá comer nada en toda la noche. Siéntese, por favor, aquí. Tú, Chie, siéntate también al lado de ella.

—¡Eh, Kinu, no hay más bebida!

Gritó alguien al lado.

—¡Ya!

La llamada Kinu, de unos treinta años, que vestía un elegante kimono, apareció desde la cocina con unos diez potes de *sake* sobre la bandeja.

—Un momentito—. La señora llamó a la camarera y le dijo sonriendo:— Kinu, deja aquí dos potes—. Y agregó:— Despues, lo siento, ¿pero podrías ir al restaurante “Suzuya” y traernos dos bols de fideos calientes?

Me senté con Chie al lado del brasero y calenté mis manos.

—Siéntese con comodidad. Aquí tiene unos almohadones. ¡Qué frío está haciendo! ¿No bebe nada?

La anciana señora sirvió *sake* primero en su taza y luego en otras dos más. Las tres comenzamos a beber en silencio.

—¡Cómo bebe esa gente!

Lo dijo la señora en un curioso tono íntimo.

Hubo ruido de abrirse la puerta de entrada, y luego una voz:

—¡Maestro Uehara, conseguí traerlo! Usted sabe que el director es una persona difícil, de modo que apenas conseguí diez mil yens, cuando había insistido en veinte mil.

—¿En cheque?

Dijo la voz ronca del señor Uehara.

—No, en billetes. Lo siento.

—Bueno, no importa. Te daré el recibo.

El resto del grupo continuaba vociferando la canción para beber: “Gillotina, guillotina, shurushurushu”, sin parar un sólo instante, durante esta conversación.

—¿Cómo está Naoji?

La señora le preguntó a Chie, en tono serio. Me sobresalté.

—¿Cómo quiere que lo sepa? No soy su guardián.

Chie contestó confundida, y se puso colorada.

—Temo que haya pasado algo con el señor Uehara. Siempre andaban juntos hasta ahora.

La señora continuó imperturbable.

—Dicen que está entusiasmado con el baile. Es probable que haya conseguido alguna bailarina como amante.

—No tiene arreglo este Naoji; además del alcohol, ahora las mujeres.

—Es la enseñanza de su maestro, Uehara.

—Sí, pero el carácter de Naoji es peor. Cuando esa clase de niños mimados se ponen malos...

—Perdonen, pero...

Interrumpí, con una sonrisa. Pensé que haría mal en seguir callada.

—Soy la hermana de Naoji.

La señora se asombró, y me miró de nuevo. Pero Chie dijo en tono tranquilo.

—Ya me lo imaginaba; se parecen mucho. En el instante de verla entrar en el porche me sobresalté. Creí que era Naoji.

—¿Ah, sí?

La señora dijo en tono respetuoso y agregó:  
—... ¿Y cómo se le ha ocurrido venir a un lugar tan sucio como éste? ¿Usted ya conocía al señor Uehara?

—Sí, lo conocí hace seis años...

Me sofoqué y bajé la vista.

En ese instante apareció la camarera trayendo los bols con fideos:

—Perdonen por haberles hecho esperar.

—Por favor, sírvase, antes que se enfríen.— Me ofreció la señora.

—Muchas gracias.— Hundí la cara dentro del bol que transpiraba vapor, y mientras comía los fideos, sentí el colmo de la tristeza y de la miseria por el hecho de seguir viviendo.

Entró Uehara canturreando en voz baja “Guillotina, guillotina, shurushurushu”, y se sentó a mi lado, al tiempo que le extendía a la señora un gran sobre.

—No pensará usted darme solamente esto y desentenderse del resto, ¿no? —dijo la señora sonriendo, y sin mirar el sobre lo puso en el cajón del armario.

—Se lo voy a traer, sin falta. El resto se lo pagaré el año que viene.

—¿Puedo creerlo?

Diez mil yens. ¡Cuántas bombitas eléctricas se podrán comprar con diez mil yens! Yo misma podría vivir fácilmente durante un año.

Ah, hay algo en lo que esta gente está equivocada. Pero los que así beben en esta casa no podrían seguir viviendo fuera de este modo, como yo no viviría sin mi amor. Si es verdad que el hombre tiene que sobrevivir de alguna manera por el simple hecho de haber nacido, es posible que no sea una cosa despreciable el modo de vivir de esta gente. El hecho de

vivir. ¡Ah, qué empresa tan enorme y difícil, que a uno lo deja exhausto, este hecho de vivir!

—De cualquier modo... —dijo un joven en la pieza contigua,— la manera de poder vivir en Tokio en lo sucesivo, es valerse tranquilamente de los medios más superficiales y desdeñables, si no uno puede considerarse eliminado. Exigirnos a gente como nosotros virtudes preciosas como respeto y sinceridad, es lo mismo que tirarle de las piernas a un ahogado. ¿Respeto? ¿Sinceridad? ¡Al diablo con eso! ¿Cómo suponer que se puede vivir con esas cosas? Si uno no adopta este sistema de supervivencia, quedan tres caminos a elegir: el primero, volver al campo a trabajar; el segundo, suicidarse y el último, convertirse en *gigoló*.

—Y al pobre diablo que no puede hacer ninguna de las tres cosas, le queda una última alternativa... —dijo otro joven.— la de aferrarse a Uehara Jirō y beber a su cuenta hasta hartarse.

“Guillotina, guillotina, shurushurushu, guillotina, guillotina, shurushurushu.”

—Supongo que no tiene dónde pasar la noche, ¿verdad?

El señor Uehara me lo dijo en voz baja, como hablando para sí.

—¿Yo? —Tuve la noción de la serpiente que levanta la cabeza contra mí. Hostilidad. Fue la sensación que me hizo poner tesa, a la defensiva.

—¿Puede dormir en la misma habitación con todos los demás? ¡Mire que hace frío!

Uehara no se hacía cargo de mi ira.

—No creo que sea posible para ella.— Interrumpió la señora.— Tenga un poco de consideración.

El señor Uehara hizo chasquear la lengua en señal de disgusto y dijo:

—Entonces no hubiera venido.

Yo permanecí callada. Pude suponer instantáneamente por sus palabras que este hombre había leído mis cartas y que me quería más que a todos los demás.

—¿Qué haremos? ¿La llevaremos a casa de Fukui? Chie, ¿no puedes acompañarla? Pero, no, puede ser peligroso el camino para mujeres solas. ¡Qué complicado! Bueno, yo la acompañaré.

Afuera, la noche era profunda. El viento se había calmado un poco y en el cielo había estrellas. Caminamos el uno al lado del otro.

—Yo puedo perfectamente compartir una habitación con las otras personas —le dije.

Asintió, soñoliento.

—Usted quería estar solo conmigo, ¿verdad? ¿No es cierto? —le dije sonriendo.

—¡Qué fastidiosa! —Hizo una mueca y rio amargamente. Sentí en forma vívida que ese hombre me quería.

—¿Cómo bebe usted? ¿Todas las noches?

—Sí, todos los días. Desde la mañana.

—¿Es tan rico el alcohol?

—No, apesta.

Hubo algo en su voz que me asustó.

—¿Cómo marcha su trabajo?

—Mal. Cualquier cosa que escribo me parece estúpida y me deprime. El ocaso de la vida. El ocaso del arte. El ocaso de la humanidad. ¿Pero para qué decir todo esto?

—Utrillo —murmuré inconscientemente.

—Ah, Utrillo. Dicen que el viejo vive todavía. El fantasma del alcohol. Es un cadáver. Su pintura en estos últimos diez años es increíblemente vulgar y sin ningún valor.

—Pero no es sólo el caso de Utrillo, es también el de todos los otros maestros.

—Sí, han perdido su vitalidad. Pero los nuevos valores carecen también de vitalidad, marchitándose en botón. Escarcha; da la impresión de que el mundo entero se ha cubierto de escarcha fuera de estación.

Su brazo rodeó ligeramente mis hombros, y quedé como envuelta en su manto de invierno. Antes que rechazarlo, acerqué mi cuerpo, y caminamos pegados el uno contra el otro.

Las ramas de los árboles del camino; las ramas sin una hoja, delgadas y agudas, que se clavan en el cielo.

—Son hermosas las ramas, ¿verdad? —dijo de pronto como monologando.

—¿Quieres decir la combinación entre las flores y las ramas negras? —me dijo algo confundido.

—No, quise decir que me gustan estas ramas despojadas de flores y de hojas. Aun cuando se encuentran totalmente desnudas, siguen viviendo. Son distintas a las ramas muertas.

—¿Quieres decir que únicamente la Naturaleza no pierde su vitalidad? —y apenas lo dijo, estornudó varias veces.

—¿No está resfriado?

—No, no es resfriado. Lo que pasa es que tengo la curiosa costumbre de estornudar de este modo cuando estoy saturado de bebida. O sea que es una especie de barómetro de la borrachera.

—¿Y el amor?

—¿Qué?

—¿Hay alguna otra mujer? ¿Alguien que ha llegado a saturarlo con su amor?

—¡No te burles! Todas las mujeres son iguales. Demasiado complicadas. "Guillotina, guillotina, shu-

rushurushu." La verdad, *tengo* una, no, la mitad de una.

—¿Leyó mis cartas?

—Sí.

—¿Y cuál es su respuesta?

—No me gustan los aristócratas, ¿sabes? ¿Tienen siempre una especie de arrogancia ofensiva que no pueden sacarse de encima. Tu hermano Naoji es uno de los mejores aristócratas que conocí, pero tiene algo, de vez en cuando, que lo vuelve insopportable. Yo soy hijo de campesino, y cuando paso así al lado de algún arroyo, recuerdo con amargura los días de mi infancia, cuando pescaba carpas plateadas u otros pececillos en los arroyos de mi pueblo.

Ibamos por la orilla de un pequeño río que se deslizaba con un ruido suave en medio de la noche oscura.

—Sin embargo, ustedes los aristócratas, no solamente no comprenden nunca nuestro sentimentalismo; nos desprecian.

—¿Qué me dice de Turgueniev?

—Era un aristócrata. Por eso no me gusta.

—¿Ni siquiera en el *Diario del Cazador*?

—Ese libro, bueno, ese libro no está mal.

—Ha captado bien el ambiente de la vida campesina...

—En este caso podríamos llegar a un acuerdo diciendo que Turgueniev fue un aristócrata rural.

—Yo también soy ahora una campesina. Cultivo una huerta. Una pobre campesina.

—¿Todavía me quieres? —me dijo en tono brusco. No le contesté.

Su rostro se acercó al mío con la rapidez de una roca que cae y me besó furiosamente. Eran besos que

olían a sexo. Aceptándolos, lloré. Mis lágrimas eran amargas como debían ser las lágrimas de la vergüenza y de la humillación. Las lágrimas corrían por mi rostro sin parar.

Cuando juntos reanudamos el camino, me dijo:

—¡Maldición! Me he enamorado de ti.— Y rió.

Pero yo no pude reír. Arrugué la frente y apreté mis labios. No tenía más remedio.

De expresar en palabras mis sentimientos sería algo como "No hay más remedio". Me di cuenta que caminaba como arrastrándome, vacía.

—¡Maldición! —dijo de nuevo. Y agregó:— Iremos hasta donde podamos.

—No finja. Déjese de poses.

—¡Al diablo!

Me golpeó suavemente el hombro con su puño, y lanzó un gran estornudo.

En la casa del señor Fujui, parecían dormir todos.

—¡Telegrama! ¡Telegrama! ¡Señor Fujui, telegrama!

El señor Uehara gritaba y golpeaba la puerta.

—¿Eres tú, Uehara? —Se oyó la voz de alguien.

—Sí, soy yo. El príncipe y la princesa han venido a pedirte albergue por una noche. Hace tanto frío que estoy estornudando y si seguimos con dificultades, nuestro viaje de amor va a terminar en una farsa.

Se abrió la puerta de calle. Apareció un hombre de unos cincuenta años, pequeño y semicalvo, con un pijama chillón. Sonreía, como avergonzado.

—Permiso —Fue lo único que dijo el señor Uehara y entró sin sacarse el manto—. Hace mucho frío en el atelier. Voy a usar el primer piso. Ven.

Tomando mi mano, me condujo hasta el fondo de un corredor y subimos al primer piso; al entrar en la habitación encendió la luz.

—Parece un reservado de restaurante.

—Sí, es un gusto de *nouveau riche*. Es demasiado bueno para un pintor segundón como Fujui. Cuando se tiene la suerte endemoniada de este individuo ni siquiera se sufren los daños naturales de la guerra. No hay que dejar de aprovechar a esta clase de gente. Bueno, a la cama, a la cama.

Como si estuviera en su propia casa, sacó los acolchados del placard y preparó la cama.

—Tú duermes aquí. Yo me voy. Mañana por la mañana te vendré a buscar. El tocador está bajando la escalera a la derecha.

Bajó apresuradamente la escalera y luego todo quedó en silencio.

Apagué la luz, me saqué el tapado de terciopelo que Papá me había traído del extranjero, y dormí con la ropa puesta.

Además del cansancio, los vapores del *sake* hicieron que me durmiera en seguida. Estaba fatigada y tenía el cuerpo dolorido.

No recuerdo en qué momento, pero cuando me di cuenta, estaba acostado a mi lado... Durante una hora me resistí firmemente.

—Pero en un momento, me dió lástima y cedí.

—No podía estar conforme si no lo hacía, ¿verdad?

—Puede ser.

—¿No está mal de salud? Estoy segura de que ha escupido sangre, ¿o no?

—¿Cómo lo supiste? La verdad es que ya tuve un ataque serio, pero no se lo he dicho a nadie.

—Tiene el mismo olor de Mamá antes de morir.

—Estoy bebiendo desesperadamente. La vida es demasiado sórdida para seguir viviéndola. La miseria, la soledad, el desamparo... no son cosas intrascendentes; todo es doloroso para mí. ¿Cómo concebir la felicidad individual cuando se oyen lamentos por las cuatro paredes? Cuando uno comprende que la felicidad y la gloria no se pueden obtener en vida ¿qué crees que uno puede sentir? Trabajo forzado. Esto sí que es la comida de las bestias hambrientas. Hay demasiada gente miserable. ¿Es pose también esto?

—No.

—Solamente el amor. Como me has dicho en tus cartas.

—Sí.

Ese amor mío ya estaba extinguido.

Amaneció.

Cuando la pieza empezaba a aclararse, observé lentamente la cara del hombre que estaba acostado a mi lado. Tenía la cara de una persona que pronto iba a morir. Era una cara exhausta.

La cara de una víctima. Una preciosa víctima.

Mi hombre. Mi arco iris. *My Child*<sup>1</sup>. Hombre odioso. Hombre astuto.

Mirándolo, me pareció que era la cara más hermosa, única en este mundo, y mi pecho se agitó por una nueva llama de amor que renacía. Le acaricié los cabellos y lo besé.

La consumación de un triste, triste amor.

Con los ojos aún cerrados me abrazó.

—Estaba inhibido, ¿sabes? Porque soy hijo de campesino.

Nunca me separaré de este hombre.

<sup>1</sup> Sic en el original.

—Ahora soy feliz. Aunque se oigan los lamentos desde las cuatro paredes, mi sentimiento de felicidad ha llegado al punto de saturación. Soy tan feliz que tengo ganas de estornudar.

Se rio.

—Pero es demasiado tarde. Ya es el ocaso.

—¡No, es el alba!

Esa misma mañana mi hermano Naoji se había suicidado.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

El testamento de Naoji:

Kazuko.

Ya no puedo más. Me voy primero.

No comprendo absolutamente nada del motivo de seguir viviendo.

Que sigan viviendo sólo aquellos que así lo desean.

Así como el hombre tiene el derecho de seguir viviendo, también debe tener el derecho de morir.

No hay nada de nuevo en mis pensamientos; es una cosa demasiado simple pero la gente tiene una inexplicable aversión a esta obvia, y hasta primitiva idea y rehusan expresarla abiertamente.

Los que quieren seguir viviendo, deben sobreponerse a todos los obstáculos para conservar su vida; eso es algo maravilloso, algo podría decirse como la gloria del hombre, pero al mismo tiempo estoy convencido de que morir no es un pecado.

Es penoso vivir en esta atmósfera y bajo este sol para una planta como yo. Algo le falta para poder vivir. Algo que no está en ella. He hecho todo lo posible para vivir hasta ahora.

Cuando ingresé en la Facultad y por primera vez entré en contacto con esos compañeros de robusta agresividad, muchachos criados en una clase social en-

teramente distinta a la nuestra, su energía me puso a la defensiva, y esforzándome en no quedar atrás de ellos, recurrió a las drogas, y resistí como enloquecido. Después, cuando me hicieron soldado y fui al frente, tuve que recurrir al opio como uno de los últimos recursos para seguir viviendo. No creo que tú entiendas el porqué de mi actitud.

Quise convertirme en un hombre ordinario y vulgar. Quise hacerme fuerte; no, brutal. Puesto que creía que era el único camino para convertirme en "amigo de la gente del pueblo". La bebida no bastaba. Era necesario mantenerme en un estado de vértigo. Para eso no había otro recurso que las drogas. Era necesario oponerme a la sangre heredada de mi padre. Era necesario rechazar la dulzura de Mamá. Era necesario permanecer indiferente a ti. Si no hacía esto, no podía obtener el billete de acceso a la pieza de la gente del pueblo.

Me convertí en un hombre ordinario. Llegué a usar un lenguaje ordinario. Pero una mitad de todo eso, no el sesenta por ciento, fue una desdichada impostura, una forma lamentable de pequeño ardid. Para la "gente del pueblo" yo continuaba siendo un insopportable pedante de aire afectado. Ellos nunca quisieron ser afables ni desearon intimar conmigo. Pero ya no podía regresar a los "salones" que había abandonado. Aun suponiendo que el sesenta por ciento de mi vulgaridad fuera artificial, el cuarenta por ciento restante se había convertido en algo auténtico, sincero. Ya he llegado a un punto en que no puedo aguantar la donosura de salones de la clase superior, y por otra parte, los distinguidos caballeros y eminentes ciudadanos, como ellos mismos se denominan, se escandalizarían por mi atroz falta de moda-

les y me expulsarían en el acto. Ya no puedo volver al mundo que he abandonado, y el pueblo sólo me concede un lugar en el auditorium, lleno de malicia y de nauseabundo respeto.

En cualquier época, a los seres como yo, carentes de vitalidad y plagados de defectos, les está deparado seguramente desaparecer por su propia mano, vacíos de ideas y pensamientos, pero yo tengo una justificación que ofrecer. Yo siento la atmósfera y la circunstancia que me hacen extremadamente difícil seguir viviendo.

Todos los hombres son iguales.

Dudo que esto sea una ideología. Pienso que el hombre que inventó esta frase no fue ni religioso, ni filósofo ni artista. Es una frase salida de una taberna de pueblo. Como nacen los gusanos, en un momento dado, sin que determinada persona lo haya dicho, empezó a pulular, a multiplicarse hasta cubrir todo el mundo y lo ha convertido en una cosa repelente.

Esta extraña expresión nada tiene que ver con la democracia ni con el marxismo. Es una expresión, que sin duda un hombre feo arrojó a uno bello en una taberna. Fue un simple acto de irritación, o si no, si túquieres, envidia, pero nada tuvo que ver con una ideología o cosa por el estilo.

Sin embargo, ese grito lleno de ira salido de la taberna, ha circulado entre el pueblo con una extraña máscara ideológica, y pese a no tener relación alguna con la democracia ni con el marxismo, poco a poco se fue mezclando a las doctrinas políticas y económicas de uno y otro, y ha creado una inconcebible y sórdida confusión.

Me imagino que el mismo Mefisto habrá vacilado en usar el truco de convertir esta absurda frase en

una doctrina, por considerarla una afrenta a su propia "conciencia".

Todos los hombres son iguales.

¡Qué frase tan abyecta! Una declaración que degrada a uno mismo y degrada a los otros; una frase que carece de todo orgullo, y que incita a abandonar toda tentativa y todo esfuerzo. El marxismo proclama la superioridad de los trabajadores. No dice que todos son iguales. La democracia proclama la dignidad del individuo. No dice que todos somos iguales. Solamente el patán afirma eso.

—“Y qué?, por más que se dé esos aires, al fin y al cabo, es un hombre igual a nosotros.”

¿Por qué dicen “igual” y no pueden decir “superior”? ¡Ah, la venganza de la mentalidad sometida!

Esta frase es puerca y abominable. Creo que toda la llamada “inquietud del siglo” —los hombres que se temen el uno al otro, la violación de todos los principios establecidos, los esfuerzos burlados, la felicidad negada, la belleza mancillada, el honor degradado —todo se origina en esta increíble expresión.

Debo admitir que aún convencido de lo repugnante de esta frase, ella me ha intimidado, me ha hecho sentir vergüenza por cualquier cosa que deseaba hacer, me ha hecho temblar de miedo, hasta que sin saber qué hacer de mí mismo, preferí ahogarme en alcohol y en drogas para obtener una frágil tregua, mientras llegaba al desastre total.

Puede que sea débil. Puede que sea una planta con una deficiencia gravísima, decisiva. También puede ser que los patanes se burlen diciendo que soy todas estas justificaciones, pero en el fondo soy un individuo que sólo busca divertirse, un haragán, un lujurioso sumergido en el placer. Y hasta ahora, for-

mulaba suposiciones como ésta, pero antes de morir, quiero decir una sola cosa a modo de protesta.

Kazuko.

Por favor, tienes que creerme.

Nunca sentí placer, aunque me divertía. Tal vez sea un impotente del placer. He enloquecido tratando de librarme de mi propia sombra de aristócrata, buscando el aturdimiento y la diversión.

Kazuko.

Después de todo, ¿tenemos nosotros la culpa? ¿Es culpa nuestra haber nacido aristócratas? Por el sólo hecho de haber nacido en esa casa, debemos vivir eternamente como los familiares de Judas, atemorizados, humillados, justificándonos siempre.

Yo debí haber muerto mucho antes. Pero una cosa me detenía: el amor de Mamá. Cuando pensaba en eso no podía morir. Aunque el hombre tiene derecho a morir cuando se le antoje, como tiene derecho a vivir, pensé que mientras Mamá viviera debía reservarme el de morir, puesto que eso al mismo tiempo significaba matar a Mamá.

Ahora, aunque yo muera, nadie lo lamentará hasta el punto de perder la salud; no, Kazuko, dejemos de lado el sentimentalismo formal; yo sé hasta dónde puede llegar la tristeza de ustedes en el caso de mi muerte. Seguramente llorarán, pero cuando piensen en la tortura de mi vida y en la alegría de verme liberado de esta abominable vida, estoy seguro que esa tristeza irá cediendo gradualmente.

Aquellos que critiquen hipócritamente mi suicidio y juzguen que debí seguir viviendo, sin haberme ofrecido ninguna ayuda, son los mismos grandes señores capaces de sugerirle al Emperador que abra una frutería.

Kazuko.

Es mejor que yo muera. No tengo la vitalidad necesaria para subsistir. No tengo fuerzas suficientes para luchar con la gente por dinero. Ni siquiera soy capaz de vivir a expensas de otro. Aun cuando íbamos a beber con el señor Uehara, yo pagaba mi parte religiosamente. El señor Uehara detestaba mi actitud diciendo que era un mezquino orgullo de aristócrata, pero no es que yo pagara por orgullo, sino porque simplemente me repugnaba gastar su dinero, obtenido con trabajo, en comer, beber y abrazar mujeres. Aunque en definitiva ni yo mismo sé bien el motivo, y mentiría si dijera "porque respetaba el trabajo de él". Simplemente, me horrorizaba la idea de divertirme a costa de terceros, sobre todo si ese dinero provenía de una persona que lo había ganado honradamente.

Por eso lo único que hacía era sacar dinero y otras cosas de casa con la consiguiente aflicción de Mamá, pero yo mismo no me divertía para nada, y si había planeado iniciar una empresa editorial, sólo era un pretexto para ocultar mi vergüenza. En ningún momento lo he pensado seriamente, y aunque así fuera, podría darme cuenta, por idiota que fuese, que un hombre que no es capaz ni de divertirse a costa de otro, ni remotamente podría ganar dinero.

Kazuko.

Nos hemos quedado pobres. Pensaba que viviríamos ofreciendo banquetes a los demás, y en cambio hemos llegado a recurrir a otros para poder seguir viviendo.

Kazuko.

¿Qué motivos tengo yo para vivir en adelante? Ya no puedo más. Me voy a matar. Tengo una dro-

ga que conseguí cuando era soldado para poder morir sin sufrimiento.

Tú eres bella —me sentía orgulloso de tener una madre y una hermana hermosas— y además inteligente, por eso nada me preocupa de ti. Ni siquiera tengo derecho de preocuparme. Es como si el ladrón se preocupara por su víctima; esto no tiene sentido. Con toda seguridad te casarás, tendrás hijos y vivirás al lado de tu marido.

Kazuko.

Yo tengo un secreto.

Lo he guardado durante largo tiempo. Hasta cuando estaba en el frente de batalla, he pensado intensamente en esa persona, soñaba con ella muchas veces y cuando me despertaba tenía lágrimas.

No puedo revelar a nadie el nombre de esa mujer, aunque se me pudra la boca. Pensé, ya que voy a morir, decirte este nombre siquiera a ti, pero tengo miedo.

También temo que si mantengo el secreto absolutamente, si me voy de este mundo sin decírselo a nadie, una vez cremado mi cuerpo, quedaría humeante, sin quemarse, mi pecho, que es donde guardo este secreto; por eso te lo digo a ti solo, en forma indirecta y velada, como si te estuviera relatando una ficción. Y aunque yo lo llame ficción, tú te darás cuenta en seguida de quién se trata, ya que simplemente es menos que una ficción, es una especie de transparente disfraz en el que hago uso de nombres falsos.

Creo que tú la conoces.

Me imagino que tú conoces algo sobre ella, aunque seguramente nunca la habrás visto. Ella es un poco mayor que tú. Sus ojos tienen la forma almendrada característica, y se peina a la antigua manera ja-

ponesa —por otra parte nunca se ha hecho la permanente—, con el cabello tirante y llevado hacia atrás. Viste modestamente, pero siempre se la ve limpia y con gran dignidad. Es la esposa de un pintor que después de la guerra adquirió una fama repentina por la frescura que trascendía de sus cuadros. La conducta del pintor es brutal y dispida, pero a ella no la perturban en absoluto los actos de su marido, y vive siempre con una suave sonrisa en sus labios.

Yo me levanté.

—Debo irme.

Ella también se levantó y vino hacia mí, sin la menor reserva, y mirándome a la cara me dijo:  
—¿Por qué?

Su voz tenía un timbre común. Ladeó la cabeza como si le sorprendiera mi actitud, y me miró un instante a los ojos. Yo tengo la costumbre de desviar la vista cuando una mujer me mira en los ojos, pero en ese momento, no había en esos ojos ni malicia ni hipocresía, y yo sin avergonzarme, desde una distancia de unos treinta centímetros, quedé mirándola fijamente durante más de un minuto, sintiendo una agradable sensación.

—Sí, pero...

—Ya debe de venir en seguida—. Me dijo, seriamente.

Repentinamente pensé si lo que la gente llama "sinceridad" no tendría que ver con esta clase de expresión. Dudé si realmente la palabra "honestidad" no significaría originariamente algo loable como esta expresión, y no la austera virtud que figura en los textos de moral.

—Vendré de nuevo.

—Sí?

Nuestra conversación fue completamente trivial desde el comienzo hasta el fin. Una tarde de verano había ido a visitar al pintor en su departamento. El no estaba, pero su mujer me dijo que en seguida volvería y me sugirió que lo esperara adentro, donde por espacio de una media hora estuve leyendo revistas. Como no había indicios de que volviera, me levanté y le dije que me retiraba. Eso fue todo lo que pasó, pero me enamoré perdidamente de sus ojos desde ese día y desde ese momento.

Una sensación de "nobleza". Puedo afirmar rotundamente que salvo Mamá, entre los aristócratas que me rodeaban no había ninguno que tuviera esa descuidada expresión de "honestidad".

Luego, fue un atardecer de invierno, quedé impresionado por el perfil de esa mujer. Había estado bebiendo con el pintor desde la mañana en su departamento, y nos burlábamos a carcajadas de los llamados "hombres de la cultura" japoneses. El pintor quedó extenuado por la bebida, y cayó dormido, empezando a roncar. Yo también me tiré y empezaba a dormitar cuando sentí que una frazada cubría gentilmente mi cuerpo. Entreabré los ojos y la vi, tranquilamente sentada con su hija en brazos cerca de la ventana, contra el azul claro del cielo de Tokio, en un atardecer de invierno. Su correcto perfil, se recortaba claramente sobre el fondo celeste, como aquellos perfiles brillantes de las pinturas del Renacimiento. No había nada que hiciera suponer la coquetería ni el deseo en su amable generosidad de haberme puesto la frazada. ¿No se podría revivir la palabra "humanidad" para usarla en momentos como éste? Seguramente ella actuó sin conciencia de lo que hacía, como un gesto natural de simpatía hacia las personas ajenas,

y ahora miraba la lejanía envuelta en una atmósfera de sobria quietud, como en una pintura.

Cerré mis ojos, y sentí suavemente que una ola de amor me inundaba al mismo tiempo que me hacía enloquecer. Brotaron las lágrimas de mis párpados cerrados, y me cubrí hasta la cabeza con la frazada.

Kazuko.

Al principio yo iba a la casa del pintor porque me había atraído su peculiar estilo y la pasión sanática que ocultaban esos cuadros, pero a medida que iba profundizando en nuestras relaciones, su falta de cultura, su irresponsabilidad y su bajeza me desilusionaron. En cambio me fue atrayendo en proporción inversa la belleza de los sentimientos de su mujer. No, más bien fui enamorándome apasionadamente de esa mujer capaz de un auténtico afecto. Empecé a concurrir a la casa del pintor con el único propósito de ver a su mujer.

Estoy convencido de que si hay algo que se puede llamar nobleza artística en las obras de este hombre, probablemente existe como reflejo del delicado espíritu de su mujer.

Ese pintor —ahora puedo decir realmente lo que pienso de él— no es otra cosa que un astuto comerciante borracho y corrompido. Sólo por necesidad de dinero para sus placeres, ese hombre pinta cualquier mamarracho, y lo vende a buen precio aprovechando que está de moda. Lo único que posee este hombre es la impertinencia, una estúpida confianza y talento para los negocios.

Lo más probable es que no entienda absolutamente nada de la pintura de los demás, sea extranjera o japonesa. Aparte de que con seguridad no debe saber a conciencia lo que él mismo está pintando.

Lo único que hace es llenar frenéticamente la tela de pintura.

Y lo más increíble es que aparentemente no tiene ninguna duda, ni vergüenza, ni timidez de los mamarrachos que produce.

En definitiva es un engreído. Desde el momento en que ni siquiera es capaz de comprender lo que él mismo está haciendo, nada hace suponer que comprenda las obras de los otros, de modo que lo único que sabe hacer es hablar mal de los demás. En otras palabras, aunque ponga pretextos para justificar su vida decadente, alegando sufrimientos y otras cosas por el estilo, la verdad es que él es un estúpido patán que ha realizado el sueño de venir a la ciudad y ha obtenido un éxito inesperado. Y ahora esta circunstancia lo ha llevado a la estupidez máxima de emborracharse por su éxito y gastar su tiempo persiguiendo el placer.

Una vez le dije:

—Cuando los amigos pierden el tiempo haraganeando y dedicándose a las diversiones, me siento incómodo de estudiar yo sólo, y termino incorporándome a esos grupos, a pesar de que no me entusiasma divertirme.

El pintor me contestó:

—¿Qué? Eso es, supongo, lo que la gente llama carácter aristocrático. Me revuelve el estómago. Yo en cambio, cuando veo que la gente se lo pasa en diversiones, pienso que salgo perdiendo si no me divierto, y me entrego por completo a ello.

Era tan descarada su respuesta que en ese momento lo desprecié profundamente. Ningún pesar tiene cabida en su disipación. Al contrario, siente orgullo de su estúpido placer. Un auténtico idiota hedonístico.

Pero de nada sirve enumerar aquí los defectos de este pintor ya que a ti no te afecta el problema, y yo mismo, ahora que voy a morir, a pesar de todo, recuerdo con afecto nuestra larga relación, y no puedo ocultar el deseo de trasnochar con él una vez más. No lo odio en absoluto; antes bien, pienso que también él es en el fondo un hombre triste, y que tiene muchas buenas cualidades, de modo que no voy a decir más nada sobre él.

Lo único que quiero es que tú sepas que estoy enamorado de su mujer y que he sufrido por ella. Eso es todo. Por eso aunque te hayas enterado de mi amor, no tienes ninguna necesidad de desempeñar el papel de chismosa informando de esto a alguien con la esperanza de un reconocimiento hacia ese amor de tu hermano que no se pudo realizar en vida, o algo por el estilo. Es suficiente con que tú lo sepas y pienses que yo también he tenido estas cosas. Y si me permites decirte algo más, me sentiría muy feliz si con esta vergonzosa confesión, aunque sea tú sola, comprendieras más profundamente el sufrimiento de mi existencia.

Una vez soñé que había tomado de las manos a la señora. Y supe también que ella me quería desde mucho antes. Aún después de haberme despertado, sentí en mis manos el dulce calor de sus dedos. Pensé que con sólo eso era suficiente, y que debía resignarme a mi amor. No es que le tuviera miedo a la moral, sino que temía a ese pintor semiloco, por no decir totalmente loco. Traté de resignarme buscando el consuelo en cualquier clase de mujer, hasta el punto de que el propio pintor cierta noche puso una cara que expresaba elocuentemente su repudio. Por todos los medios intenté apartar su imagen, olvidarla, hacerla

desaparecer por completo. Sin embargo, no he podido. En definitiva yo soy un hombre que no puede amar sino a una sola mujer. Puedo decir sinceramente que no he sentido ni una sola vez, que mis amigas fueran hermosas o dulces, exceptuándola a ella.

Kazuko.

Quiero escribir sólo una vez su nombre antes de morir.

Suga.

Este es su nombre.

Ayer cuando vine a casa con esa bailarina (esta mujer es substancialmente estúpida), por la que no siento el menor afecto, no había imaginado que me iba a matar. Estaba preparado para morir alguno de estos días, pero el motivo de que volviera junto con esa mujer, era que me había pedido que saliéramos de viaje, y además estaba cansado de la vida licenciosa que hacía en Tokio; de cualquier manera pensé que no me vendría mal un descanso de algunos días en la montaña, aunque no quedara tan bien ante ti. Pero al llegar aquí, tú decidiste visitar a una amiga tuya en Tokio, y al quedarme solo, decidí que de matarme, ésta era la ocasión.

Siempre, desde mucho antes, deseé morir en nuestra casa de Nishikata. No me agradaba la idea de morir en la calle o en medio del campo para que después vinieran los curiosos a revolver mi cadáver. Sin embargo, nuestra casa de la calle Nishikata pasó a otras personas. No me quedaba otro recurso que morir en esta casa de Izu, pero ante la idea de que serías tú la primera en descubrir mi suicidio, y que seguramente te asustarías y te aterrarias, no me resolvía a hacerlo en una noche en que estuviéramos solamente los dos en casa.

Pero ahora se me presenta una ocasión magnífica. Tú estás ausente y la encargada de descubrir mi cadáver será esta bailarina tonta.

Anoche tomamos *sake* y luego hice dormir a la mujer arriba, en el cuarto de estilo occidental; yo preparé el lecho en la misma habitación en que falleció Mamá, y empecé a escribir este desdichado testamento.

Kazuko.

Yo no tengo una base para la esperanza. Adiós.

En último análisis, mi suicidio es muerte natural. El hombre no se mata exclusivamente por las ideas.

Por último, un pedido, aunque me siento turbado al hacerlo. Tu debes recordar el kimono de hilo de Mamá, y que tú misma me dijiste que lo coserías de nuevo para que yo lo pudiera usar el próximo verano, ¿lo recuerdas? Bueno, quiero que pongas ese kimono dentro de mi ataúd. Yo tenía ganas de usarlo.

Empieza a amanecer. Te he hecho hacer sacrificios durante muchos años.

Adiós.

La embriaguez del *sake* de anoche se me ha disipado completamente. Muero sosegado.

Otra vez, adiós.

Kazuko.

Yo soy, después de todo, un aristócrata.

## CAPÍTULO OCTAVO

Pesadilla.

Todos se alejan de mí.

Terminadas las dificultades posteriores a la muerte de Naoji, durante un mes he vivido sola en esta casa de la montaña.

Escribí la siguiente carta, tal vez la última, al señor Uehara, con un sentimiento cristalino.

*Veo que también usted me abandona. Mejor dicho, al parecer me está olvidando paulatinamente.*

*Pero soy feliz. Creo que estoy encinta, tal como lo anhelaba. En este momento siento que lo he perdido todo, pero esa vida diminuta que se está gestando dentro de mí, se ha convertido en la sonrisa de mi soledad.*

*No puedo considerar esto como una "equivocación repugnante". Poco a poco he empezado a comprender la razón por la que en este mundo existen la guerra, la paz, el comercio exterior, los gremios, la política. Usted, no lo sabe, ¿verdad? Por eso es permanentemente desdichado. Le voy a enseñar: esas cosas existen para que la mujer pueda tener buenos hijos.*

*No he tenido, desde un principio, el propósito de aferrarme a su personalidad o a su responsabilidad. El único problema para mí era el logro de mi amor*

irrevocable. Ahora que he conseguido lo que quería, estoy tan tranquila como el lago en medio del bosque.

Considero que he triunfado.

Aunque María haya dado a luz un niño que no era de su esposo, basta que sienta su esplendoroso orgullo para que madre e hijo sean sagrados.

Tengo la satisfacción de haber conseguido un buen hijo, ignorando tranquilamente la vieja moral establecida.

Presumo que desde nuestro último encuentro usted continúa llevando esa vida decadente o como quiera llamarla, bebiendo con señoritas y caballeros y cantando la canción de la guillotina. No tengo la intención de sugerirle que abandone esa vida. Después de todo, pienso que es una forma de la última batalla que usted tiene que librarse.

No pienso decirle que abandone el alcohol, que cuide su salud, que viva muchos años y produzca obras espléndidas o cualquier otra clase de consejo hipócrita. Yo sé que la generación futura le agradecerá más que usted siga desesperadamente en su vida corrompida.

*Victimas. Victimas de una era transitoria para una nueva moral. Tanto usted como yo debemos ser victimas.*

¿Dónde se estará produciendo la revolución? A nuestro alrededor, por lo menos, la vieja moral mantiene su vigencia sin haber cambiado en absoluto, y obstruye nuestro camino. Como el mar, que aunque en su superficie se agitan las olas, en el fondo, se mantiene irreductible, sin revoluciones que obstruyan su profundo sueño.

Sin embargo hasta ahora, creo que he salido victoriosa en la primera batalla, desplazando un poquito

a la vieja moral. Y para cuando nazca mi hijo, estoy dispuesta a librar la segunda y la tercera.

Traer al mundo un hijo del hombre que amo y criar a este hijo, es la realización de mi revolución moral.

Tengo la seguridad de que puedo seguir viviendo vigorosamente para llevar adelante mi revolución, aunque usted me olvide y aunque usted muera a causa del alcohol.

Días pasados alguien se ocupó de hablarme detalladamente sobre la estupidez de su carácter, pero justamente quien me ha hecho fuerte en este mundo ha sido usted. Usted, que hizo tender en mi pecho el arco iris de la revolución, usted mismo, que me brindó el motivo para existir.

Me siento orgullosa de usted y cuando nazca mi hijo también le enseñaré a estar orgulloso de usted.

El hijo natural y su madre.

Pero estoy dispuesta a luchar hasta el fin contra la moral convencional y vivir jubilosamente, radiante como el sol.

Trate de librarse usted también su batalla.

La revolución ni siquiera ha comenzado. Pareciera que hacen falta muchas victimas, más victimas valiosas.

En este mundo, lo más hermoso es la víctima.

Hubo otra pequeña víctima.

Señor Uehara.

No pienso pedirle nada más, pero en nombre de esta pequeña víctima, me gustaría contar con su indulgencia para una sola cosa.

Deseo, aunque sea una sola vez, que su esposa tenga al niño en sus brazos. Y que entonces me deje decir:

—“Este es el hijo secreto de Naoji.”

—“Por qué quiero hacer esto? A nadie se lo puedo decir. Es posible que ni yo misma sepa claramente el motivo que me impulsa a hacer esto. Pero deseo realmente que usted lo haga por mí. Por favor, por Naoji, esa pequeña víctima.

—“Le resulta desagradable? Aun así, tiene que tener paciencia. Piense que es la única pequeña ofensa de una mujer abandonada, que ya está siendo olvidada; por favor, se lo ruego, hágalo por mí.

A. M. C. My Comedian<sup>1</sup>

7 de febrero de 1947

<sup>1</sup> Sic en el original.

SE TERMINÓ  
DE IMPRIMIR EN LOS  
TALLERES GRÁFICOS *LUMEN*  
NOSEDA Y Cía.  
CALLE TUCUMÁN 2926  
T. E. 87-6616/6617  
BUENOS AIRES  
REPÚBLICA ARGENTINA  
EN EL MES DE  
NOVIEMBRE  
DE MIL NOVECIENTOS  
SESENTA